



Universidad de San Andrés

Departamento de Ciencias Sociales

Maestría en Periodismo

Ficción y realidad en los relatos de sucesos reales

Autora: Ivana Costa

Legajo: 3842

Director/Mentor de Tesis: María Marta García Negroni

Buenos Aires, 2018

Maestría en Periodismo de la Universidad de San Andrés

Tesis Académica



Universidad de
San Andrés

Ficción y realidad en los relatos de sucesos reales

Tesista: Ivana Costa

Directora: María Marta García Negroni

Presentada para su evaluación el 31 de agosto de 2018

Prólogo

1. Tema y fundamentación de este trabajo

La ficción atraviesa todos nuestros discursos. También –y sobre todo– los discursos que tienen por objeto específico la *realidad*. De hecho, muchos afirman que no hay más que ficciones y que, estrictamente hablando, no hay discurso que pueda dar cuenta de *lo real*. Esta mirada escéptica, convertida en una suerte de *communis opinio doctorum*, es muy antigua y vuelve, de manera recurrente y tenaz, a lo largo de los siglos. Sus principales apologistas suelen ser académicos dedicados, precisamente, a los sucesos reales: la historia y el periodismo

Refutar semejante posición parece un sinsentido; sin embargo, en la práctica, aunque reconocemos que los relatos sobre hechos reales contienen diversos niveles de ficción, no nos resignamos a que todo en ellos sea ficticio. Criticamos ciertos usos de la ficción en determinados relatos de sucesos reales (como los periodísticos, por ejemplo) porque en definitiva esperamos que narren algo *real*: hechos efectivamente ocurridos, y no puras fantasías. El giro lingüístico –la visión de que los hechos reales no son sino construcciones del lenguaje y de que no hay *realidad* que no se reduzca, en última instancia, a relato¹– nos sorprende con su agudeza, resulta convincente dentro del aula o en la torre de cristal de la teoría, pero no nos deja completamente satisfechos. En cuanto salimos del marco seguro del ámbito académico, en todos los demás aspectos de la vida, los *hechos* y la *realidad* reaparecen: relatados, sí, pero también con una fuerza de convicción que está dada por su naturaleza extralingüística². Es por eso que todavía buscamos narrativas fiables: para interpretarlos, comprenderlos, transformarlos; aunque inevitablemente debamos hacerlo dentro de una esfera lingüística.

Nuestro trabajo aquí no puede ser una mera demostración –a la manera de Diógenes, que reacciona a las paradojas de Zenón sobre la imposibilidad del movimiento echándose a andar (lo que la cultura popular tradujo como “*El movimiento se demuestra andando*”)–, sino una indagación razonada de la aporía escéptica que vuelve irreales los hechos, convirtiéndolos en meras ficciones, o borrando la diferencia entre realidades y ficciones. Este trabajo analiza, entonces, las nociones de ficción y realidad, desde una perspectiva filosófica, pero teniendo como horizonte la referencia a hechos o sucesos reales, y la manera en que históricamente se fueron conformando las narrativas³ dedicadas a ellos. El

¹ Cf. Richard Rorty, 1982: 130 y la discusión que propone Elías Palti, 1998:19-167.

² “La historia –escribe Frederic Jameson (1983: 82)– no es un texto; es fundamentalmente no-narrativa y no-representacional; podemos agregar, sin embargo, que la historia nos resulta inaccesible salvo en una forma textual o, en otras palabras, sólo nos podemos aproximar a ella por medio de una previa (re)textualización”.

³ Hablo aquí de *narrativa* entendiéndola en una forma básica, que coincide con la definición de *texto narrativo* de Mieke Bal. Un texto narrativo es aquel en que un agente relate una narración (Bal, 1990: 13). Aunque Bal distingue tres estratos –la *fábula* (el orden de los acontecimientos), la *historia* (la forma en la que se presentan esos acontecimientos) y el *texto*, que es la versión de una historia–, aquí no usamos la palabra *historia* en ningún sentido técnico narratológico.

valor de las ficciones para la literatura fue ampliamente analizado a lo largo del siglo XX, y la disciplina histórica carga desde la Antigüedad con el peso de la aporía escéptica. Sin embargo son escasos los estudios que abordan el valor de las ficciones en las narrativas periodísticas, que están necesariamente vinculadas, tanto a la cosmovisión filosófica como, en mayor medida, a la emergencia de narrativas históricas. Esta tesis académica es el resultado de una indagación en esta línea.

En primer lugar, nuestro trabajo se ocupa de los orígenes de la disputa entre ficción y realidad, y entre relatos de ficción o acerca de lo real, que es muy anterior a la invención del periodismo. A nuestro juicio, se trata de una cuestión transcultural que recorre diversas épocas y narrativas muy disímiles, por lo que su comprensión en un marco más amplio, el de sus primeras formulaciones, permitirá ver más claramente –eso espero– la complejidad de algunos de los aspectos teóricos involucrados. Una de las consecuencias más penosas de la tendencia a reducir todo a relato es que convierte a la tarea periodística en ilegítima o por lo menos irrelevante. Como en la disciplina histórica, que lleva siglos discutiendo la presencia de la narrativa en sus propios relatos, el periodismo también precisa determinar cuál es la realidad que es objeto de su interés específicamente periodístico así como también definir su peculiar objetividad. Sólo así será posible delimitar entre buenos y malos empleos de la ficción. Ese es el segundo aspecto que trata esta tesis.

Desde el punto de vista del marco teórico, nuestro trabajo se aparta de la perspectiva con que encaran la ficción la teoría literaria en sus variantes semiótica y narratológica, en sus corrientes estructuralista y post estructuralista. Para estas disciplinas que el contenido referencial de la narrativa analizada sea existente o no, verdadero o no, es irrelevante. Mejor dicho: para la narratología clásica, que diferencia entre *historia* y *discurso*, la efectiva realidad de las acciones, hechos o estados de cosas que constituyen la *historia* no interesa al análisis. Que la arenga citada por el historiador Tito Livio sea algo completamente inventado (o que Marcel Proust ponga en boca de un personaje ficticio palabras efectivamente pronunciadas alguna vez), afirma Gérard Genette, son simplemente “excepciones” para quien observa todo a través del cristal de la ficción. En sus palabras:

La producción de discursos propia de la ficción es una reproducción ficticia, que se basa de forma ficticia sobre los mismos contratos y que plantea de forma ficticia las mismas dificultades que la auténtica reproducción.⁴

Los *discursos* –sean literarios (ficticios), históricos, filosóficos, sean verdaderos o falsos, referenciales o no– son la última piedra de toque para este tipo de análisis. Pero en una

⁴ G.Genette, 2007: 36.

indagación sobre ficción y realidad en narrativas cuyos referentes son personas, hechos, estados de cosas que existen fuera del discurso, las conclusiones surgidas de la perspectiva narratológica resultan inespecíficas e incluso equívocas. Desde la perspectiva que atiende a realidad y ficción en los relatos de sucesos reales, la evaluación del contenido referencial de la *historia* –hechos, acciones y estados de cosas con existencia extra-discursiva– es primordialmente relevante. Por eso partimos de la idea de que el carácter constructivo del discurso en general, y del discurso narrativo en particular, “no descalifica al realismo ontológico o a la distinción entre hechos y ficción”⁵.

Desde la óptica de la producción o de la recepción de las narrativas de sucesos reales, un relato interesa en la medida en que es referencial: como advierte Gottlob Frege, cualquier “pensamiento pierde valor tan pronto como vemos que a una de sus partes le falta la referencia”⁶. Interesa porque es referencial y porque, en virtud de ello, puede remitir esa referencialidad al valor de verdad de los enunciados que componen ese relato. En este sentido, la semántica filosófica –si bien se abstrae de las personas que producen o reciben relatos y del fenómeno de la comunicación de masas– toma un punto de vista que resulta más afín a nuestra indagación. La pragmática filosófica también aporta herramientas para poder distinguir entre relatos ficticios-literarios y relatos de sucesos reales. La teoría de los actos de habla⁷, postula por un lado que en la ficción literaria los actos de habla son simulados –constituyen un juego de lenguaje “parasitario”– y suspenden la normal operación de las reglas que vinculan a los actos de habla con el mundo⁸. La pragmática de John Searle, para quien *no hay una propiedad textual, sintáctica o semántica que pueda identificar un texto como una obra de ficción*⁹, provee otras herramientas cuando distingue el carácter literal o figurado de las expresiones de su carácter ficticio o serio¹⁰. Ahora bien, para que las afirmaciones *literales* y *serias*, las de un relato de sucesos reales, puedan considerarse *actos de habla* deben cumplir algunas reglas: el compromiso del hablante con la verdad de lo que afirma, con su convicción

⁵ Jean-Marie Schaeffer, 2012: 2.

⁶ Gottlob Frege, 1892.

⁷ John L. Austin, 1962.

⁸ John Searle, 1975: 66-67.

⁹ Searle, 1975: 325.

¹⁰ Cf. Searle, 1975. Searle elabora la diferencia entre afirmaciones ficcionales y serias (que no es lo mismo que distinguir entre afirmaciones figurativas y literales) Las expresiones metafóricas, dice Searle, son *no-literales*, mientras que las ficcionales son *no-serias*. Así, cuando el autor de una novela nos dice que llueva afuera no se compromete *seriamente* con el hecho de que efectivamente llueva mientras él escribe. En este sentido, la ficción es *no-seria*. Su ejemplo concreto: “Si ahora digo ‘Estoy escribiendo un artículo sobre el concepto de ficción’, la afirmación es a la vez *seria* y *literal*. Si digo ‘Hegel es el caballo muerto del mercado filosófico’, esa afirmación es *seria* pero no *literal*”.

respecto de esa verdad, y su disposición a proveer pruebas o razones de esa verdad¹¹. A diferencia de lo que ocurre con el autor de ficciones literarias, al autor de un relato de sucesos reales “se le exige la verdad de sus afirmaciones, y siempre se le puede preguntar ¿y usted cómo lo sabe?”¹². Precisamente, la posibilidad de distinguir entre lo real y la ficción (en el sentido de falsedad o falsificación) de los relatos de sucesos reales nos permite escapar al escepticismo y al nihilismo, y también fundar nuestra confianza en esos relatos. O quitársela.

En este mismo sentido, la pragmática nos da otra clave para diferenciar el tipo de narrativa del periodismo del de las ficciones literarias: atendiendo a su dimensión performativa. Esto es: la hora de determinar su funcionalidad como ficciones o como relatos de sucesos reales, la pragmática atiende al carácter *público*¹³ del relato de sucesos reales como elemento de peso a la hora de determinar su funcionalidad como ficciones o como relatos de sucesos reales. Mientras que la literatura se consume individual y privadamente, el relato de sucesos reales está destinado a una esfera compartida de saberes, y en ese marco se la consume y, sobre todo, se la observa, objeta, discute, cuestiona. En la línea de la pragmática, Peter Lamarque y Stein Olsen entienden a la ficción como una “práctica social, gobernada por reglas y convenciones”, en la que se narran “relatos que la audiencia toma como afirmaciones o como algún otro acto ilocutorio, aunque sepa que no lo son”¹⁴. A diferencia de los abordajes que privilegian la perspectiva de la producción, como la narratología clásica (con eje en los elementos estrictamente textuales) o la semántica (con eje en la evaluación del contenido), el enfoque pragmático pone el énfasis en la esfera de la recepción de las narrativas.

Desde la perspectiva de nuestro trabajo, centrado en los relatos de sucesos reales, difícilmente podamos dejar de lado las concepciones que apuntan al contenido mismo de la narrativa, empezando por el célebre *dictum* aristotélico de que las creaciones poéticas (entendidas como relatos ficticios) son más filosóficas que la historia (entendida como relato de sucesos reales) porque ésta se ocupa de lo ocurrido en cambio aquéllas, de lo que “podría ocurrir”. Una tiene como objeto hechos *particulares*, y las otras, *universales*¹⁵. Volveremos a esta importantísima clasificación en los capítulos dos y cuatro de nuestro trabajo.

¹¹ Searle, 1975: 67. Estas condiciones son las que, en forma negativa, definen a la ficción: “Cuando estas reglas son suspendidas por las convenciones de un discurso ficcional, el hablante ya no puede ser considerado responsable por ninguna de ellas”

¹² Jahn, 2003: 195-213.

¹³ Cf. Searle, 1975.

¹⁴ Cf. Peter Lamarque y Stein Haugom Olsen, 1994: 33-35.

¹⁵ Parafraseo el texto de Aristóteles, *Poética* 9, 1451b4 y ss. Retomo el pasaje en el capítulo dos, punto 4: “Aristóteles y la verosimilitud de las ficciones”, y nuevamente en el capítulo cuatro.

En el ámbito de la narratología, siguiendo una línea sugerida por Käte Hamburger¹⁶, Dorrit Cohn desarrolló una teoría de las formas lingüísticas que identifica los criterios para determinar si una narrativa es o no ficcional. Según Cohn, los *signposts*, las señalizaciones de la ficción son: narración omnisciente o focalización irrestricta, uso extensivo del diálogo, empleo de discurso indirecto o monólogo interior, uso anafórico de pronombres sin antecedente, uso de verbos o adverbios “destemporalizados” que aluden a una cronología interna, uso de deícticos y adverbios de lugar para referencias contextuales meramente internas, distinción entre narrador y autor, y uso de marcas paratextuales¹⁷. Uno de los aportes decisivos del planteo de Cohn consiste en que su análisis parte de una *ontología* tridimensional; ella distingue *referencia, historia y discurso*, y deja de lado el esquema bidimensional de la narratología clásica (y de una concepción de la historiografía como la de Hayden White y toda la corriente escéptica que le sigue)¹⁸ que toman sólo *historia y discurso*. Justamente la atención que presta Cohn al aspecto referencial vuelve su enfoque útil para una descripción de las marcas textuales de la ficción que encontramos también en los relatos de sucesos reales.

La idea de que existen signos de ficcionalidad (*Fiktionssignale*) contextuales, paratextuales y textuales aparece también en el análisis de Franz Zipfels. Si bien se concentra en la ficción como fenómeno lingüístico-gramatical, que siempre se manifiesta en la superficie del texto, Zipfels propone una distinción terminológica que sirve al propósito de clarificar la presencia de elementos ficcionales en los relatos de sucesos reales. Zipfels propone diferenciar *fictividad (Fiktivität)*, que señala el carácter real o ficticio de una narrativa, de la *ficcionalidad (Fiktionalität)*, que señala las operaciones y mediaciones que se llevan a cabo en el nivel del discurso¹⁹. Esta distinción es crucial para nuestro análisis pues da cuenta de los elementos de ficción –la *ficcionalidad (Fiktionalität)*– que tienen los relatos de sucesos reales, los relatos fácticos –*faktischen*, en la terminología de Zipfels–, es decir: textos cuyo nivel semántico de contenido es plenamente referencial pero que sin embargo son narrados inevitablemente con recursos y elementos de la ficción.

2. Una definición de ficción

Llevamos varias páginas declamando nuestro propósito de distinguir la ficción en los relatos de sucesos reales pero todavía no definimos qué es ficción. Por supuesto que la definición no es independiente de la indagación cuyo marco se esbozó en lo anterior. Sin embargo, para lo que sigue también es necesario disponer al menos de alguna orientación

¹⁶ K. Hamburger, 1973.

¹⁷ Cf. D. Cohn, 1999: 59-110.

¹⁸ Dejo de lado otro esquema tridimensional: el de Wolfgang Iser (1991), que distingue entre lo real, lo ficticio y lo imaginario, y la discusión de si realmente escapa a los esquemas bidimensionales.

¹⁹ Cf. F. Zipfels, 2001: 15-16.

provisional²⁰. Se llama ficción, en el ámbito de las narrativas textuales, a un discurso que, de manera intencional y no engañosa, se presenta como no real. *Intencionalmente no real* es una primera demarcación autoral: se espera que esa narrativa no sea leída como un relato de sucesos reales. En cuanto a su *presentación como no reales*, no es imprescindible que los enunciados ficticios no sean verdaderos; podrían resultar verdaderos “por mera coincidencia” (como se suele advertir al comienzo de algunas películas que se encuentran en la zona híbrida entre narrativa de ficción cuyo contenido referencial es, sin embargo, un estado de cosas real); esa coincidencia no alteraría de todos modos la presentación ficcional. De las narrativas de sucesos reales se espera que sean *reales*, en el sentido de *verdaderas*, aunque ellas también podrían no serlo, por error o por vicios en su confección, sin dejar por eso de ser *de sucesos reales*.

El otro aspecto de esta primera definición es que la no-verdad, la falsedad del discurso ficticio, no debe ser engañosa: en este sentido la ficción se distingue de la mentira²¹, ya que mentir es una operación enmarcada en el discurso fáctico: la mentira no funciona si se descubre la intención de engañar, en cambio si no se reconoce la intención no-engañosa de una narrativa ficticia el que falla es el contrato ficcional (como cuando se cuenta que, en el campo, los gauchos arremetían contra el escenario, en defensa de algún personaje, en medio de una representación teatral). La ficción es una clase entre las narrativas de lo no real; las figuras del discurso narrativo –metáfora, ironía, etc.– también pueden considerarse elementos de ficción²². Desde la perspectiva del relativismo que considera a la ficción como algo omnipresente, estas figuras retóricas son las que atraviesan a todas las narrativas, de sucesos reales o no, igualándolas a todas, volviéndolas indiscernibles²³. Sin embargo, hay diferencias entre los tropos del discurso y el carácter ficticio o no de un relato. En primer lugar, los tropos aparecen en enunciados singulares y figurativos. Un relato de ficción, en cambio, es un encadenamiento de enunciados. La diferencia no es banal ni sólo cuantitativa: el encadenamiento de enunciados que constituye una narrativa no es cualquier clase de encadenamiento, como

²⁰ En lo que sigue, tomo la definición de David Gorman, 2005: 247-248.

²¹ A diferencia de lo que sugiere Gorman (2005: 248), esta distinción no es la que traza Platón; no al menos en el libro III de la *República*, en el que diferencia entre la “falsedad en el alma” (o sea: el estar en la ignorancia) y la “falsedad en los *lógoi*” (la falsedad en las palabras, los relatos o los discursos). Este último sentido involucra tanto la mentira y el engaño (aunque, como en el caso que ofrece Platón, pueda llegar a ser con buenas intenciones) como la ficción. Retomo esta discusión en el capítulo dos, punto 2: “Encomio de lo real”.

²² Estas –los tropos como la metáfora, la metonimia, la ironía, etc.– son *ficcionales*, según la clasificación de Zipfels, mientras que las anteriores son *ficticias*.

²³ Es la perspectiva que desarrolla Hayden White en *Metahistoria* (1973). Volveremos a esto en el capítulo cuatro, punto 3: “Pirronismo antiguo, moderno y contemporáneo”.

observa Aristóteles, sino una “imitación de acciones humanas”²⁴ (las que, por otra parte, no se enlazan azarosamente sino en base a criterios, según su género²⁵).

Con esta definición buscamos una primera clarificación. Sin embargo, entendemos que ella deja algunas puertas abiertas a la duda. Por supuesto que para las narrativas que tienen por objeto los hechos reales, la distinción entre real y ficcional resulta un poco rígida: en los textos periodísticos, que son los que nos interesan como trasfondo de toda esta indagación, incluso los que están bien hechos y despojados de *relatos ficticios*, de todos modos conviven *estrategias ficcionales* con *hechos reales*. Y por otra parte hay una cantidad de narrativas de no-ficción en las que se combinan hechos reales y ficticios, además de las estrategias ficcionales. Estas narrativas híbridas –novela histórica, autobiografía, ficción documental realista, algunos géneros de la autodenominada *crónica*, etc.– tienen su propio campo de estudios académicos, pero no forman parte de nuestro análisis. En otro sentido, la distinción entre lo ficticio, lo ficcional y lo real puede mostrar también oscilaciones a través del tiempo: “No hay prácticamente ningún teórico de la ficción que se atreva a negar que un texto que en algún momento se consideró como narrativa de sucesos reales puede ser leído como una ficción en un momento posterior; la pregunta relevante aquí concierne al significado teórico de esa fluctuación”²⁶. Se trata de una oscilación que, como veremos, está presente en toda la historia de nuestras principales narrativas de sucesos reales: la historia y el periodismo.

3. Las hipótesis de trabajo y su recorrido en esta tesis

Una inquietud que estuvo desde el comienzo de esta tesis fue la observación que formuló John Burke en su crítica a la historia de la novela inglesa de Lennard Davis²⁷: “no presta una atención sistemática a sus dos palabras clave, *hechos* [reales] y *ficción*; parece dar por supuesto que con una comprensión del lugar común que equipara los hechos con lo verdadero y la ficción con lo falso va a ser suficiente”. Efectivamente, y más allá de las definiciones provisionales que podamos adoptar para poner en marcha la investigación, el concepto de ficción tiene un amplio rango de significados y connotaciones. Involucra las ideas de imitación, manipulación, conformación, simulación, ilusión, falsificación, disfraz, engaño, fabulación y mentira, entre otras. Significados y connotaciones que arrastran valoraciones neutras o negativas. Por eso, cuando evaluamos los elementos ficcionales que aparecen en los relatos de sucesos reales, es razonable que dentro de *ficción* incluyamos tácitamente una valoración negativa o neutra. Así también, como los relatos

²⁴ Aristóteles, *Poética* 2, 1448a1-5 y .

²⁵ La trama ficcional, *mûthos*, de los géneros narrativos por excelencia, que para Aristóteles son la tragedia y la comedia, tiene enlazadas sus acciones mediante vínculos de necesidad y verosimilitud. Véase *Poética* 4-6.

²⁶ Gorman, 2005: 248.

²⁷ Cf. Burke, 1984: 345. Sus términos clave son *fact* y *fiction*, que aquí vertimos como *hechos [reales]* y *ficción*.

de sucesos reales siempre involucran alguna estrategia ficcional, necesariamente una o varias de estas ideas quedan connotadas, aunque no siempre todas, ni combinadas de la misma manera.

Al encarar este trabajo de investigación, el primer paso consistió en determinar si esas valoraciones, una neutra y otra negativa, se encuentran arraigadas en la historia semántica de la palabra *ficción*. De esto trata nuestro **capítulo uno**. En él se lleva a cabo un rastreo de *ficción* y de su familia lexical, desde los primeros usos atestiguados del término, por medio de los instrumentos de estudio disponibles (los diccionarios lexicográficos y etimológicos²⁸). Se cotejaron los primeros usos de los términos en las fuentes antiguas, y se llevó a cabo un análisis léxico - semántico de las ocurrencias del vocabulario de la ficción en diversos contextos: épica, literatura en prosa, historiografía, filosofía, con la metodología que es habitual en las ciencias filológicas.

El segundo paso de nuestra indagación se hizo a partir de la hipótesis de que el desarrollo de la idea de ficción corre paralelo al de la noción de realidad. Me propuse analizar cómo es precisamente la negación de *lo real* (reducido a mero epifenómeno mental o del lenguaje) la que trae aparejada, como reacción polémica, una primera tentativa por fundar (y fundamentar) el concepto regulador de *realidad*. Si bien la noción de realidad tiene un desarrollo léxico-semántico más lineal que la noción de ficción, considerada desde la perspectiva de la historia de las ideas como zona de tensión dialógica²⁹, su emergencia y consolidación pueden verse como la reacción de la filosofía frente a la razonada negación de todo lo real, tal como la expresa la sofística gorgiana.

Consideramos que la primera noción de realidad así fundada, sobre la base de una disputa filosófica que comienza en la Antigüedad, entre los siglos V y IV aC., resulta relevante para nuestro tema porque pone de manifiesto algunas implicancias a nivel cognoscitivo y comunicativo de nuestra predisposición hacia las ficciones. De esto se ocupa, en su mayor parte, el **capítulo dos** de este trabajo. La metodología empleada allí es la que se emplea en la historia de la filosofía. Se analizan los primeros intentos por formular un concepto de *realidad*³⁰ en los textos filosóficos, considerándolos a la luz de su horizonte polémico con la sofística, que niega tanto lo real como la posibilidad de llegar a conocerlo o a comunicarlo³¹. Algunas conclusiones parciales de este análisis se retoman luego en el capítulo cuatro, a la luz del problema que propone, ya en la Modernidad, el llamado pirronismo histórico: una actitud escéptica respecto de la posibilidad de conocer

²⁸ Cf. en nuestra Bibliografía, el apartado Instrumentos léxicos.

²⁹ Sobre la perspectiva de las zonas de tensión dialógica, cf. C. Mársico, 2010 *passim*.

³⁰ A partir de una noción unívoca y estrecha de lo real en Parménides, se avanza hacia una concepción plurívoca, que esboza Platón (primero en diálogos como *Cratilo*, *Fedón* y *República* V, y luego en otros textos de la vejez, como *Sofista*) y que fundamenta teóricamente Aristóteles (en *Metafísica* IV).

³¹ Esta es la posición que, como veremos, expresa el *Tratado del No Ser* de Gorgias, tal como lo transmite Sexto Empírico, en *Adversus Mathematicos* VII 65 y ss.

el pasado. Ella es análoga al nihilismo con el que se intenta borrar la relevancia del periodismo.

Así como prestamos atención primero a la noción de *ficción* y luego al surgimiento de la contraposición entre *ficción* y *realidad*, el tercer paso de nuestro trabajo consistió en mirar más de cerca la noción de *realidad*. Un trabajo que busca clarificar el valor de las ficciones en los relatos de sucesos reales debe adoptar una posición sobre qué es real y cómo desde allí es posible demarcar criterios de objetividad. Por eso, siguiendo una inspiradora indicación de Hans Blumenberg³², analizamos cómo a lo largo de la historia de las ideas se han desplegado diversos conceptos de *realidad*. De eso se ocupa el **capítulo tres**. En su ensayo sobre el concepto de realidad, Blumenberg reconstruye cuatro “figuras históricas” de *realidad*: la realidad como *evidencia inmediata*, la realidad *garantizada*, la realidad como *realización de un contexto* y la realidad como *resistencia*. En nuestra exposición buscamos expandir esas figuras típicas, y analizamos el valor que en cada una de ellas tienen los *hechos*, los datos, los casos particulares: los objetos contingentes de los que se ocupan los relatos de sucesos reales. Como, de todas maneras, del planteo de Blumenberg nos separan poco más de cincuenta años y una inmensa revolución, la de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), que transformaron –y siguen transformando– lo que consideramos real, fue necesario esbozar una quinta concepción de realidad, la *realidad de la infoesfera*³³, cuyos contornos no pueden ser completamente nítidos, dado el panorama siempre fluctuante que plantean las innovaciones tecnológicas en todos los ámbitos de la vida.

Los **capítulos cuatro y cinco** se ocupan del surgimiento histórico de las narrativas de sucesos reales: las primeras narrativas históricas y periodísticas, con el objetivo de ver de manera más original cómo las ficciones se fueron incluyendo en ellos y en qué medida estas narrativas comportan (o no) la reivindicación de los *hechos* y de los datos empíricos por encima de la especulación filosófica o de la imaginación. El análisis comienza con el uso de mitos en los más remotos antecedentes de la historia (Heródoto y Tucídides) y sigue con la primera clasificación –que debemos a la antigua gramática de época helenística– de los tipos de relato según su relación con la realidad: *relatos verdaderos*, *falsos* y *ficciones*. La presentación de esta triple clasificación en la obra de Sexto Empírico³⁴, en el marco de la demolición escéptica de todos los saberes, impregna a su recepción, en la Modernidad, de un renovado escepticismo, que a partir del siglo XVII toma el nombre de pirronismo histórico. Luego de trazar un panorama sucinto del uso de ficciones por los historiadores y también por sus detractores, analizaremos brevemente el nuevo impulso que encuentra ese escepticismo en las últimas décadas del siglo XX, que

³² H. Blumenberg, 2001.

³³ Seguiremos aquí el estudio de Luciano Floridi, 2014: 11-70.

³⁴ *Contra los Gramáticos (Adv. Math. I)* 248-263.

incluye ahora a todas las narrativas de sucesos reales, y que parece imponerse como moda intelectual y académica en el siglo XXI.

En el **capítulo cinco** intento entrelazar diversos fenómenos de la historia de la escritura con el surgimiento del periodismo. Los manuales de la historia del género suelen concentrarse en algún ejemplo aislado del pasado remoto (las *acta diurna* de la Roma imperial que informaban sobre las resoluciones del senado) y desde allí saltan a los panfletos políticos del siglo XVIII, en la Francia pre-revolucionaria. Voy a proponer otros dos fenómenos de la cultura escrita, que crecieron entre los siglos XV y XVI, que habitualmente se pasan completamente por alto como antecedentes de nuestras narrativas de sucesos reales. Uno es el vasto desarrollo de la literatura diplomática, y la red de embajadas y enviados a diversas partes de Italia y de Europa³⁵. Estos enviados llegaron a producir una cantidad inmensa de documentos, narrativas periódicas, escritas en buena medida sobre la urgencia de los acontecimientos, a la manera de los corresponsales de nuestros modernos diarios. Además de relevar la bibliografía especializada, ilustro aquí algunas de las rutinas de escritura con ejemplos extraídos de las comisiones de Maquiavelo, uno de los más célebres enviados diplomáticos del siglo XVI.

El otro hito que voy a considerar en el capítulo cinco –otro fenómeno que habitualmente se pasa por alto como antecedente de nuestras narrativas de sucesos reales, historiográficas y periodísticas– es el de los relatos que llegan a Europa desde la América recién descubierta. Con un registro que está a mitad de camino entre los *avvisi* del noticiarismo comercial de la Edad Media y las cartas de relación (documentos formales con valor legal), los textos que llegan desde América, además de ser un *boom* editorial, involucran una amplia gama de ficciones y relatos ficticios al interior de sus relatos de sucesos reales. En ellos aparece, además, una interesante disputa por la autenticidad de lo que se narra en función de haber sido testigo presencial o no. El *testimonialismo*, que enfrenta a Bartolomé de Las Casas y Bernal Díaz del Castillo con Francisco López de Gómara³⁶, es una primera disputa por el valor y compromiso de la investigación en el relato de sucesos reales. Espero poder mostrar allí que la afinidad de esta escritura con las narrativas periodísticas mucho mayor de lo habitualmente se cree. Nuestro recorrido, en este capítulo, será fundamentalmente histórico. Y la metodología, la habitual en esa disciplina: consulta de fuentes (con un corpus acotado) y análisis de la bibliografía secundaria relevante.

En el **Epílogo** retomamos la idea central: en una época partidaria de la demolición de la “realidad”, en un mundo saturado de ficciones hay una aspiración o añoranza de la verdad. Los buenos textos periodísticos responden a esa doble aspiración y expectativa: la

³⁵ El fenómeno de la diplomacia renacentista surge en Italia, se consolida y expande allí, y desde allí hacia el resto de Europa. Cf. Garrett Mattingly, 1988: *passim*.

³⁶ Retomaremos los textos de Las Casas (1999), Díaz del Castillo (2005) y Gómara (1988), con análisis basado en una literatura secundaria especializada acotada a nuestro objetivo.

de producir y recibir un relato en el que podamos depositar nuestra confianza. Nos referiremos al problema de la credibilidad en los relatos periodísticos, con apoyo en los desarrollos teóricos recientes en esta materia³⁷. Nos valdremos del enfoque de Daniel Fulda³⁸, y su distinción entre relatos de sucesos reales y narrativas literarias que parte de un empleo novedoso del concepto de “contrato de lectura”³⁹, en la forma de un “contrato de ficción”, que no pone el acento en las estructuras enunciativas que forjan ese lazo entre emisor y receptor sino en su mutua expectativa de verdad y en los procedimientos capaces de sustentarla.

La dirección definida hacia la indagación teórica en el terreno de la historia de la filosofía que fue tomando este trabajo durante su confección –dirección que fue engrosando su campo de observación hacia zonas cada vez más vastas (de la Antigüedad al siglo XXI) – me hizo desistir del Anexo prometido en el Proyecto de esta tesis. En él proponía una triple clasificación de los diferentes tipos de ficción que se emplean en los relatos de sucesos reales periodísticos, de carácter preliminar, que permitiera comprender la función de las estrategias ficcionales, y sirviera para formular juicios de valor acerca de su uso a partir de criterios definidos. Aunque esta taxonomía provisoria se hizo (distinguiendo entre ficcionalización imitativa, reproductiva y falsificadora), y se encontraron ejemplos de estos tres tipos de uso de la ficción en una serie de relatos acerca de un mismo hecho real⁴⁰, preferí dejar de lado la anexión de otros materiales para no extender excesivamente esta tesis ni cambiar abruptamente su registro.

Universidad de
San Andrés

³⁷ Cf. Ansgar Nünning, 1999, Bernd Blöbaum, 2016 y Beatrice Dernbach, 2015.

³⁸ Cf. Fulda, 2015.

³⁹ En cuya inspiración encontramos el trabajo pionero de Eliseo Verón, 1985.

⁴⁰ Se trata de tres relatos, dos libros y una película, sobre el penoso episodio de la matanza de los sacerdotes y seminaristas palotinos en la Iglesia de San Patricio, en Buenos Aires, en la madrugada del 4 de julio de 1976, por un comando paramilitar o parapolicial. Los libros de investigación periodística son *La masacre de San Patricio*, de Eduardo Kimmel (Buenos Aires, Lohlé-Lumen, 1989); y *El Honor de Dios. Mártires palotinos: la historia silenciada de un crimen impune*, de Gabriel Seisdedos (Buenos Aires, San Pablo, 1996); y el documental periodístico es *4 de julio* (2007), realizado por Juan pablo Young y Pablo Zubizarreta.

Capítulo uno

1. Historias de la ficción

Los primeros intentos por trazar la historia de las ficciones se concentraron en las ficciones literarias. En el prefacio a su *History of prose fiction*, publicada en 1814 y reeditada en forma póstuma en 1888, John Colin Dunlop explica que “la ficción en prosa parece tener ventajas considerablemente superiores respecto de la historia y de la poesía: en la historia hay muy poca individualidad y en la poesía, demasiada intensidad”⁴¹. Su recorrido comienza con los relatos escritos en Mileto en época helenística: cuentos eróticos y de aventuras, que tuvieron gran difusión en ámbito romano gracias a la traducción latina del buen lector, historiador y militar Lucio Cornelio Sisena, en el siglo I aC. Dunlop prosigue con las novelas griegas de época imperial (Longo y Aquiles Tacio) y bizantina (Heliodoro), y pasa luego a las ficciones latinas; pero son siempre ficciones literarias: el amor que vence obstáculos, novelas pastorales, temas folklóricos. Lo que pudiera haber de ficticio en la mitología, en la poesía o en la prosa historiográfica no interesa. Desde su perspectiva, la historia de las ficciones es una historia de las ficciones literarias: la mitología, dice Dunlop, merecería un volumen aparte; en los escritos historiográficos, razona, “los personajes se observan a la luz de su interés público”, mientras que la poesía “logra menor detalle, aunque su pintura suele ser, a la vez, mucho más forzada y exagerada”. A diferencia de ellas, la ficción literaria en prosa tiene para Dunlop la ventaja de reunir el gusto por las noticias mundanas con cierta levedad estilística, y además proporciona una satisfacción que en la vida real no se puede hallar.

Dunlop continúa y profundiza la línea iniciada por Pierre Daniel Huet en su *Traité de l'origine des Romans*, de 1670, pero para fundamentar su punto de vista remite a la autoridad de Francis Bacon. Toma de la obra filosófica de Bacon un luminoso pasaje del tratado *El avance del saber*, que reproduce con varias modificaciones:

Así como el mundo activo es inferior al alma racional, así la ficción le da a la humanidad lo que la naturaleza de las cosas le niega, y en cierta medida satisface a la mente con sombras cuando no puede contar con la sustancia; pues bajo estricto análisis, la ficción muestra sin lugar a dudas que a la mente le gusta una mayor variedad de cosas, un orden más perfecto, una diversidad más hermosa que lo que alguna vez pueda hallarse en la naturaleza de las cosas. Por eso, porque los hechos o sucesos de la historia verdadera no tienen esa magnitud que sola satisface al espíritu del hombre, la poesía finge hechos y sucesos más grandes y heroicos. Si en la historia real las cosas no proceden según el parámetro del vicio y la virtud, la ficción lo corrige y nos presenta el sino y la suerte de personas recompensadas o castigadas por sus méritos. Si la historia real nos desagradaba con su constante y familiar semejanza de las cosas, la ficción nos libera con giros y cambios

⁴¹ Cf. Dunlop, 1888: iii.

inesperados, y así no sólo nos deleita sino que además nos inculca moralidad y nobleza de alma.⁴²

La ficción literaria se revela así superior a la propia “naturaleza de las cosas” y a la “historia real”, por eso –agrega Bacon– siempre “se pensó que tenía algo de divina”.

Todo el pasaje pretende mostrar hasta qué punto los relatos de ficción –*feigned history*– tienen suficientes valores en sí mismos; sin embargo al elegir a las ficciones como objeto de estudio Dunlop reivindica su competencia para transmitir relatos de la vida cotidiana, no necesariamente ficticios: curiosidades o detalles de la vida de los otros, variada y tentadora, pero que sin embargo la historia descarta como materiales insignificantes o indignos. Dunlop incorpora esta otra línea de defensa de las ficciones literarias: “Es principalmente en las ficciones de una época –escribe– donde descubrimos las maneras de vivir, de vestir y los modales de ese periodo”⁴³; ellas ofrecen una información valiosa que no hallaríamos en los escritos del historiador. De esto, dice, da testimonio el conde Antonio Maria Borromeo, poeta y narrador véneto, que en el prefacio de su *Notizia de' novellieri italiani* (1794) elogia “la luz que echan las novelas sobre la historia de los tiempos”. El mejor ejemplo es Matteo Bandello: un “espejo mágico que refleja de manera singular usos y costumbres del siglo XVI, época fecunda en grandes acontecimientos”. Los relatos de Bandello –de los que Shakespeare tomó el argumento para *Romeo y Julieta*, entre otras– registran “auténticas anécdotas de la vida privada de soberanos que inútilmente buscaríamos en las historias corrientes”.

Esta reivindicación que hace Dunlop de lo mundano en las ficciones retoma una concepción anticipada por Jean Chapelain en su diálogo *De la lecture des vieux romans*, escrito entre 1646 y 1647, pero editado recién en 1728. Chapelain, autor y personaje del diálogo, conversa allí con dos hombres de letras, Gilles Ménage y Jean-Francois Sarasin, sobre la novela medieval *Lancelot du Lac*. Chapelain defiende ante sus interlocutores la calidad de esta obrita de ficción, escrita “en los oscuros tiempos de nuestra antigüedad moderna”, porque ella ofrece “una representación genuina, amén de –por así decir– una historia cierta y exacta de las costumbres que imperaban en las cortes de ese entonces”⁴⁴. Chapelain quiere hacer ver a sus colegas (sobre todo a Ménage, el erudito que menosprecia la literatura popular y ensalza un clasicismo algo cristalizado) que en los relatos inventados encontramos información histórica relevante. Es el mismo valor que encuentra Borromeo en las novelas de Bandello y el mismo que reclama Dunlop para justificar su preferencia al hacer una historia de las ficciones.

⁴² F. Bacon, 1605: II. IV.2.

⁴³ Dunlop, 1888: xix.

⁴⁴ J. Chapelain, 1728: 16.

En un precioso ensayo acerca de la fe histórica –análoga a la fe poética: esa suspensión de la incredulidad que según Coleridge rige nuestro vínculo con las ficciones—, Carlo Ginzburg⁴⁵ analiza en detalle el sentido que tiene esa apología de la antigua novela medieval. Chapelain, dice Ginzburg, quiere mostrar que los testimonios que proporcionan las ficciones son “más valiosos” que algunos relatos históricos “precisamente porque se trata de relatos de ficción: Los médicos analizan los humores corruptos de sus pacientes a partir de sus sueños; de igual modo podemos analizar los usos y costumbres del pasado sobre la base de las fantasías representadas en sus escritos”. Las ficciones literarias en tanto ficciones tienen su propio valor histórico y documental. Las primeras historias de la ficción, la de Huet en el siglo XVII, y la de Dunlop en el siglo XVIII, comparten en buena medida esta convicción de Chapelain. Puede ser que el descubrimiento de este noble valor documental, que se añadía al puro gusto por una literatura profana y prosaica (gusto que, para ser aceptado en los círculos intelectuales, precisaba todavía una elaborada estrategia defensiva), haya sido el estímulo para el paso siguiente: ir en busca de una historia de las ficciones que las legitimara o las dotara del módico prestigio de pertenecer a alguna estirpe. Es difícil determinar cuál fue la causa y cuál el efecto. Lo cierto es que todas las historias de las ficciones han sido, desde entonces, historias de las ficciones literarias.

Lo que aquí buscamos es en cierta medida previo. Nuestra historia no trata de comparar los contenidos de las ficciones literarias con los de la historia –entendida como el relato de sucesos realmente ocurridos— ni de contrastar el registro más bien depurado de unas, en prosa, con el estilo más elaborado o más denso de otras, en verso. Aquí buscamos la historia de la idea de ficción, y para eso es preciso esbozar el árbol genealógico de los múltiples significados del término ficción y observar qué ocurrió antes de que éste se convirtiera, con el uso, en sinónimo de ficción literaria, romance o novela. Rastreamos en el recorrido semántico de la palabra podemos ir más atrás, situarnos en un tiempo anterior a la identificación de “ficción” con “invención literaria”, y no porque reneguemos de esa asociación sino porque sólo partiendo de este otro punto de vista será posible desplegar todos los matices involucrados en la noción. Cuando deshilvanamos ese tejido semántico aparecen con claridad los motivos implícitos por los cuales a veces celebramos y a veces denostamos (conscientemente o no) el uso de las ficciones.

2. Un trabajo de artesanos

En los poemas homéricos, los más antiguos textos conservados de la cultura occidental, la palabra que habitualmente traducimos por “ficción”, *plásma*, no aparece. El verbo *plássō*, “modelar”, “forjar”, del cual deriva *plásma*, tampoco, aunque éste sí está

⁴⁵ C. Ginzburg, 2010: 109-111.

atestiguado en Hesíodo (siglos VIII-VII a.C.)⁴⁶. En Los trabajos y los días se dice que Zeus dio la orden a Hermes de fabricar a Pandora y que enseguida “el dios cojo modeló (*plássen*) con arcilla una figura semejante a una austera virgen, como quería el Cronida”. *Plássō* significa precisamente “modelar”, “formar”, y su raíz, *plath-*, expresa la idea de “extender una capa fina”, “enduir”, “cubrir”. En el griego arcaico y clásico, el verbo y toda la familia de palabras que de él deriva conforman el léxico del trabajo en arcilla y del modelado en cera, y de allí surgen luego una cantidad de términos relativos a la fabricación y a la creación, ya sea manual o mental. Y a partir de esta última se despliegan luego las palabras relativas a los productos de la imaginación. “En condiciones ligeramente diversas”, afirma Pierre Chantraine, el sánscrito *déhmi* y el latín *finjo* tuvieron desarrollos semejantes. La investigación etimológica --todavía “incierto”, dice-- remite en última instancia a *pela*, que expresa la idea de extender sobre algo, como el pintor extiende sus colores o el escultor la arcilla sobre una superficie. Veamos cómo fue que estas palabras comenzaron hablando de modelado en barro y terminaron hablando de nuestra imaginación ficcional.

El modelar al que se refiere el verbo *plássō* en los primeros usos registrados en los más antiguos escritos de Occidente es un modelado sobre materiales flexibles: en el segundo libro de sus Historias, dedicadas a la cultura egipcia, Heródoto (siglo V a.C.) cuenta la leyenda del ave fénix --“poco creíble” para él-- que traslada el cadáver de su padre desde Arabia hasta el templo del Sol. Para poder hacerlo, el ave “modela un huevo de mirra” y pone dentro el cuerpo muerto. Heródoto cuenta también el curioso tratamiento que hacen los egipcios de los cerdos, animales considerados impuros, y de cómo los sacrifican exclusivamente en las festividades de la Luna y de Dioniso por razones que Heródoto juzga “no muy conveniente” referir. Los pobres --explica--, “por su indigencia”, para poder honrar a la divinidad “modelan (*plásantes*) puercos de pasta, los cocinan y los sacrifican”. Ya en el siglo IV a.C., en cambio, el tipo de artesano que tiene en mente Platón cuando emplea el mismo verbo *plássō* parece ser de una clase más elevada.

Siempre con el mismo sentido de modelar y dar forma a algún material plástico, en su monumental diálogo cosmológico, el *Timeo*,⁴⁷ Platón se refiere al origen último de la materia con la metáfora de un orfebre: “Si alguien modelara (*plásas*) unas figuras en oro y no cesara de transformar cada una de ellas en todas las demás, y si alguien indicara alguna de ellas y le preguntara ¿qué es?...”⁴⁸. En el libro quinto de las Leyes, el último de los diálogos platónicos, el personaje principal propone cómo organizar una colonia que imagina fundar en Magnesia y explica cómo el legislador debería distribuir el terreno en lotes y urbanizar la zona residencial, a qué se dedicará cada uno de sus habitantes y cómo

⁴⁶ Todas las referencias a la historia lexical en lengua griega que figuran en este capítulo están tomadas del diccionario lexicográfico de H.G. Lidell y R. Scott, revisado por H.S. Jones, 1968.

⁴⁷ Chantraine, 1968: 910-911.

⁴⁸ Cf. Platón, *Timeo* 50a.

les serán repartidos los bienes. Al término de una larga lista de indicaciones muy precisas, este mismo personaje parece reconocer lo abstracto e impracticable del planteo y afirma que tal vez lo expuesto “nunca vaya a encontrar las circunstancias que permitan que todo llegue a darse como se ha planeado”, pero insiste con la pertinencia de que el legislador todo lo exponga “como si contara sueños o plasmara en cera (*plátton... ek keroû*) la ciudad y los ciudadanos”. Los grandes héroes de la filosofía platónica de la vejez son todos artesanos que forjan manualmente su tarea: el orfebre que da forma a los cuerpos elementales, el legislador que fabrica obsesivamente su pólis de plastilina y por supuesto el demiurgo, divino hacedor del mundo entero, es también un artífice que confecciona con materiales más sutiles el alma del mundo y luego deja a los artesanos de menor jerarquía la tarea de modelar los cuerpos y ensamblarlos a las partes mortales de las almas humanas.

En el origen remoto de nuestra noción de ficción encontramos labores manuales de modelado; derivadamente la familia lexical se va aproximando desde allí al significado de una cierta manipulación de otro tipo de materiales: ya no cera ni barro sino contenidos mentales. Este deslizamiento semántico aparece en diversas fuentes, pero puede rastrearse con mayor claridad en los escritos platónicos. De la idea original de modelar proviene el significado de *plássō* como “formar”, “educar” y también “formar la imagen de una cosa en la mente” o “imaginar”. Así lo usa Platón en el *Fedro* (“Aunque nunca lo hayamos visto ni concebido rectamente, imaginamos *–pláttomen–* un dios con cuerpo y alma unidos”) y en la *República* (“Nuestro propósito ahora es imaginar *–pláttomen–* una ciudad feliz”); en ambos casos se nos propone formarnos una cierta imagen en la mente. Otro significado atestiguado del mismo verbo, el de “modelar de una cierta manera”, comienza a aplicarse a determinados aspectos de la conducta individual, con el sentido de quien está manipulando las disposiciones que se daban naturalmente: por ejemplo, modelar la voz y pronunciar de una forma más elegante, como aparece en el platónico *Crátilo* con la pronunciación afectada: “Creo que eso hacen los que no se preocupan para nada de la verdad, sino que modelan (*pláttontes*) la boca e insertando muchos cambios en los nombres originales logran que nadie comprenda lo que significa una palabra”. De ahí al significado de “falsificar” hay un paso muy corto: de hecho, encontramos el verbo *plássō* con este sentido en textos de la oratoria forense de los siglos V y IV aC., y en la platónica *Apología de Sócrates*: “No crean *–les dice el acusado a sus jueces–* que a mi edad voy a presentarme ante ustedes como un adolescente que maquilla sus palabras (*pláttonti lógous*)”. Ese maquillaje al que se refiere Sócrates juega con el manifiesto sentido de falsificar o tapar la verdad.

Por último, encontramos al verbo *plássō* con el significado de “fabricar mentiras” o “decir cosas inventadas, ficticias u opuestas a lo verdadero”. Así aparece el término en Heródoto. En el libro octavo de las *Historias*, relata el encuentro entre Temístocles y su

rival Arístides, que trae información crucial y favorable a los planes del líder ateniense sobre la posición de la flota persa, justo antes de la batalla de Salamina. “Ya que llegas con esa buena noticia –le dice Temístocles–, anúnciala tú mismo; si lo yo digo van a creer que lo inventé (*dóxo plássas légein*)”. Con el mismo significado encontramos al verbo en los Recuerdos de Sócrates de Jenofonte: “Eres esa clase de amigo –le dice Critóbulo a Sócrates– que me ayuda si tengo alguna cualidad para conquistar amigos, pero si no, no estarías dispuesto a inventar alguna historia (*plásas ti eipeîn*) para ayudarme”. Por la réplica de Sócrates al reproche –“¿Te ayudó más haciendo de ti falsas alabanzas o tratando de convencerte de que seas un hombre de bien?”– es evidente que allí pláso quiere decir “inventar algo falso” o “contrario a la verdad”.

Quizás el caso más paradójico en el uso del verbo *pláso* con el significado de “inventar algo ficticio”, contrapuesto a la verdad, sea el que aparece en el *Timeo*: justo cuando los interlocutores del diálogo acaban de escuchar de uno de ellos el mito de la Atlántida –sin duda una fabulosa invención platónica–, el personaje Sócrates felicita al orador y dice que se alegra por haber podido oír “no un relato inventado sino una historia verdadera” (*mè plasthénta mûthon all’ alethinòn lógon*). Antiguos y modernos intérpretes se aferraron a estas crípticas palabras para defender la veracidad de la leyenda de la gesta atlántica. Incluso los primeros navegantes que atravesaron el océano en el siglo XVI quisieron ver allí una prueba de la remota existencia de aquel misterioso continente, que debía estar hundido –suponían– a mitad de camino entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Posiblemente Platón sólo quería subrayar el valor que tienen las epopeyas heroicas cuando se trata de forjarse la propia historia patria; una historia que necesariamente tiene que asumirse como verdadera para que sea eficaz como supuesta memoria de un pasado en común.

En todo caso, ahora nuestro objetivo no es desentrañar los mecanismos con los que Platón trata de reforzar la eficacia persuasiva de sus mitologías⁴⁹ sino simplemente pasar revista a los usos atestiguados de ciertos términos que nos permiten recobrar el camino que va del modelado de la arcilla o de la cera hasta nuestra moderna idea de ficción. Es Platón, una vez más, con su persistente apego a la familia léxica de *pláso*, el que ofrece en sus escritos el hilo conductor que nos lleva desde la noble tarea del orfebre hasta deducir las tres cualidades negativas con las que está investido, desde sus orígenes, el concepto de ficción.

3. Los tres pecados de lo ficticio

En dos de los diálogos platónicos de la vejez encontramos empleado por primera vez el adverbio *plastôs*, “de manera ficticia” o “de manera fingida”, y en estas tres primeras ocurrencias, el ser ficticio se revela como algo opuesto a lo real, contrario a lo

⁴⁹ Volveremos a esto en el capítulo cuatro.

verdadero y a lo natural. Al comienzo del *Sofista*, el personaje al que llama Extranjero de Elea dice que “los que son filósofos realmente (*ontô*s) y no de manera fingida (*plastô*s) observan desde lo alto la vida de acá abajo”. En el libro primero de las *Leyes*, un personaje se refiere a los atenienses y dice que son los únicos “excepcionalmente buenos”, pero aclara: “verdaderamente (*alethô*s), no de manera ficticia (*plastô*s)”; y en el libro sexto, otro personaje dice que “se puede reconocer claramente al que por naturaleza (*phýsei*) y no de manera fingida (*plastô*s) respeta la justicia”. En estos tres primeros usos del término, lo que se busca subrayar por oposición es una modalidad negativa: unos fingen ser filósofos pero no lo son en realidad; otros aparentan ser justos en lugar de respetar a la justicia de forma espontánea; otros no son verdaderamente buenos sino que disimulan su mezquindad. Por supuesto que el adverbio aislado, por sí solo, no indica necesariamente algo peyorativo: oponerse a lo naturalmente dado podría ser, en determinadas circunstancias, algo muy positivo; sin embargo, en todos estos usos del término encontramos la misma clave semántica. Hoy en día, cuando algo del ser ficticio o del uso de las ficciones nos irrita es porque entra en alguna de estas tres formas de oposición sugeridas por primera vez en los diálogos platónicos: nos irrita porque se opone a lo natural y ha sido retocado, modelado, manipulado; porque no es real sino fingido; porque no es verdadero sino falso. Cuando nos fastidia el uso de las ficciones –más todavía si se trata de la inclusión de elementos ficticios en los relatos sobre hechos efectivamente ocurridos– estamos llevando a cabo una asociación, no siempre consciente, entre lo real, lo verdadero y el estado de cosas natural a los que oponemos eso que alguien modeló, plasmó, elaboró mentalmente, armó, disfrazó, manipuló, fraguó, falsificó.

En la historia de los usos del verbo latino *fin*go, del sustantivo *fictio*, y de las formas adverbiales *fictē* y *ficticiē* se verifica una evolución análoga a esta del léxico griego de la ficción que acabamos de esbozar: hay un primer conjunto de significados axiológicamente neutros –ligado al modelar, a lo fabricado o creado– y luego otro, derivado del primero, pero de signo claramente negativo –disfrazar, engañar, lo puramente imaginario, la falsificación, la simulación. *Fingo* quiere decir “formar”, “dar forma”, “modelar” (el escultor es el *fictor*), “componer” (versos), pero también, derivadamente, “adaptarse”; de donde surgen los significados de “formar cambiando”, “disfrazando”, “transformar”, “arreglar”. En los usos latinos, la dimensión manual también va dando lugar a otra decididamente intelectual, y entonces aparecen el sentido de *fin*go como “adaptarse a la opinión de uno”, de donde “educar” y “adiestrar” pero también “concebir”, “suponer”, “formarse una idea”, “representarse” y “representar” e “imaginar”. Las formas adverbiales *fictē* y *ficticiē* (“con fingimiento”, “en apariencia” y “artificialmente”) tienden, como en el uso platónico de *plastô*s, a las connotaciones peyorativas, que van a consumarse en el sustantivo *fictum*: “mentira”.

4. Ficciones de los filósofos

La idea de ficción, así como el problema de determinar lo que es o no ficticio en un relato, pertenecen a la cultura escrita. Por eso no debe sorprender que el vocabulario de la ficción sea relativamente tardío. Es inexistente en los poemas homéricos —que nacen, se transmiten y llegan a ser el eje de la curricula escolar sin salirse nunca del universo de la cultura oral—, aparece apenas insinuado en el mundo todavía arcaico de Hesíodo, y se despliega en la época clásica: el periodo abarcado por los siglos V y IV aC., en el que la revolución tecnológica de la escritura penetra en todas las áreas de la vida. En la vida política y legal, en las formas de resolver pleitos jurídicos, en la divulgación del saber —que con la multiplicación de los ejemplares escritos pasa a incluir también, por primera vez en la historia, la lectura en silencio—, en los planes y criterios de enseñanza. Al expandirse el universo de la cultura escrita qué se dice, quién lo dice y cómo lo dice pasan a ser motivo de suspicacia, debate y polémica en la asamblea, en los tribunales, en los gimnasios (que son centros de formación y de vida social), en el teatro y en el mercado. Porque la distancia crítica nunca ha sido prerrogativa de los intelectuales ni de los profesores. El peso que tiene la escritura en la ampliación de la terminología y de los significados atribuidos al vocabulario del modelado para que vayan asumiendo los sentidos relativos a la ficción, es patente.

A excepción del verbo *plássō* y de muy pocas palabras afines, como el adjetivo *plastós* —“modelado”, “fabricado”, y también “falsificado”— que figura en los poemas hesiódicos, prácticamente toda la familia léxica es tardía. Y es tanto más tardía cuanto más se alejan sus términos del significado manual o artesanal originario y se van aproximando semánticamente a la idea de una manipulación o deformación mental o a la de un invento de la imaginación. (El sustantivo *plásma*, que podría parecer una excepción, aparece con el sentido de “ficción” en un fragmento atribuido a Jenófanes, siglos VI-V aC., sin embargo la cita aparece en un escrito de Ateneo, que es del siglo II dC.) *Plássō* no se usa con significados relativos a la elaboración mental antes del siglo V aC. Es justamente hacia finales de este siglo V aC., el que William K.C. Guthrie en su gran Historia de la Filosofía Griega denominó “el siglo de la Ilustración”⁵⁰, que las palabras asociadas con el modelado manual comienzan a significar otro tipo de modelado: elaboraciones mentales, intelectuales y también textuales. Quienes inauguran estos nuevos valores de las palabras más antiguas son los oradores forenses (Demóstenes, Antifonte), los educadores (Isócrates), los autores teatrales (Esquilo, Aristófanes, Sófocles) y, de manera especialmente significativa, Aristóteles. Con ellos, estas viejas palabras del ámbito de la artesanía, como *plássō* y *plásma*, adquieren significados nuevos. Pero además se forjan nuevas palabras con sentidos inequívocamente vinculados al mundo de las ficciones: *plásis* (“inventor”, “ficción”), *plasmátias* (“fabricado”), *plasmatódes* (“ficticio”). El avance

⁵⁰ Cf. W. K. C. Guthrie, 1994: xviii.

imparable de la cultura escrita e “ilustrada” obliga a buscar nuevas expresiones para nombrar realidades discursivas cada vez más frecuentes, que van desde la fabricación de acusaciones en la asamblea o el tribunal a la elaboración de razonamientos abstrusos en la biología o en la astrofísica.

Además ser consecuente con el uso de *plásma* como “ficción” o “producto de la imaginación” –un uso que probablemente haya inaugurado él mismo–, Aristóteles es el que aporta la mayor cantidad de neologismos a este núcleo semántico. Es razonable: en la historia de la educación, Aristóteles –en palabras de Frederic Kenyon– marca el definitivo paso “de la instrucción oral al hábito de la lectura”⁵¹. Hasta el siglo IV aC., la publicación de un libro consistía en su lectura en voz alta ante una audiencia. Hay varios ejemplos de esta práctica atestiguados en las biografías tardo-antiguas: Diógenes Laercio cuenta alguna bastante socarrona, incluso, sobre el aburrimiento generalizado que produjo la primera lectura en público del Fedón de Platón. Aristóteles, en cambio, además de participar hasta el final del espectáculo del lanzamiento editorial del Fedón, se acostumbró a leer los libros de sus contemporáneos y de sus predecesores, y a ficharlos por temas, como él mismo cuenta en algunos de sus escritos. Por eso, los más valiosos estudios comprensivos de la obra aristotélica, como el de Ingemar Düring, consideran totalmente verosímil y justificada la leyenda del sobrenombre, “el lector”, que el filósofo se había ganado entre sus compañeros desde los tiempos en que estudiaba en la Academia platónica.

Desde una perspectiva contemporánea, lo que resulta más notable al observar las ocurrencias del vocabulario de la ficción en los escritos de Aristóteles es que cuando lo emplea no se refiere nunca a la literatura: *plásma*, *plasmátías*, etc. no aluden a narrativas que hoy consideramos literarias: en general, cuando se refiere a la tragedia –que es el género literario que más le interesa– o a su tema real o imaginario usa la palabra *mûthos*. En cambio, usa *plásma* (“ficción”) y otros términos de la misma familia para calificar los argumentos, las hipótesis o las teorías científicas de otros filósofos. Así, en el *De Caelo*, cuando analiza las tesis astronómicas que proponen la alternancia de una fase más rápida y otra más lenta del movimiento de rotación del universo, dice Aristóteles que “esto es totalmente ilógico y semejante a una ficción” (*pantelôs álogon kai plásmati hómoion*). En el *De generatione animalium* analiza diversas hipótesis sobre el desarrollo embrionario: ¿el embrión y el adulto ya están prefigurados en el huevo?, ¿o el huevo es sólo el material a partir del cual se forma el organismo? Aristóteles es partidario de este último razonamiento, porque el otro –dice– “es absurdo y ficticio” (*plasmátías*). En el mismo tratado, al comentar diferentes teorías sobre la herencia, de una de ellas, la que atribuye aportes de ambos progenitores, observa: “esta explicación no es clara y en muchos

⁵¹ F. Kenyon, 1932.

aspectos, una ficción” (*plasmátias*). Y cuando discute las teorías sobre la generación, dice que Empédocles plantea un “tipo de causa ficticio” (*plasmátôdes*).

En los escritos en los que trata acerca de los primeros principios de todo lo real, Aristóteles también emplea a la familia lexical del *plássō* para desautorizar a una posición filosófica y además revela, en un pasaje breve y notable, su propia conciencia de estar dotando al vocabulario filosófico de un término o por lo menos de un significado novedoso. En el anteúltimo libro de la *Metafísica*, Aristóteles ataca a Espeusipo y a Jenócrates –los que sucedieron a Platón al mando de la Academia– y a los platónicos que consideran que ciertos entes matemáticos, como los números, son los principios de todo: por un lado, descarta que estas entidades puedan existir en lo sensible: “la teoría de que existen [de este modo] es una fantasía (*plasmátias ho lógos*)”; pero además considera que los platónicos se aferran a las realidades matemáticas porque reconocen “la dificultad y el carácter ficticio (*plásin*) de la teoría de las Ideas” de su maestro. En el capítulo siete de ese mismo libro, Aristóteles protesta: postular la existencia de números ideales a partir de cierta definición de las unidades “es algo absurdo y ficticio”, y haciendo explícita su innovación aclara: “llamo ficticio (*plasmátôdes*) a lo que se introduce a la fuerza para acomodarlo a una hipótesis”.

5. De la falsificación en época helenística e imperial

Así como en estas primeras ocurrencias, en el griego de época clásica, “ficticio” es un carácter que se le atribuye a algunas teorías o hipótesis para denostarlas, en época helenística e imperial, con la multiplicación y diversificación de los géneros discursivos, se incorporan nuevos términos a la familia lexical de *plássō*. Sexto Empírico, que reúne las críticas del escepticismo antiguo a todas las áreas del saber, cita el adjetivo *plasmatikós*, “ficticio”⁵², con el que los primeros gramáticos de época helenística denominaban al tipo de relato que se distingue a la vez de la narrativa histórica y de la mitológica. Tendremos que volver más adelante a esta importantísima distinción. El historiador Flavio Josefo (siglo I dC.) incorpora *plastographía*, “falsificación”. En un comentario anónimo a la Retórica aristotélica, de época imperial, aparece *plasmatográphos*: “autor de discursos para ocasiones posibles pero no reales”. Y más tarde, en el griego bizantino, *plastologéō*, “decir mentiras”, y *plastólogos*, el “que dice mentiras”. La cosa parece irse de los cauces de la cultura escrita e ilustrada cuando Manetón, astrólogo que vivió posiblemente en el siglo IV dC., introduce *plastokóme* para referirse al “cabello falso”, es decir, al “que usa peluca”.

Pero quien provee uno de los significados más interesantes de la familia de raíz *plath-*, vinculando lo ficticio-artificial con lo falso y la falsificación, es Artemidoro de Daldis, en su fascinante y estrafalaria Interpretación de los sueños. Allí aparecen

⁵² En *Esbozos Pirrónicos* I.103 (cf. LSJ, 1996: 1458).

atestiguadas por primera vez las palabras *plastographéō*, “escribir falsificación” y *plastográphos*, “falsificador”. Artemidoro dice que soñar con que se esculpe, se pinta, se cincela o se crean imágenes es “buen síntoma para los adúlteros, los oradores, los falsificadores de documentos (*plastográphos*) y todos los que viven de engaños”. En cambio, para todos los demás este sueño implica “aglomeraciones masivas y griteríos”; nada demasiado bueno. En el libro cuarto, mientras explica que una misma visión onírica puede ser presagio de cosas diversas para la misma persona según las circunstancias, usa nuevamente esta palabra. Cuenta el caso de un hombre que vendía perfumes y que en tres ocasiones soñó que perdía la nariz: la primera vez se le anunciaba la quiebra y el hombre efectivamente tuvo que cerrar el negocio. Es obvio: uno no va a vender perfumes si no puede diferenciar sus aromas, razona Artemidoro. La segunda vez, en cambio, el sueño le anticipó su expulsión de la ciudad “por falsificar documentos (*plastographéō*)”. El vínculo necesario entre la falta de nariz y el descubrimiento de la falsificación es, según él, algo indudable: la cara “es el símbolo del respeto y de la consideración”, así que el sueño le anticipaba que quedaría “privado de una buena reputación”. Un buen día, el hombre, enfermo, volvió a soñar por tercera vez lo mismo y al poco tiempo murió. Con plena certidumbre en la verdad que transmiten las ensoñaciones, Artemidoro pronuncia la inapelable conclusión: “las calaveras no tienen nariz”.

Capítulo dos

1. Defensores de la nada

El rápido repaso por la historia de los significados de un grupo de palabras asociadas originariamente a la ficción, en el capítulo anterior, puso de manifiesto dos modos de oponer lo ficticio y lo real: por un lado consideramos que es ficción algo que ha sido *elaborado mentalmente*. En este primer sentido, llamamos ficticio a lo que fue confeccionado, incluso manipulado, y se opone a lo *naturalmente dado* que subsiste más allá de la fugacidad de la confección. Lo ficticio *no es natural* sino el producto de algún *artificio* o construcción imaginaria. En este primer modo de distinguir lo ficticio y lo “real” se inscriben nuestras *actividades ficcionales* más primarias: los juegos ficcionales y la diferenciación que establecemos desde muy chicos (y sin que medie instrucción alguna)⁵³ entre las historias y personas ficticias que habitan cuentos, series o películas, y las de la *vida real*. La expresión *vida real* es una ecuación mental no siempre consciente que identifica lo “real” con el estado de cosas que subsiste fuera de la actuación, la elaboración narrativa y el maquillaje, distinto de lo que alguien fabricó o modeló. En este primer sentido, el ser ficticio es axiológicamente neutro: como toda fabricación, las ficciones pueden ser buenas o malas; el hecho de ser artificial no tiene un valor en sí mismo positivo o negativo, pero pone distancia respecto de lo que está por fuera o por debajo de esas invenciones.

Hay, no obstante, un segundo sentido por el cual decimos que algo es ficticio: no porque ha sido simplemente elaborado de manera artificial sino porque falsifica lo real; el uso de la imaginación aquí involucrado es tal que desvirtúa los hechos, lo dado, lo verdadero, lo real. En este segundo sentido empleamos la idea de ficticio como sinónimo de falso, opuesto a la transparente verdad de lo real. En este caso, la noción de ficción no resulta axiológicamente neutra sino claramente negativa. Tanto la familia lexical del griego *plássō/plásma* como la del latín *fungo/fictio* adoptan este segundo matiz cuando de un simple “formar” o “plasmar” pasan a significar “formar cambiando o disfrazando”, “transformar”, “fingir”, “inventar con mala intención”, “fragar”. Así, el concepto de *ficción* se fue forjando como opuesto al de *realidad*, entendiendo esta oposición en un doble sentido: como lo fabricado se opone a lo que es dado naturalmente y como lo falso se opone a lo verdadero.

Ahora bien, ¿qué es “realidad”? ¿Qué es eso “real” que la misma definición de lo ficticio parece presuponer? ¿Y cuáles son las credenciales que certifican su supuesta

⁵³ J.-M. Schaeffer insiste sobre el carácter transcultural de esta facultad: “La complejidad del dispositivo ficcional es tal que si se tratase de una convención culturalmente específica, y por tanto de una adquisición exógena que el niño tuviera que obtener del mundo cultural en el que crece, sería incapaz de dominarlo tan rápidamente”. La compara con la adquisición del lenguaje y cita los estudios de Laurence Goldman y Michael Emmison que demuestran “al menos que esa competencia es la misma en dos sociedades tan distantes como la nuestra y la de los huli de Papua-Nueva Guinea”. Cf. Schaeffer, 2002: 218-219.

anterioridad, su precedencia y su carácter primigenio? En una mirada comparativa, el desarrollo de la noción de ficción corre paralelo al de realidad. Es precisamente la negación de lo “real” –o “lo que es”⁵⁴–, reducido a mero epifenómeno mental o juego del lenguaje, la que trae aparejada, como reacción polémica, una de las primeras tentativas por fundar, y fundamentar, el concepto de “realidad”. Naturalmente, la historia de la filosofía se ha concentrado en el nacimiento de “lo real” y de “la realidad” y en torno a estas nociones fue forjando su campo disciplinario y su cometido⁵⁵. Sin embargo, desde la perspectiva de la contraposición entre ficción y realidad lo que se nos revela es más bien un horizonte polémico común en el que ambas nociones emergen, en continua referencia a la otra, y a sus efectos cognoscitivos y comunicativos. Si “lo real” encontró en Parménides y más tarde en Platón y en Aristóteles a sus profetas, a la ficción no le faltaron apologistas que, como Gorgias, buscaron demoler el punto de vista contrario, el de la “realidad”, desde sus bases⁵⁶. En el *Tratado sobre el no ser*, al menos en la versión que de él transmitió Sexto Empírico⁵⁷, se afirma que nada es, que si fuera no sería cognoscible y que si fuera cognoscible sería inexpresable e inexplicable a otros. Según el razonamiento encadenado de las tres célebres tesis gorgianas no existe lo real, ni tampoco verdad alguna que pueda reconocer el pensamiento, ni que pueda comunicar el lenguaje; ni siquiera podemos esperar que haya verdad en el pensamiento ya que todo lo que pensamos bien puede ser falso o ficticio.

Para nuestra indagación sobre realidad y ficción en los relatos de sucesos reales, la demolición de lo real que lleva a cabo Gorgias es relevante por sus consecuencias a nivel cognoscitivo y comunicativo. Veremos en los capítulos cuatro y cinco de este trabajo que una nueva generación de gorgianos ha invadido el campo de los análisis de la comunicación periodística y de la narrativa histórica. Pero ahora concentrémonos en lo fundamental del antiguo legado. De la primera tesis del *Tratado...* –nada existe– se desprende una segunda que tiñe de sospecha todo lo pensado: con el ejemplo de los

⁵⁴ En la traducción más literal y precisa de *tò eón*, los términos en los que el eléata Parménides plantea el desafío. Cf. DK 28B2 y el análisis de A. Gómez Lobo, 1985: 86-96.

⁵⁵ Esta perspectiva es la que pone de manifiesto G. W. F. Hegel, en su *Introducción a la Historia de la Filosofía*, cuando afirma: “El objeto de la filosofía es (...) el más universal o, más bien, lo universal mismo, lo absolutamente universal, lo eterno, lo existente en sí y por sí”.

⁵⁶ Si bien el pensamiento de Protágoras, con la entronización de la apariencia por encima de la realidad y el relativismo que tal posición entraña (tanto respecto de la verdad como de los hechos), fue decisivo para la elaboración –por oposición– de una epistemología realista, ilustramos aquí con el caso de Gorgias en pos de la síntesis de esta revisión histórica. Sobre el valor de Protágoras para la epistemología platónica y aristotélica cf. M.-K. Lee, 2005, especialmente cap. 2 y 4-7.

⁵⁷ Además de la fuente primaria –Sexto Empírico, *Adversus Mathematicos* VII 65-87– contamos con otra versión del mismo tratado de Gorgias: el pseudo aristotélico *De Melisso Xenophane Gorgia*, cuya autoría constituye aún hoy materia de controversia. Un resumen de los problemas involucrados en su transmisión e hipótesis sobre la identidad de su autor, en B. Cassin, 1980, 20 y ss.

carros que corren por el mar⁵⁸ lo que se quiere implicar es que el pensamiento no piensa *lo real* sino que sólo construye ficciones. A ella sigue la tercera tesis, que niega toda posibilidad de manifestar lo real a otros por medio del lenguaje. Al identificar el lenguaje con el de cada una de las percepciones, tomadas de manera completamente aislada (la vista sólo puede ver, la audición sólo puede oír, etc., como si ellas no estuvieran conectadas por ningún proceso natural de unificación del sentido), concluye que el lenguaje tiene también un carácter absolutamente privado, incapaz de mostrar, representar o significar. Aquello con lo que mostramos –dice– es el lógos, “pero el lógos no es lo que subyace y que es; por lo tanto, no mostramos lo que es (...) sino el lógos, que es diferente”. Y puesto que lo que es no es lógos, éste “no podría volverlo significativo para otro”.⁵⁹

Es plausible, como sugiere Giuseppe Mazzara en su estudio comprensivo de la obra de Gorgias, que el objetivo del sofista no fuera el de “conducir a una especie de destrucción total y efectiva del lenguaje y de la comunicación, al punto de rechazar el lenguaje como inservible y cerrar a los hombres en una suerte de solipsismo insuperable”.⁶⁰ La estructura misma del *Tratado...*, cuyas conclusiones dependen de un abigarrado razonamiento lógico y una sólida y cosmética retórica de las palabras, podría ser indicio en este sentido. Quizás la idea fuera poner de relieve “dudas muy plausibles acerca de la capacidad representativa del lenguaje y la posibilidad de una transmisión fácil de mensajes e informaciones, sin distorsiones ni incomprendiones”⁶¹. Como afirma en otro escrito, la *Defensa de Palamedes*: “Si por medio de las palabras fuera posible que la verdad de los hechos (*tèn alétheian tòn érgon*) se volviera pura y manifiesta a los que escuchan, entonces sería fácil el juicio a partir de lo dicho”.

En el *Encomio de Helena*, por otra parte, Gorgias advierte que si bien el lenguaje no puede revelar nada *real* tiene no obstante un enorme poder persuasivo y creador. Al igual que las sensaciones, las palabras “modelan las almas”: ellas pueden producir placer y apartar el dolor, eliminar el temor, suprimir la tristeza, infundir alegría o añoranza, provocar compasión. La palabra nos hace experimentar emociones por la adversidad o la felicidad de otros como si fueran propias.⁶² Se vuelve así el lógos en poderoso fármaco, herramienta de magia y hechicería que opera sobre los impulsos y sobre “los engaños de la opinión”⁶³. Librado (o despojado) de la tutela de lo *real*, el lenguaje muestra en cambio su eficacia persuasiva y su poder sobre las mentes. Hay un pasaje del *Encomio...* que

⁵⁸ Como se afirma en *Tratado del no ser*: “si alguien piensa que los carros corren en el mar aunque no los vea debe creer que los carros existen corriendo en el mar. Pero esto <es> absurdo; por lo tanto, lo que es no es pensado ni comprendido” (SE., *Adv. Math.* VII 82 = DK 82B3).

⁵⁹ Las citas están tomadas de SE., *Adv. Math.* 84 y 85.

⁶⁰ G. Mazzara, 1999: 83.

⁶¹ *Ibid.*

⁶² Cf. párrafos 8 y 9 del *Encomio de Helena* (DK 82B1).

⁶³ El lógos como fármaco, cf. DK 82B1.14; herramienta de magia y hechicería, cf. DK 82B1.10.

resulta especialmente relevante para nuestra investigación; en él, Gorgias reflexiona sobre cuánto puede engañar una ficción, un lógos “modelado”, y cómo a la vez nuestras opiniones, “vacilantes e inseguras”, no pueden prescindir de esas elaboraciones ficcionales.

Cuántos persuadieron a cuántos y sobre cuántas cosas, y los siguen persuadiendo, moldeando (*plásantes*) un discurso falso, pues si todos tuvieran memoria sobre todas las cosas pasadas, conciencia de las presentes y previsión de las futuras, incluso siendo igual, el lógos no podría engañar igualmente. Pero ahora no es fácil ni recordar el pasado, ni investigar el presente, ni adivinar el futuro, de modo que respecto de la mayoría de cosas la mayoría acepta a la opinión como consejera del alma. Pero la opinión, por ser vacilante e insegura, arroja a circunstancias vacilantes e inseguras a los que se valen de ella.⁶⁴

Si el ser humano fuera omnisciente no habría peligro de engaño, nadie sería víctima de las falsificaciones del lógos. No habría ficciones, en el sentido en que estamos considerándolas. Pero nuestro conocimiento es limitado y por eso la mayoría de las veces aceptamos el sucedáneo de la opinión, que es falible e inestable. No creo que sea exagerado afirmar que toda la reflexión platónica acerca de la diferencia entre conocimiento (verdadero) y opinión (incierto), y acerca de la importancia de las ficciones en nuestra vida, tanto a nivel teórico como práctico, retoma este problema planteado en el *Encomio*. Como se sabe, en este escrito que tuvo gran difusión en la Antigüedad, Gorgias ensaya cuatro argumentos, cuatro diversas defensas de la bella esposa de Menelao, para “terminar con la acusación respecto de su mala fama”, y mostrar que están equivocados quienes le endilgan la culpa de haber desencadenado la trágica guerra de Troya por irse detrás del apuesto Paris.⁶⁵ “Tras mostrar la verdad” con sus argumentos, buscará “terminar con la ignorancia”. Claro que al final, al cabo de todo su virtuoso despliegue verbal, afirma Gorgias que eso no es más que un “juego” suyo.⁶⁶ En esto, claramente, se diferencia Platón: para él, las ficciones no son sólo un juego. En absoluto.

2. Encomio de lo real

En ámbito filosófico se ha fijado el Poema de Parménides como una suerte de acta de nacimiento de “lo real”. En la mítica presentación del Poema, una diosa exhorta con énfasis al filósofo: “Es necesario decir y pensar que hay ser, pues es posible ser, y la nada no es. Esto te ordeno que proclames”.⁶⁷ En el desarrollo lógico de las “pruebas” del ser,

⁶⁴ *Encomio de Helena* 11.

⁶⁵ Lo hizo por decisión del azar, los dioses o la necesidad (parágrafo 6); u obligada por la fuerza (parágrafo 7); o persuadida por las palabras (parágrafos 8 a 14); o por amor (parágrafos 15 a 19). En cualquiera de estos casos, ella no debe ser culpada.

⁶⁶ Son las tres últimas palabras del *Encomio*: *emòn dè paígnion*, “un juego mío”.

⁶⁷ Son las primeras palabras del fragmento 6 (DK 28B6).

Parménides afirma y deduce que “lo que es es inengendrado e incorruptible, total, único, inmovible y terminado; ni fue ni será, sino que es ahora, completamente homogéneo, uno, continuo”; es “total e inmóvil”; “perfecto por doquier, semejante a la masa de una esfera bien redondeada, completamente equidistante a partir del centro”.⁶⁸ Pero incluso entre quienes prefirieron escapar de la mordaz crítica gorgiana –se suele leer el *Tratado sobre el no ser* como réplica a Parménides, y al eleatismo en general–, como es el caso de Platón, la herencia parmenídea resultaba enigmática y problemática.⁶⁹ La vía del ser, con toda su solidez formal, aparecía infranqueable para quienes se proponían una explicación racional de *todo lo real*: incluyendo realidades tan poco inmóviles y homogéneas como la física o la política. Por eso, las bases teóricas que desarrolla Platón –las que permitirán salir de esa concepción unívoca del ser⁷⁰– tendrán el estigma de un “parricidio” intelectual y también el de una disputa ideológica por el valor del lenguaje. Como la primera y más duradera noción de lo real, la concepción platónica puede comprenderse así en diálogo con el eleatismo y la sofística.

En un primer momento, en el *Crátilo*, Platón reivindica, contra los seguidores de Heráclito, el carácter “inmovible” de lo real: las cosas han de existir –dice– “con una realidad propia constante, no relativa a nosotros ni tampoco arrastradas arriba y abajo por nuestra imaginación, sino que existen por sí mismas en relación con la realidad propia que tienen por naturaleza”.⁷¹ No habrá conocimiento alguno, ni siquiera será posible que el lenguaje signifique algo si no hay una realidad firme y estable al cual referir el lenguaje y el conocimiento.⁷² La postulación de Formas (lo Bello en sí, lo Justo en sí, lo Bueno en sí, etc.) es posterior y recoge esta inquietud, que Platón integra con otra, de naturaleza ética y política.⁷³ De las Formas dice que son “lo que existe máximamente”⁷⁴: realidades plenas, perfectas, eternas, incorruptibles, inteligibles, que se mantienen siempre idénticas a sí mismas, a diferencia de todo lo que de ellas participa (o en lo que ellas están presentes): la belleza de Helena de Troya, la justicia en Atenas, el buen café que me tomé ayer, etc., todas instancias imperfectas, efímeras y corruptibles de aquellas otras Formas. Al distinguir dos niveles de realidad –uno inteligible o eidético, el otro perceptible y generado– Platón conjura a la vez la univocidad del ser, la inutilidad del lenguaje y la

⁶⁸ Cf. DK 28B8 vv. 1-6, 37-38, 42-46.

⁶⁹ Platón llama a Parménides “venerable y terrible”, con palabras homéricas, en *Teeteto* 183e, donde también le hace decir a Sócrates, uno de los personajes del diálogo, que él lo conoció siendo muy joven, que tenía “una profundidad llena de nobleza”, pero que teme “no poder entender su doctrina” y se le “escape el pensamiento que expresan sus palabras” (*Teet.*, 183a).

⁷⁰ Una misma concepción unívoca que comparten, justamente, forjadores y detractores del ser, tanto Parménides como Gorgias. Cf. E. Berti, 1987: 13.38.

⁷¹ Platón, *Crátilo* 386d-e; “realidad” traduce *ousía*, derivada del participio *éssa*, de *eimí*: “ser”, “existir”.

⁷² Cf., respectivamente, *Crátilo* 439b-d y 439e-440b.

⁷³ Sobre la motivación ético política de las Ideas, cf. C. Kahn, 2013: 223-232.

⁷⁴ Cf. *Fedón* 77a.

imposibilidad del conocimiento que, según él, auguraban los discípulos de Heráclito y algunos sofistas.

En diversos escritos, Platón identifica a lo máximamente real con lo verdadero: realidad y verdad parecen ser dos caras de la misma moneda⁷⁵, y por eso captar lo real (que es inteligible, no sensible) proporciona auténtico y verdadero conocimiento. Mientras que a las realidades inestables, como las de la física, las conocemos con menor certidumbre, forjándonos opiniones a partir del testimonio de los sentidos.⁷⁶ En *República* X, en el marco de una crítica a la poesía y a las artes imitativas en general, se traza una analogía en la que lo real aparece (enumerado de manera no exhaustiva) organizado de manera jerárquica, en tres capas: existen en primer lugar Formas, realidades plenas, perfectas, eternas, incorruptibles, que están en la naturaleza. En segundo lugar existen los objetos artificiales, imperfectos, mutables, contingentes, corruptibles, aparentes, confeccionados por artesanos a imagen de aquéllas. Y en tercer lugar se ubican las imitaciones de estos objetos, aún más imperfectos e incompletos, fabricados por imitadores, doblemente alejados de lo real. El orden descendente en el ámbito del ser implica también un descenso en los niveles de verdad: las Formas son lo más real y lo más verdadero, mientras que las imitaciones se alejan en dos grados de esa verdad. Este primer esquema, que propone una correspondencia biunívoca entre modo de ser y de ser conocido —y que sugiere implícitamente que a mayor realidad y verdad, mayor transparencia en la transmisión de esa verdad—, aparece en el marco de la crítica de Platón a la falta de especialización de artistas e imitadores en aquello que presumen conocer; y a las artes imitativas, productoras de valores y educadoras, que divulgan opiniones infundadas o simplemente falsas. Aunque no hay aquí un desarrollo conceptual de la noción de ficción como elaboración (*plásma*), sí aparece el concepto de *mímesis*, “imitación”: las producciones imitativas, ubicadas al final de la escala de verdades, son no obstante productoras de sentido y de valores, pero como sus artífices suelen ser falsos conocedores, transmiten más bien falsificaciones.

La perspectiva de Platón en cuanto a la relación entre realidad y transmisión de la verdad varía notablemente, sin embargo, en otros textos, en los que se impone una reflexión sobre la importancia de la verosimilitud allí donde la verdad es inalcanzable. En *República* II y III, hablando sobre la educación de los ciudadanos que tendrán que sanear a la *pólis* corrupta, Platón critica el arte poético: objeta algunos aspectos formales pero,

⁷⁵ Esto ya se puede ver en *Crátilo* 439a-b, donde se llegan a identificar “las cosas mismas” y “la verdad”. Pero se puede leer también en *República* VI y X.

⁷⁶ Esto se ilustra, por ejemplo, en la célebre Alegoría de la Línea, en *República* VI. Como veremos más adelante en este mismo capítulo, en los diálogos tardíos Platón advierte que de estas realidades cuyo conocimiento exacto es inalcanzable podemos forjarnos no obstante relatos verosímiles que se aproximan a la verdad mediante hipótesis y razonamientos analógicos; cf. *Timeo* 29b-d y 54a-55d. Sobre el *lógos* verosímil y la diferencia de perspectiva respecto de *Rep.* VI, cf. I. Costa, 2010: 120-124.

sobre todo, el contenido de las historias de los poetas. Sus críticas se dirigen especialmente a Homero: el gran aedo y educador de la Hélade. No impugna el arte en sí ni mucho menos el hecho de que Homero y otros cuenten ficciones sino los valores que algunos poetas transmiten a los griegos.⁷⁷ Platón es un escritor él también, y escribe casi exclusivamente ficciones⁷⁸: sus diálogos son piezas dramáticas, no relatos de sucesos reales, y en ellos el marco ficcional es siempre relevante para el problema filosófico a tratar. Si objeta aquí a otros poetas es porque reclama para sí –o para la filosofía– el rol de genuino educador: una *pólis* sólo podrá llegar a ser justa si se le confía a la disciplina filosófica, y no a la poesía tradicional, la formación de los ciudadanos. En este contexto, Platón retoma decisivas observaciones de Gorgias sobre la eficacia persuasiva de la palabra, sus límites a la hora de transmitir la verdad, y su valor como vehículo de elaboraciones verosímiles.

A propósito del enorme valor formativo de las ficciones míticas, en *República II*, Platón afirma que toda composición de mitos (*mythología*) es falsa, en la medida en que de los hechos del pasado remoto no podemos tener verdad: no sabemos “hasta qué punto son ciertos los hechos de los antiguos”, no somos omniscientes, por eso en las mitologías “volvemos útil una falsedad”⁷⁹. Con *mythología* Platón se refiere a las historias que transmite la poesía (la épica, la lírica, también la tragedia) y que constituyen el relato de las cosas pasadas, la historia remota y ancestral de los griegos. Puesto que no podemos conocer cabalmente y por tanto tampoco decir la *verdad* sobre ese pasado remoto, empleamos falsedades, “asimilándolas lo más posible a la verdad”⁸⁰. Esas falsedades aceptables o legítimas son, pues, ficciones.⁸¹

⁷⁷ Critica por ejemplo el efecto que tendría en la educación de guardianes, “que deben temer más a la esclavitud que a la muerte”, la idealización de héroes que muestran miedo y cobardía. Cf. *Rep.* III 386a-389b.

⁷⁸ “Casi exclusivamente” si tomamos a la *Carta VII*, autobiográfica, como auténtica. Todo el resto del *corpus platonium* son ficciones. Sobre la controversia alrededor de la autenticidad de la epístola, cf. P. Butti de Lima, 2015: 26-35.

⁷⁹ Platón, *República II* 382c-d.

⁸⁰ La expresión, en *Rep.* II 382d, podría ser alusión a Hesíodo, *Teogonía* 28-29: “Sabemos decir mentiras con apariencia de verdades y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad”.

⁸¹ Discrepo aquí de lo que afirma C. Gill (1993: 46). Según él en la crítica a la poesía en *Rep.* II-III -“la distinción verdadero-falso no se usa para distinguir discurso fáctico de ficcional”. Por mi parte entiendo que la comparación entre la composición de mitos y los hechos de los antiguos, respecto de los cuales no podemos tener certidumbre, alude implícitamente a la distinción entre discurso fáctico y ficcional. Verdadero no equivale aquí a fáctico, ya que la perspectiva de Platón es la de la verdad como corrección teórico-práctica (de la concepción teórica a los valores prácticos que inculca), pero falsedad sí equivale a ficción, entendida como elaboración, modelado, etc. “Mucho de lo que Platón critica como falsedad en la poesía –agrega Gill (1993: 47)– corresponde a algo que valoramos en la ficción: su expansión imaginativa de la experiencia personal, los valores, las actitudes”. Sin embargo, como veníamos diciendo, Platón no critica a la poesía por emplear la ficción (la imaginación) sino en la medida en que transmite valores políticamente inconvenientes. Finalmente, incluimos a Platón entre quienes con “ficción” aluden no sólo a la producción literaria, sino también, eventualmente, a narrativas de sucesos reales, que reelaboran otros materiales, falsificando o no.

El análisis no se detiene ahí: en el mismo texto, Platón distingue entre dos clases de falsedad. La “verdadera falsedad” es la “falsedad en el alma”, es decir, la ignorancia: el caso en el que uno está engañado y cree como verdadero algo que es mentira. Pero hay otra clase, la “falsedad en las palabras”, que es “una imitación” de la primera, que no implica la propia ignorancia respecto de la verdad sino sólo el empleo verbal de una falsedad. Aunque Platón no habla en estos términos podemos entender a la primera clase como *falsedad inconsciente* (se afirma una mentira ignorando que se desconoce la verdad) y a la segunda como *falsedad consciente*: se afirma algo con plena conciencia de que eso no es, en rigor, una verdad sino algo que se le aproxima, y que puede ser “un remedio útil”. Platón ejemplifica esa utilidad imaginándose frente al enemigo o al amigo que está por cometer algo malo por un arranque de locura o por insensatez. Pero está pensando también, seguramente, en que una ficción de este tipo puede ser bien o mal empleada. Se la puede manipular, de hecho, para hacer de ella algo positivo: una “noble mentira” (o noble falsedad)⁸², como la que se va a proponer más adelante, en *República* III, al narrar el mito de los metales, con el objetivo de persuadir a los ciudadanos de su origen común, autóctono, fraterno y a la vez diferenciado.

3. Ficciones para uso teórico y práctico

En otro sentido, para Platón las ficciones (falsedades conscientes) también pueden ser útiles porque ponen remedio a la ignorancia de saberes imposibles o muy difíciles de alcanzar, como los hechos del pasado remoto –de los que no hay testigos ni documentos–, o el origen del hombre, o de los astros, o la posición de ambos en el cosmos. Esto es justamente lo que se plantea en el *Timeo*. En este diálogo, escrito casi veinte años después de la *República*, pero que Platón sitúa dramáticamente justo “al día siguiente” de aquella conversación sobre la educación y la organización de la *pólis* justa, se plantea el problema de la verdad y la falsedad de los relatos acerca de la historia remota, de la física y de la cosmología. La primera reflexión, acerca de la historia, llega a propósito de lo que cuenta Critias, uno de los personajes del diálogo, a pedido de otro personaje: Sócrates. Al comienzo, éste dice que, tras haber escuchado “ayer” el relato de la *pólis* ideal, querría ver ahora esa pintura estática “en movimiento”; es decir: querría ver a los ciudadanos de la *pólis* justa elaborada teóricamente actuando como lo harían hombres con “su cultura y formación”. Entonces Critias, tras haber reflexionado la noche anterior sobre el tema, haciendo memoria, cuenta la historia que de niño oyó de su abuelo, quien la escuchó de Solón, quien a su vez la oyó de un anciano sacerdote egipcio, quien por su parte invoca como fuentes una “antigua tradición oral” y “escritos” conservados en archivos ancestrales. Se trata del famoso mito de la Atlántida, genial y perdurable invención platónica que cuenta cómo los habitantes de la primitiva Atenas se enfrentaron

⁸² La palabra en griego es siempre la misma: *pseudés*.

heroicamente a las fuerzas imperialistas atlánticas, liberando así todos los pueblos del Mediterráneo.⁸³ Critias entiende que los hombres de la historia que Solón le contó a su abuelo “armonizan” con los ciudadanos forjados en el esbozo teórico de la *República*, así que propone: “trasladaremos a la realidad a los ciudadanos y la ciudad que tú ayer nos describiste *en la fábula* y los pondremos aquí como si aquella ciudad fuera ésta”. También dice estar dispuesto a “buscar otra [historia] en su lugar” si esta no fuera adecuada. Sócrates se apura a replicar que no quiere otra historia, y agrega: “¿Pues cómo y a dónde iríamos a buscar otros ciudadanos si abandonamos a estos?”.⁸⁴ En efecto, desestimar una cadena de fuentes tan confiable (Solón, el sacerdote, los archivos) sería peregrino, dado nuestro desamparo en materia de historias ancestrales. Conviene entonces aceptar la *armonización* de Critias, que es –se dice– un relato “verdadero”. Para Sócrates “lo más importante es que no se trata de una invención” (como la teoría expuesta en la *República*) “sino de un relato verdadero”.⁸⁵

Múltiples ficciones se entrelazan en este pasaje: la Atlántida, la fábula teórica de la *República*, la supuesta conversación entre Solón y el sacerdote egipcio, el diálogo entre Sócrates y Critias... De toda esa rapsodia ficcional, lo relevante para nuestra indagación es que Platón reivindica como *verdadero* un relato reelaborado para *armonizar* y *adecuarse* al diseño de un programa teórico. Tanto ese programa –llamado *mûthos*– como la historia ancestral que le es afín (elegida entre otros relatos de infancia por su *armonía* con aquel programa) son tipos de ficciones, o falsedades conscientes, legitimadas no obstante por su valor pragmático.⁸⁶ En el *Critias*, diálogo que continúa la conversación del *Timeo* y en el que se retoma la historia de la Atlántida, Platón vuelve a plantear el estatuto singular de los relatos históricos desde dos puntos de vista igualmente valiosos para nuestro estudio de la relación entre realidad y ficción.

En primer lugar, Critias observa que “todo lo que decimos es, necesariamente, una imitación (*mímēsis*) y una representación (*apeikasía*)”.⁸⁷ Es decir que el lenguaje verbal no puede ser sino la *semejanza de otra cosa*. Platón rompe así con la identidad entre ser,

⁸³ Cf. *Tim.* 25a-d, y también la continuación de la historia en el inconcluso *Critias*. Según el relato, tanto la Atlántida como la primitiva Atenas se hundieron después, tras un cataclismo. Por esto –se dice en el *Timeo*– los griegos no conservan la memoria de su pasado y precisan que los egipcios, que no han sufrido catástrofes de esas dimensiones, se lo recuerden.

⁸⁴ *Tim.* 26e.

⁸⁵ *Tim.* 26e: *mè plasthénta mûthon all’alēthinòn lógon*. Cf. M. Erler, 1998: 10-15.

⁸⁶ Dado que responden al programa teórico de la *República*, considerado “el mejor” por ser el más acorde con la naturaleza. Cf. el desarrollo argumental de *Rep.* V. Para nuestro análisis es relevante el hecho de que el criterio de verdad no quede sujeto a la jerarquía ontológica del objeto al que se dirige el discurso, ni se establezca a priori, en función del orden de los diversos tipos de existencia (Formas, cosas, imágenes), sino que el criterio de verdad de un relato se mide por las condiciones subjetivas de la producción de sentido y por su valor práctico (ético-político).

⁸⁷ *Critias* 107b: *mímēsīn mèn kai gàr apeikasían tà parà pánton hemôn rhēthénta chreṓn pou genésthai*.

pensar y decir, esa pesada herencia parmenídea.⁸⁸ El poder del lenguaje reside en nuestra capacidad para elaborar esa semejanza, sobre todo en función de su proximidad con lo verdadero y de su eficacia persuasiva. Uno de los aspectos que más nos interesa de esta afirmación es su grado de generalidad: “todo lo que decimos...”. De hecho, Critias se va a referir a continuación a dos tipos de discursos: los de las ciencias naturales en general y los de la historia. El orador que lo precedió, Timeo, dio una exposición vasta y ambiciosa del primer tipo. Y ahora le toca a él, a Critias, el relevo, con un relato histórico. Ambos tipos de discursos son, desde la perspectiva que propone aquí Platón, representaciones e imitaciones. Se reivindica, por lo tanto, el carácter ficcional de ambos tipos de relato, por ser elaboraciones que en ningún caso revelan *lo real* y verdadero de manera transparente o inmediata. Representación significa, en este contexto, la mediación de la actividad humana, que conoce, da significado y comunica a la vez.

Platón ya se había referido al carácter *representativo* de las ciencias naturales cuando, unas páginas atrás, al comienzo de la exposición de Timeo,⁸⁹ había señalado los límites metodológicos de su abordaje, reconociendo que todo su relato sobre la naturaleza (física, cosmología, biología, antropología y fisiología) debía enmarcarse en lo que llamó allí el discurso o “relato verosímil”: *lógos/mûthos eikós*.⁹⁰ Aludía allí también a los cuatro niveles de análisis de (o factores que intervienen en) la elaboración de un discurso: (a) el objeto que se conoce, (b) el sujeto que conoce y sus capacidades humanas acotadas, (c) el *lógos*, esto es, el “discurso” (aunque el énfasis está puesto, más bien, en el “razonamiento” o encadenamiento argumental), y (d) la convicción (*pístis*) que produce ese *lógos* tanto en quien lo produce como en quien lo escucha.⁹¹

La segunda observación de Critias, al comienzo del diálogo homónimo, retoma esta cuestión de la convicción de la audiencia. Y eso lleva naturalmente a reflexionar sobre su contracara: la eficacia persuasiva de la que es capaz el orador. Dice Critias, en tono de protesta, que a causa de su propia ignorancia acerca de los temas tratados y por su incapacidad para poner a prueba esa “imitación”, las audiencias suelen ser benévolas y entusiastas con quienes elaboran discursos grandilocuentes sobre astrofísica o geología, mientras que, en cambio, son muy exigentes con quien intenta un discurso cuyo objeto son los seres humanos. Allí todos se creen con derecho a opinar, por su proximidad con el objeto imitado, y de criticar al orador. En realidad, a Critias no le fue tan mal como orador: después de más de dos milenios, las generaciones siguen leyendo y hablando de su historia de la Atlántida, y por más que su carácter ficticio fue reafirmado por casi toda

⁸⁸ Cf. DK28B3: “Pues lo mismo es pensar y ser”.

⁸⁹ Cf. *Timeo* 29 b-d.

⁹⁰ Lo *vero-símil* es lo semejante a lo verdadero. “Verosímil” en griego es *eikós*. La raíz de la palabra, *-eik*, es la misma que aparece en *eikón*, “imagen”, de la que deriva toda la familia de *icon-* (iconografía, icónico, etc.).

⁹¹ Las interpretaciones del *lógos/mûthos eikós* del *Timeo* han sido divergentes. Cf. la bibliografía citada en I. Costa, 2010.

la tradición platónica⁹² no faltaron quienes la leyeron como un relato de sucesos reales: desde los marinos de ultramar hasta algún moderno geógrafo. No obstante, la exagerada cautela de Critias frente a su auditorio nos sirve ahora para ver cómo ya la filosofía platónica advierte en los relatos sobre sucesos reales –ellos también, obviamente, imitación y representación de otra cosa– esta doble dificultad: la de lograr una aproximación al objeto inalcanzable (la historia ancestral, en este caso, pero también la realidad fáctica en su potencial despliegue de innumerables matices) y la de una audiencia exquisita y escéptica en relación con ellos. En este marco, la verosimilitud de los relatos, esa antigua reivindicación de la oratoria sofística y gorgiana, ya no se interpreta como una fatalidad. Platón la asume como aspiración y expectativa de todo discurso. Puesto que en la composición de los relatos (históricos, filosóficos, científicos) entran en juego sujetos que se enfrentan a sus objetos de estudio con acotadas capacidades cognitivas, la habilidad para transformar la captación en discurso comunicativo, la especificidad de cada razonamiento, el efecto psicológico en quien recibe el relato, la verosimilitud no puede ser sólo una fatalidad. La mera renuncia a la verdad (cualidad que cabe a muy pocos y exclusivos relatos, acaso sólo a ciertos razonamientos formales de tipo matemático), sino una meta de todo fabricante de discursos.

4. Aristóteles y la verosimilitud de las ficciones

El valor positivo de las reflexiones de Platón para la monumental *Poética* de Aristóteles, tradicionalmente soslayado, fue puesto de relieve en las últimas décadas desde diversas perspectivas. Es cierto que los aportes de Platón se encuentran más bien dispersos, mientras que la *Poética* se presenta como un bloque homogéneo y de gran solidez teórica que, comparado con las objeciones platónicas –sobre todo si se las lee en forma aislada de su contexto problemático–, parece casi un discurso de desagravio a los poetas, y a la vez de réplica al maestro. Sin embargo, la presencia en la *Poética* de las observaciones platónicas sobre estilo de *República* II y sobre la relación entre discurso y realidad de las introducciones de *Tímeo* y *Critias*, es manifiesta.⁹³ La visión positiva de la *mímesis* que recorre gran parte de la obra platónica de la vejez es punto de partida del desarrollo aristotélico. La imitación, para Aristóteles, no sólo es una habilidad humana

⁹² Desde Aristóteles hasta los neoplatónicos. Proclo, por ejemplo, la leyó en clave alegórica. Cf., al respecto, el valioso estudio de J.-F. Pradeau, 1997. Para una distinción de posiciones platónicas sobre la historicidad de la Atlántida, cf. especialmente su apéndice de fuentes.

⁹³ Es un lugar común –y como tal, obstáculo para la investigación– la oposición entre un supuesto Platón antipoético y un supuesto Aristóteles antiplatónico. Las dos figuras responden a un dibujo excesivamente rústico, sin matices y textualmente –es decir, científicamente– inexacto. Sobre la importancia de *Rep.*, *Tim.* y *Critias* en la *Poética*, cf. M. Erler, 1998: 13-28, y la bibliografía allí citada.

destacable sino también el motor en nuestro deseo natural de conocer.⁹⁴ Aprendemos inicialmente imitando, y entre las diferentes formas de imitar, algunas son del orden de la poética, la disciplina que se ocupa de las composiciones escritas. Ahora, de los diversos géneros literarios que existen en su tiempo, Aristóteles elige concentrarse en la tragedia,⁹⁵ en su forma narrativa, básicamente, y no en las puestas en escena (de hecho, analiza la estructura compositiva, para lo cual –reconoce– no se requieren actores, escenario, coro, etc.). De los veintiséis capítulos que componen el tratado tal como ha llegado a nosotros, veintidós se ocupan de tragedia. Para nuestra indagación los más relevantes son los capítulos siete a nueve, en los que Aristóteles reconstruye los elementos que componen el *mûthos* “mito”, “fábula” o, mejor en este contexto: “trama”. El *mûthos* es el núcleo de la tragedia, el *qué cuenta* esa tragedia. Y su eficacia dramática depende de su verosimilitud.

La tragedia es imitación de acciones humanas, pero debe serlo “con medida”, esto es, abarcable por la memoria y “entera”, con principio medio y fin, los cuales, por su parte, están dados por la unidad de la trama. La unidad y la medida involucran *verosimilitud* y *necesidad*. Escribe Aristóteles: “La trama debe ser de tal extensión que permita que, según la verosimilitud o la necesidad de los acontecimientos que se suceden, tenga lugar la transformación de la desgracia en felicidad o de la felicidad en desgracia”. Así, una buena tragedia resulta ser una totalidad completa, entera, acerca de un determinado *mûthos*, cuya organización interna está dada por los vínculos de verosimilitud (“es verosímil que a tal acción siga tal otra”) y necesidad (dada tal causa se producirá *necesariamente* tal efecto y que no se puede producir *cualquier cosa*⁹⁶). Si alguno de estos dos componentes no está, el *mûthos* falla y entonces la tragedia aparece como una serie de sucesos inconexos.⁹⁷

Además de la reivindicación de la verosimilitud como rasgo central de la trama, el análisis aristotélico traza una distinción que atraviesa toda la historia de la poética: se trata de la diferencia entre la poesía y la historia. Mientras que esta última relata hechos ocurridos, la poesía –“más filosófica y más seria”–⁹⁸ narra “los que podrían suceder según verosimilitud y necesidad”. La historia refiere “hechos en particular” en cambio la poesía, lo universal, es decir lo que “a tal o cual tipo [de personas] le toca decir o hacer, según verosimilitud y necesidad”; y esto, aunque ponga nombres a los personajes. El críptico

⁹⁴ Cf. Aristóteles, *Metafísica* I.1 (todos los seres humanos desean por naturaleza conocer) y *Poética* 4 (imitar es un instinto natural en el ser humano, que obtiene sus primeros conocimientos a través de la imitación, que es además algo con lo que todos se deleitan).

⁹⁵ La tragedia es un espectáculo muy popular en la Atenas de los tiempos de Aristóteles y un evento público: financiado por el Estado. Los autores llegan con sus obras al escenario luego de vencer en certámenes que se celebran periódicamente; la victoria implica compromiso de representación, para lo cual se cuenta con fondos estatales.

⁹⁶ Y aquello cuya presencia o ausencia no acarrea ninguna consecuencia notoria no forma parte del todo.

⁹⁷ Sobre las malas tragedias que parecen sucesiones inconexas de episodios, cf. *Poét.* 9.

⁹⁸ Aristóteles, *Poét.* 1451b5-6: *philosophóteron kai spoudaióteron*.

razonamiento podría traducirse así: la poesía es más filosófica que la historia porque el historiador queda sujeto en su práctica a los hechos y datos particulares tal como se dieron, mientras que el poeta elabora una narración en la que determina cómo debe actuar o hablar tal o cual personaje según verosimilitud y necesidad.⁹⁹ Con la aclaración acerca de poner nombres, Aristóteles apunta a un tema que nos interesa; está diciendo que aunque la tragedia se elabore sobre la base de personajes históricos, su fundamento reside en la creación del poeta, en su elaboración, en aquello que plasma; en sus elementos ficcionales, diríamos. Lo que revela esta importante observación a los lectores del siglo XXI es que la tragedia –heredera de la épica homérica– se consideraba entonces un relato que, con diversos márgenes de libertad, estaba basado en hechos y personas reales. Es precisamente la época dorada de los siglos V y IV aC. la que proporciona un cambio de perspectiva, que Aristóteles –tal como nos advierten estas líneas de la *Poética*– alienta y promueve. En algunas piezas –insiste allí Aristóteles– hay sólo uno o dos nombres conocidos y “el resto es invención”; incluso en otras, “como el *Anteo* de Agatón, tanto los hechos como los nombres son creaciones del poeta, y el drama no resulta por ello menos delicioso”.¹⁰⁰

No deja de ser paradójico que el estudio más notable que legó la Antigüedad sobre literatura tuviera entonces su eje alrededor de piezas que se suponía que se ocupaban fundamentalmente de personas y sucesos reales. La exhortación a alejarse del peso de personajes y hechos históricos¹⁰¹ implicaba, a juicio de Aristóteles, una apuesta hacia la mayor seriedad y de orientación más filosófica para la literatura. Apartarse de los sucesos reales equivalía a dejar la miopía de lo particular para concentrarse en la amplitud de miras (y en el compromiso normativo) de lo universal. La literatura sólo iba a adquirir plena dignidad cuando dejara de lado los hechos históricos y centrara su objetivo en la elaboración de ficciones. Desde nuestra mirada actual resulta muy discutible que la historia (o cualquier narrativa de sucesos reales de tipo histórico/periodístico), por ocuparse de hechos efectivamente ocurridos, de lo “particular”, no haga significativos aportes de especulación, reelaboración, interpretación. Pero para entender esta distancia que nos pone en las antípodas del *dictum* aristotélico es preciso revisar el modo en que la historia de la filosofía mantuvo “lo particular”, el dato histórico, los hechos realmente acontecidos (“lo que Alcibíades hizo o lo que le sucedió”)¹⁰² más lejos o más cerca de su propio concepto de *realidad*.

⁹⁹ Aristóteles espera del buen poeta algo muy parecido a lo que el Sócrates del *Timeo* pedía a sus interlocutores: una narración sobre “cómo actuarían hombres con la cultura y la formación” de los descritos en la *República*.

¹⁰⁰ *Poét.* 9, 1451b17-23.

¹⁰¹ “Por eso no debemos adherirnos rígidamente a los relatos tradicionales...”, *Poét.* 9 1451b24-25.

¹⁰² *Poét.* 9 1451b10-11

Capítulo tres

1. La realidad se dice en muchos sentidos

La indagación en el origen del término “ficción” (*plásma*), por fuera de la familia lexical de la *mímesis* –un concepto afín, pero básicamente inespecífico para el tipo de análisis que buscamos aquí– puso de manifiesto la polisemia y también el doble valor, neutra o negativa, que puede involucrar, en el uso, la noción de ficción. Por atender a este doble valor, nuestra perspectiva difiere radicalmente de la que adoptan los estudios literarios (ya sea su abordaje narratológico, semiótico o de otro tipo), porque la presencia de referentes reales en las narrativas de ficción que interesan a nuestro estudio obligan a una valoración diferenciada. En el análisis precedente sugerimos que la propia emergencia del concepto de realidad podría considerarse como el resultado de una polémica, en círculos intelectuales, entre lo que se considera ficticio y lo real. Así entendido, el concepto de realidad no otorgaría a lo *real* una prioridad epistémica, como podría reclamar alguna dirección filosófica¹⁰³. Lo *real* sí tiene prioridad fáctica y lógica; esto es: con *prioridad fáctica* quiero decir que, a diferencia de los juegos ficcionales (que se terminan cuando dejamos de jugar) u otras formas de ejercitar lo ficticio, hay algo ahí, *real*, que no se detiene por nuestra propia voluntad. Y con *prioridad lógica* me refiero al hecho de que cuando afirmamos que *no hay nada real* sino que *todo es ficción* lo que estamos admitiendo es que *sí hay algo* pero que lo consideramos ficticio; o mejor, para no volver circular nuestra afirmación –ya que “ficticio” se define por su oposición con “real”–, admitimos que *existe (hay)* algo a lo que sin embargo no le concedemos *a priori* un estatuto privilegiado en relación con la verdad o la efectividad, porque entendemos, en cambio, que estas dos dimensiones se definirán en el nivel de la experiencia cognoscitiva, lingüística o pragmática.

Ahora bien, esa noción de realidad, surgida en el contexto de una polémica entre quienes entronizaban o renegaban de “lo real”, no ha sido una ni única a lo largo de los tiempos. Parafraseando a Aristóteles, podríamos decir que no sólo *el ser* sino también *la realidad* se dice en muchos sentidos. El tipo de análisis que propone la historia conceptual permite detectar diversos conceptos de “realidad” que se suceden en la historia de las ideas. Siguiendo el recorrido sugerido por Hans Blumenberg podemos reconstruir por lo menos cuatro “figuras históricas” o “típicas” de esta noción,¹⁰⁴ a las que hoy –más de

¹⁰³ Digo “dirección filosófica” y no escuela o corriente ya que a menudo encontramos, en un mismo autor, dos direcciones diversas. En el *Fedón*, Platón afirma que sólo lo *real* nos da conocimiento cierto mientras que las apariencias sensibles nos confunden y engañan. En el *Timeo*, en cambio, el mismo Platón admite la necesidad de incorporar las apariencias al rango de ítems que consideramos *verosímilmente ciertos*.

¹⁰⁴ Cf. H. Blumenberg, 2012: 39-45. “Wirklichkeitsbegriff und Möglichkeit des Romans”, el texto original, es una conferencia dictada en 1963, en el ámbito del grupo de discusión Hermeneutik und Poetik, y publicado por primera vez en 1964. Allí Blumenberg considera figuras típicas que registran las diversas concepciones de *realidad*, consideradas desde la perspectiva de cómo accedemos cognitivamente a ella. En su texto advierte Blumenberg que “los conceptos de realidad no se suceden unos a otros como tipos en mutación,

cincuenta años después de su primera formulación– podríamos quizá sumar el análisis preliminar de una quinta. La primera de estas figuras típicas es la *realidad de la evidencia inmediata*,¹⁰⁵ y está implícita en la figuración platónica del ser humano que contempla las Formas y entonces “experimenta sin la menor duda que está delante de la última e infranqueable realidad”¹⁰⁶. Seguramente Blumenberg piensa aquí en el célebre pasaje del *Banquete*, en la descripción del momento en que, al cabo de un imaginario ascenso por diversas escalas en la experiencia de lo bello, se accede a la contemplación de la Belleza en sí; quien llegue hasta ahí, escribe Platón,

descubrirá de repente (...) algo maravillosamente bello por naturaleza (...) que, en primer lugar, existe siempre y ni nace ni perece, ni crece ni decrece; en segundo lugar, no es bello en un aspecto y feo en otro, ni unas veces bello y otras no, ni bello respecto a una cosa y feo respecto a otra, ni aquí bello y allí feo, como si fuera para unos bello y para otros feo. Ni tampoco se le aparecerá esta belleza bajo la forma de un rostro ni de unas manos ni de cualquier otra cosa (...) por ejemplo, de un ser vivo, en la tierra, en el cielo o en algún otro, sino la Belleza en sí, que es siempre consigo misma específicamente única, mientras que todas las otras cosas bellas participan de ella...¹⁰⁷

El concepto antiguo, platónico-aristotélico de realidad, tal como se revela en la llamada *teoría de las Formas* –aun sin identificarse completamente con ella–, “presupone que lo real se presenta como tal por sí mismo y en el instante de su presencia alcanza un innegable poder de convicción”.¹⁰⁸ El pensamiento de Aristóteles se inscribe en esta misma concepción, por más que en la *Metafísica*, y a diferencia de lo que ocurre con los diálogos platónicos, la cuestión de la realidad (*ousía*) última se exponga como el resultado de un razonamiento y no como el efecto de una intuición instantánea.¹⁰⁹ Las críticas

sino que el aprovechamiento total de sus implicaciones, el ejercicio de presiones excesivas sobre sus límites de tolerancia al examen crítico, conduce fatalmente a nuevas fundaciones” y que el limitarse “a una enumeración de tipos depende del interés temático”. Ni son completamente excluyentes ni se suceden con puntualidad cronológica: un análisis más detenido revela que residuos de anteriores concepciones de *realidad* persisten de manera más o menos velada en las posteriores.

¹⁰⁵ Me permito modificar la terminología: Blumenberg se refiere a ella como “realidad de la evidencia momentánea”, sin embargo su cualidad más manifiesta es la inmediatez, no la fugacidad. En lo que sigue, si bien sigo la línea elaborada por Blumenberg, abro su clasificación a autores y a una problemática que son ajenas a su estudio original y que, por lo tanto, ya no pueden beneficiarse de su preciosa erudición ni de su indiscutible autoridad intelectual.

¹⁰⁶ Cf. Blumenberg, 2012: 39.

¹⁰⁷ Platón, *Banquete* 210e-211b.

¹⁰⁸ Blumenberg, 2012, 40.

¹⁰⁹ Cf., por ejemplo, la deducción de la realidad separada y eterna a partir de las notas de la realidad sensible, en *Metafísica* XII; o la argumentación en base a la cual se determinan las notas de lo que es propiamente *realidad* en el ámbito sensible, en *Metafísica* V 8 y VII 1-3. En los diálogos de Platón, en cambio, cuando se mencionan las Formas, los interlocutores admiten su existencia manifiesta sin discutir. La

aristotélicas a las Formas platónicas –que objetan básicamente el modo insuficiente de explicar la causalidad– no implican una ruptura con su admisión de una realidad última, sino, al contrario, su profundización. A esta realidad última de carácter suprasensible, puesto que su actividad incesante consiste en la pura contemplación (*theoría*), Aristóteles la llama “divina” y la hace coincidir con “dios”; por eso, cuando habla del primer motor inmóvil del que *pende* el universo, traza esta comparación que culmina en plena identificación:

Es admirable el hecho de que dios permanezca siempre en ese estado de perfección del que nosotros gozamos rara vez. (...) La actividad de él [el primer motor inmóvil] es la vida superior y eterna. Afirmamos que dios es un ser viviente, eterno y supremo. De aquí que vida y duración continua y eterna pertenezcan a dios. Eso es, precisamente, dios.¹¹⁰

De estos últimos capítulos de *Metafísica* XII, afirma un célebre intérprete del texto aristotélico, “el pensamiento occidental obtuvo (...) los elementos principales de su concepción del mundo y de la divinidad y las bases de su construcción metafísica”.¹¹¹ Pero antes de precipitarnos al abismo de la totalidad del pensamiento occidental, podemos detenernos en el pasaje decisivo que asegura la transmisión de esta primera figura típica a los siglos venideros. Esta concepción de la evidencia inmediata, que reconoce una realidad última y la funde con la divinidad, incluye a las narraciones bíblicas. En ellas no ya algo *divino* o *dios* sino un Dios (personal) “se revela con toda evidencia, en diversos acontecimientos, y sin dejar lugar a la suposición, a la duda o a la presunción siquiera de que su carácter pueda ser ilusorio”.¹¹² A juicio de Blumenberg, estas narrativas, convertidas en explicaciones y justificaciones, no resultaron problemáticas por varios siglos justamente porque se apoyaban en este concepto, entonces vigente, de *realidad como evidencia inmediata*; aunque también –podríamos agregar– por la solidez con la que la cultura grecorromana, heredada por el judeocristianismo, logró encadenar a esta visión de la realidad una cantidad de saberes teóricos y prácticos de eficacia duradera.

Desde una concepción filosófica de la *realidad como evidencia inmediata*, los hechos y sucesos¹¹³ son realidades de segundo orden: su propia existencia *pende* de una realidad última, cuya perfección y contundencia (óptica y epistémica) ellos nunca podrían

única excepción en el *corpus platonicum* es el *Parménides*, diálogo en el que las Formas son objeto de crítica (o autocrítica) y en el que, aun sin llegar a respuestas dogmáticas, se discute, *argumentando*, acerca de ellas.

¹¹⁰ Aristóteles, *Metafísica* XII 7, 1072b25-30.

¹¹¹ J. Tricot, 1986: 672.

¹¹² Blumenberg. 2012: 40-41

¹¹³ Esto es: “lo particular”, el dato histórico, lo efectivamente ocurrido: “lo que Alcibiades hizo o lo que le sucedió”, al decir de Aristóteles en la *Poética*.

alcanzar. No es que los hechos históricos y datos empíricos no tengan importancia,¹¹⁴ pero desde esta concepción, que es la que encarna la filosofía a partir del siglo IV aC., su contenido es objeto de saberes menos exactos, y su propia entidad, además de evanescente, no cumple el requisito normativo implícito en lo plenamente real, que –aun entendido como criterio de verdad meramente formal– encarna un *deber ser* ideal.

En los siglos anteriores, la búsqueda de explicación para hechos y fenómenos del ámbito natural y de la vida humana había impulsado la recolección y análisis de datos empíricos, en una práctica que parece mucho más próxima a nuestro interés por los *sucesos reales*. En esta práctica se inscriben las investigaciones (*historíai*) de Heródoto acerca de hechos y costumbres de sociedades cercanas o remotas, las argumentaciones que despliegan los oradores áticos en sus tratados forenses (que se ocupan de la más amplia variedad de problemas de la vida cotidiana: adulterios, luchas por la herencia, fraudes de todo tipo), los razonamientos de los líderes políticos y militares que elabora y transmite Tucídides. Sin ellos es difícil imaginar la emergencia de la filosofía; sin embargo allí no encontramos una noción unificada de *realidad*, capaz de dar cuenta de múltiples aspectos (y niveles) de lo que existe.¹¹⁵ Los datos empíricos, en su imperfección, y los hechos, en su contingencia, se conciben –desde el punto de vista de la filosofía naciente– como confirmaciones o manifestaciones de la perfección, la plenitud y el carácter necesario de una realidad última, respecto de la cual estos hechos, datos y fenómenos guardan una relación de dependencia, porque son “imágenes” hechas “a semejanza de” lo real, porque “penden” de este primer principio o porque son sus “creaciones”.¹¹⁶

2. Una garantía para ser real

La segunda de las figuras históricas o típicas, *la realidad garantizada*, tiene su origen en la Edad Media, alcanza su desarrollo en la Modernidad, y coincide con el apogeo

¹¹⁴ En los diálogos, en Platón y aún en mayor medida en Aristóteles encontramos alusiones a la relevancia teórica que tienen los hechos y los datos para las ciencias prácticas (especialmente en la política; cf. *Leyes* III 683e-684a y también 698b-699d) y para las ciencias naturales (como revela el tipo de investigación biológica que lleva a cabo Aristóteles); sin embargo es indudable el carácter secundario que tienen, desde su perspectiva, todos los demás saberes respecto de la “filosofía primera” que se ocupa de la realidad en sentido primario. La relevancia teórica de datos y hechos históricos para Aristóteles es manifiesta en todo el *corpus aristotelicum*; sobre su valor para la filosofía platónica, cf., entre otros, A. Gómez Lobo, 2017: 67 y ss., M. Erler, 1998, 5-15. En el caso de los textos bíblicos, el valor de los “hechos” es mayor aún. Como explica E. Auerbach (1996: 26), dejando de lado su “parcialidad” y su falta de una tradición “científico crítica”, los textos del Antiguo Testamento revelan la transición de lo legendario a lo histórico por la propia “concepción judaica del hombre” y porque “los redactores no eran poetas que contaban leyendas sino historiadores”.

¹¹⁵ Por su parte, la filosofía de Parménides, cerrada en un monismo que no admite grados ni aspectos de lo real, resulta insuficiente para dar cuenta de las innumerables variedades móviles, imperfectas y corruptibles de todo lo que es. Cf. E. Berti, 1987: 13-37.

¹¹⁶ Platón habla del mundo como una “imagen” (*Tim.* 29b) y de las cosas particulares como fabricadas “a semejanza de” lo real (*Rep.* 597d). La metáfora del estar pendiendo del primer principio es de Aristóteles (*De motu animalium* 700a); y la idea de la “creación” es la afirmación central del *Génesis*.

la historia de la filosofía, con la etapa en la que se formula de manera sistemática un “concepto de realidad”. Representante ejemplar de esta concepción es René Descartes, aunque ella se vislumbra ya en Agustín de Hipona.¹¹⁷ Para Descartes, no hay evidencia momentánea (ni inmediata) de la realidad última, “ni para el sujeto que se aferra al silogismo ni para el Dios cuya existencia se deduce de su propio concepto”. La realidad dada se vuelve confiable sólo a través de una garantía en la que el pensamiento todavía precisa ser reafirmado metafísicamente, ya que sólo así puede eliminar el supuesto de un colosal engaño del mundo que el propio pensamiento, por sus propios medios, sería incapaz de descifrar.¹¹⁸ El argumento escéptico del engaño no preocupó sólo a los filósofos. La poesía del siglo XVI hizo de esta duda fundamental un tema favorito: ¿no estaremos tomando por real lo que es pura ensoñación? Shakespeare pone la cuestión en boca de Macbeth, también en la de Próspero, en *La Tempestad*.¹¹⁹ Calderón de la Barca le confía el dilema al monólogo de Segismundo, en *La vida es sueño*:

¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son”.¹²⁰

En el esquema de *realidad garantizada*, que se nutre de la concepción medieval del espíritu humano, es preciso que junto a la relación cognoscitiva de un sujeto y un objeto aparezca “una instancia complementaria de mediación”.¹²¹ En Agustín, la objeción

¹¹⁷ Anticipaciones del cogito cartesiano se encuentran en diversos tratados de Agustín de Hipona: *De Civitate Dei* XI.26; *De Trinitate* 10.14 y *De Libero Arbitrio* II.3.

¹¹⁸ Blumenberg, 2012: 42.

¹¹⁹ En el quinto acto de *Macbeth* (1605), dice el rey: “La vida no es sino una sombra que camina; un pobre actor, / que apenas sube al escenario, / y ya no se lo vuelve a escuchar: es un cuento / contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, / que no significa nada”. En el cuarto acto de *La Tempestad* (1611), afirma Próspero: “Estamos hechos en la misma madera / que los sueños; y nuestra corta vida / está rodeada de ensoñación”. Se dice que fue Humphrey Bogart, en la filmación de *El Halcón Maltés* (1941), sobre la novela de Dashiell Hammett, quien convenció al director John Houston de agregar estos últimos versos al parlamento de su personaje, el detective Sam Spade.

¹²⁰ La crítica actual tiende a matizar el juicio de M. Menéndez Pelayo sobre el carácter básicamente filosófico del drama de Calderón; sin embargo, los versos de *La vida es sueño* también parecen dar cuenta del desconcierto de los sabios ante el desafío escéptico: “Sueña el rico en su riqueza, / que más cuidados le ofrece; / sueña el pobre que padece / su miseria y su pobreza; / sueña el que a medrar empieza, / sueña el que afana y pretende, / sueña el que agravia y ofende, / y en el mundo, en conclusión, / todos sueñan lo que son, / aunque ninguno lo entiende”.

¹²¹ *Ibid.* Agustín alude, seguramente, a Arcesilao y Carnéades, principales representantes de la Academia Nueva. Ésta, la dirección escéptica del platonismo del siglo II aC., enfrentaba el dogmatismo estoico con las herramientas de la indagación (de inspiración socrática) y del pirronismo, al que aportaron la noción de

escéptica (la “de los académicos”) se disipaba por la fuerza de la propia existencia: “¿Y si te engañas? Si me engaño, soy. El que no es no puede ni siquiera engañarse, por lo tanto, si me engaño, soy”¹²²; y a la vez, la garantía del conocimiento cierto estaba dada por la iluminación divina.¹²³ También para Descartes, el garante responsable de la confianza que depositamos en el conocimiento es Dios: a través de la duda metódica –afirma– alcanzamos la verdad de la proposición “pienso, existo”, que se le aparece al espíritu de manera clara y distinta, y que permite admitir como “regla general que todas las cosas que percibo muy clara y distintamente son verdaderas”.¹²⁴ Pero este criterio no es suficiente; las características de claridad y distinción de la evidencia precisan todavía la garantía de una “condición metafísica”: la demostración de la existencia de Dios (y su bondad), pues “no podemos saber nada de cierto si antes no sabemos que existe Dios”.¹²⁵ Así, según Descartes, el ateo “nunca estará libre del peligro de dudar, si no reconoce previamente que hay Dios”:

No niego que un ateo pueda conocer con claridad que los ángulos de un triángulo valen dos rectos; sólo sostengo que no lo conoce mediante una ciencia verdadera y cierta, pues ningún conocimiento que pueda de algún modo ponerse en duda puede ser llamado ciencia; y, supuesto que se trata de un ateo, no puede estar seguro de no engañarse en aquello que le parece evidentísimo.¹²⁶

En esta segunda figura, la *realidad garantizada*, la esfera del conocimiento se percibe como “un ámbito de puros signos de las cosas, mundo heterogéneo y de naturaleza específica que debe mantener su orden interno en estricta correspondencia con el orden interno de los elementos de las cosas para alcanzar la verdad”.¹²⁷ En el nuevo

epoché o suspensión del juicio, que se convertirá en concepto fundamental del escepticismo de todos los tiempos. Cf., más adelante, nota 26.

¹²² Cf. Agustín, *De Civitate Dei* XI. 26 y nota *ad locum* de L. Alici (2001: 549): “La certeza que descubre Agustín no es una vacía duda metódica sino plenitud de la experiencia interior”. La salida del argumento escéptico no es a través del *cogito* sino del *esse*.

¹²³ Cf. Agustín, *De Libero Arbitrio* II.8. Cf. también G. O’Daly, 1987: 180-181: la iluminación divina explica cómo nuestro conocimiento puede tener la necesidad que exige el entendimiento (no la mera creencia).

¹²⁴ En *Meditaciones Metafísicas*, “Tercera Meditación”. Cf. Descartes, 1977, 115.

¹²⁵ *Ibid.* La cita, que retoma lo central del argumento de la “Tercera Meditación”, es de la “Respuesta a las Segundas Objeciones”.

¹²⁶ En la “Respuesta a la Segundas Objeciones”; cf. Descartes, 1977: 115-116. Este argumento responde también a la objeción de círculo vicioso en la que parece incurrir el cartesianismo: podemos llegar a la demostración de la existencia de Dios si vemos *con claridad y distinción* que cada uno de los pasos que seguimos en la argumentación es verdadero, pero la claridad y distinción como criterio de verdad para los conocimientos que no son los del *cogito ergo sum* sólo queda cabalmente justificada si Dios existe. Para eludir este vicio del razonamiento, se ha sugerido, siguiendo el argumento del ateo, que Descartes distinguiendo entre el acto de visión mental de la verdad de algo (evidencia) y el conocimiento de ese algo con ciencia perfecta (que precisa de Dios).

¹²⁷ Blumenberg, 2012: 54-55.

orden semiótico en que se dirige la referencia del conocimiento humano a lo *real*, la que asegura la legítima correspondencia es una tercera instancia, metafísica: el Dios garante. No obstante, la correspondencia inicial entre dos cosas, sujeto y objeto de conocimiento, aparece más o menos sinuosa según los diversos enfoques que ofrece la filosofía de los siglos XVI y XVII, concentrada como está en los aspectos subjetivos de nuestro acceso cognoscitivo a lo real. Contemporánea de la formulación cartesiana de la *realidad garantizada* es la vasta exposición de Francis Bacon de su método inductivo, que contiene en germen la disolución de aquella concepción de lo real. Una de las claves de la ruptura que introduce este método está en la reivindicación de los datos sensoriales y de los hechos particulares *para uso y beneficio de la filosofía*. La segunda clave está la denuncia de los obstáculos que proporcionan las ficciones en nuestro intento de acceder a la realidad.

Para Bacon nuestra mente no es una *tabula rasa* en la que ciertas realidades exteriores se imprimen de manera límpida sino una especie de vidrio esmerilado que debe pulirse de opacidades para poder captar la realidad. El método que Bacon propone a su época es, a su juicio, tan disruptivo como lo fueron las tropas francesas que invadieron Italia en el siglo XV: y así como se decía de los ejércitos franceses que habían llegado “con yeso en las manos para marcar las casas y no con armas para combatir”, así también él busca que su método penetre “en las almas capaces y adecuadas para recibirlo”, mediante “un único y sencillo modo”, que consiste en:

conducir a los hombres frente a los hechos particulares, a sus series y a sus órdenes, de manera que ellos, por cierto tiempo, se impongan el renunciar a las nociones y comiencen a familiarizarse con las cosas mismas.¹²⁸

El mero encuentro con “los hechos particulares” (*particularia*) no resulta ya un encuentro inmediato con lo real, o con “las cosas mismas” (*cum rebús ipsis*). La experiencia por la que aboga el *empirismo* de Bacon no es la experiencia mundana en su inmediatez, ya que implica la transformación de los datos sensoriales en *hechos* mediante la corrección de los sentidos, la organización de los datos en “tablas de descubrimiento”, la abstracción de proposiciones y la inducción, es decir: el método inductivo en su conjunto. Se trata, en definitiva, de un uso teórico de datos y hechos. Desde la óptica de nuestra indagación, importa rescatar que Bacon convierte a los hechos particulares en factor decisivo para poder recuperar a la filosofía del dogmatismo estéril.

Al igual que Agustín y Descartes, también Bacon acusa recibo de las objeciones escépticas (de “los que defendían la acatalepsia”¹²⁹), porque su impugnación de los

¹²⁸ F. Bacon, *Novum Organum* I. 35 (la comparación con los ejércitos de Carlos VIII) y 36.

pensadores que lo precedieron podría llevar a pensar que no hay, en definitiva, conocimiento posible. Bacon responde que la imposibilidad de conocer sólo afecta “al camino que se sigue hoy en día”, pero advierte también que hay una forma de deshacerse de él. Es preciso eliminar los “ídolos y falsas nociones” (*idola et notiones falsae*) que “asedian a la mente humana”, y que Bacon clasifica en cuatro tipos. Los *ídolos de la tribu* son los que tienen su origen en la propia naturaleza humana opaca y falible; los *ídolos de la caverna* son concepciones o doctrinas profesadas individualmente, incluso por razones de educación, al margen de los errores comunes al género humano. Los *ídolos del foro* son falsas concepciones que se fundan en la comunicación pública propia de la vida en sociedad. Finalmente, los *ídolos del teatro* son prejuicios que provienen de los sistemas filosóficos y malos métodos de demostración. “Todas las filosofías recibidas e inventadas – afirma Bacon – son fábulas representadas en escena y recitadas, que produjeron mundos ficticios y teatrales”.¹³⁰

Con el término “ídolos” Bacon no se refiere a dioses falsos; la expresión retoma el griego *eídola*: “fantasmas”, “espectros”, “representaciones imaginarias”. En el segundo libro de *El progreso del conocimiento* (1605), los describe como “falsas apariencias que nos son impuestas”.¹³¹ A lo largo de su vasta obra, los llama también *ficciones*, *supersticiones*, *errores*, *falacias en el intelecto humano*, *falsas apariencias*, *errores propios e inherentes*, *spectra*, *volantes phantasiae*, *imagines*, etc. No deja de ser llamativa, para el interés de nuestra propia indagación, la colección de términos ligados a la ficción (“inventadas”, “fábulas”, “mundos ficticios y teatrales”) que se reúnen para describir a los ídolos que forjan los sistemas filosóficos, los antiguos y los modernos, así como también “las sectas” y muchos “principios y axiomas de la ciencia”. Bacon impugna en definitiva el carácter ficcional de la teoría que prefiere hundirse en sueños y hechizos en lugar de atender a los hechos y a los datos. Como en los primeros usos del término que analizamos al comienzo de este trabajo, “ficción” aparece en el *Novum Organum* para calificar hipótesis de la ciencia; e igual que en Aristóteles, aquí también se trata de fabulaciones astronómicas:

El intelecto humano por sus propias características supone fácilmente en las cosas más orden y semejanza del que en ellas se encuentra, y aunque la naturaleza está llena de casos singulares y disparidades, éste agrega imaginarios (*affingit*) paralelismos, correspondencias y similitudes que no existen. De ahí la [ficción] de que todos los cuerpos

¹²⁹ Cf. *ibid.* I.37. Como Agustín, Bacon alude a Arcesilao y Carnéades, que discuten la noción estoica de *phantasia kataleptiké* como forma de acceso al conocimiento (cf. Sexto Empírico, *Adversus Mathematicos* I. 140 y ss., y la interpretación de T. Fowler en Bacon 1889: 210-212).

¹³⁰ Cf. *ibid.* I. 44: *quia quot philosophiae receptae aut inventae sunt, tot fabulas productas et actas consemus, quae mundos effecerunt fictitios et scenicos* (el subrayado es mío).

¹³¹ Cf. también *De Augmentis* V.4: *Imagines sive idola*.

celestes describen al moverse círculos perfectos; mientras que se refutan, pero sólo de nombre, las líneas espirales y tortuosas. De ahí la introducción del elemento de fuego y de su órbita, para completar la simetría con los otros tres que descubre la experiencia. De ahí también la suposición de que son los elementos, siguiendo una progresión ascendente, diez veces más ligeros unos que otros, y tantos otros sueños de este tipo.¹³²

Es la reivindicación de los datos y hechos particulares la que permite detectar el carácter ficticio de algunas teorías. Las diferencias, las excepciones y las particularidades (que no son exclusivas de la naturaleza sino –como bien sabe Bacon, parlamentario y hombre de leyes– la forma típica de la vida humana) no constituyen un obstáculo para conocer la realidad, o “las cosas mismas” sino la guía al conocimiento de lo real, sin velos¹³³. La filosofía encuentra en el método una herramienta de control, capaz de eliminar las ficciones y volver más transparente el cristal de la mente que anhela descubrir y conocer la realidad. Una *realidad* que, por otra parte, desde finales del siglo XV, se le fue imponiendo al pensamiento europeo con una apabullante carga de novedad y contundencia: la revolución científica y el *descubrimiento* del que entonces se llamó el *Nuevo Mundo* obligó a mirar mucho más de cerca todo lo mundano, porque introducía dimensiones hasta entonces impensables de *realidad*.

Es razonable, además, que en este periodo florezcan los géneros que anticipan el moderno periodismo: los boletines comerciales (primero manuscritos, luego *libros de noticias* impresos), la literatura diplomática, así como las cartas y relaciones que vienen de América y que constituyen un módico *boom* editorial en la feria de Frankfurt.¹³⁴ Ya en las primeras décadas del siglo XVII, esta dirección se acentúa con la aparición periódica regular de las primeras gacetas: hojas de noticias que “con simplicidad y, a la vez, con decoro, narran hechos de crónica, novelas, resúmenes y hasta chistes”¹³⁵ que en Venecia tomaron el nombre de *avvissi*, que en París se llamaron *gazzette*, y en Londres, *newspapers*.

¹³² *Novum Organum* I. 45. Aquí, claro, el falsario no es un pitagórico (como protestaba Aristóteles en *De Caelo* 289a6, citado en el capítulo uno) sino el propio Aristóteles.

¹³³ La célebre frase de Maquiavelo, en el capítulo XV de *El príncipe* –“yo sé que muchos han escrito sobre esto (...) pero me pareció más conveniente ir directamente a la verdad efectiva de la cosa que a la representación imaginaria de ella”–, revela esta misma disposición a abrirse a los datos y a los hechos tal como se dan y no como deberían darse según criterios axiológicos prefijados.

¹³⁴ Sobre el mercado de cartas y relaciones provenientes de América, cf. E. Arcuri, 2002: 15-16 y B. Pastor, 2008: 117 y ss. Sobre la influencia de la literatura diplomática en el naciente periodismo escribí en “Un borrador de *El príncipe*”, apéndice a la traducción de *El príncipe*, de Maquiavelo (cf. Costa, 2013: 267-274 y la bibliografía allí citada). Nos ocuparemos de esto en el capítulo cinco.

¹³⁵ Cf. G. Gaeta, 1966: 382. El primer periódico impreso fue, en rigor, el *Aviso-Relation oder Zeitung*, semanario publicado en Estrasburgo y Augsburgo, en 1609. Aunque la *Gazette*, fundada en Francia, en 1631, tuvo mayor trascendencia. Algunos hitos en la historia del género periodístico se rastrean más adelante, en el capítulo cinco.

3. La realidad como contexto

La relativa pérdida de vigencia de la *realidad garantizada* coincide con un progresivo énfasis tanto en la capacidad del sujeto cognoscente como en la relevancia que tienen los datos y los hechos para la determinación de lo que es o no *real*. El avance de la ciencia instala una profunda desconfianza respecto del valor de la garantía metafísica (incluso respecto de la necesidad de una instancia legitimadora al margen de sujeto cognoscente y objeto conocido) y así la filosofía apegada a conceptos de realidad anclados en entidades trascendentes entra en una crisis de fundamentos. El giro empirista, así como el despertar “del sueño dogmático” del que habla Immanuel Kant,¹³⁶ no sólo se manifiesta entonces en las ideas. Además de la expansión del género periodístico, especialmente en Francia, con la atmósfera pre-revolucionaria, en el siglo XVIII se produce el auge de la novela realista, con una marcada preferencia por las “vidas reales”. El *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, que tuvo cuatro ediciones sólo en su primer año, es un buen ejemplo de la tendencia. Aunque se trata sin duda de una ficción, inspirada en uno o varios casos reales,¹³⁷ en el Prefacio de 1719 la novela fue introducida por su editor como “auténtica historia de hechos”:

Si alguna vez la historia de las aventuras de un hombre particular en el mundo merecía hacerse pública, y debía aceptarse su publicación, el editor de este relato cree que este es el caso. Las maravillas de la vida de este hombre exceden todo eso que –él cree– existe; rara vez la vida de un hombre ofrece mayor variedad. La historia se narra con modestia, seriedad, y con la dedicación religiosa de los acontecimientos que habitualmente emplean los hombres sabios (...). El editor cree que se trata de auténtica historia de hechos; no hay en ella apariencia alguna de ficción; y como sea que [el editor] piensa, puesto que todas estas cosas se despachan, serán los mismos tanto el mejoramiento, como la diversión y la instrucción del lector; y es por eso que [el editor] entiende, sin más cumplidos al mundo, que les hace un gran servicio con esta publicación.

Dentro del marco que estamos analizando –los diferentes conceptos de realidad, con el interés puesto en la contraposición entre lo ficticio y lo real– no debería sorprender que esta pieza, que inaugura el género de la novela realista, intentara ganar a su audiencia ocultando su artificio, negando su carácter ficticio. Ochenta años después, y visto que el éxito de *Robinson Crusoe* podía prescindir del tipo de distinciones que estamos formulando aquí, un nuevo Prefacio, casi idéntico al anterior, admitía al final que la pieza de Defoe también podía ser una invención:

¹³⁶ En I. Kant, *Prolegómenos a toda metafísica futura que pueda presentarse como ciencia* (AA 04; 1984: 260).

¹³⁷ Sobre las fuentes de Defoe, cf. A. W. Secord, 1963: 21–111.

El editor cree que esta narrativa es auténtica historia de hechos; no hay en ella apariencia alguna de ficción; y aunque él es muy consciente de que hay muchos que, a cuento de la muy singular protección que halló el autor, le darán el nombre de novela; incluso a la luz de esto debe notarse, él entiende, que el mejoramiento, la diversión y la instrucción al lector serán los mismos, y es por eso que... etc. etc.¹³⁸

Toda la poética de la Modernidad, afirma Blumenberg, tiende a fijarse en la novela: “el género más lleno de mundo y el más vinculado al mundo; el género de un determinado contexto en sí finito pero que presupone el infinito y a él remite”.¹³⁹ El de la novela es un infinito potencial, acorde con el concepto de realidad que dominará en esta época: la *realidad como realización de un contexto coherente*, que encuentra su exégesis filosófica más clara en la fenomenología de Edmund Husserl. En este tercer sentido, la realidad se reconoce como el resultado de una “realización” que tiene su punto de partida en la experiencia, que incluye tanto *hechos* como *intuiciones*. Husserl sienta las bases de esta concepción en sus *Meditaciones Cartesianas*;¹⁴⁰ allí propone una revisión radical de la filosofía de su tiempo, que a su juicio

exige una crítica universal y absoluta, y que a su vez tiene que empezar por crearse un universo de absoluta exención de prejuicios, absteniéndose de tomar toda posición que pretexto la existencia de cualquier realidad.¹⁴¹

Prejuiciosa e ilegítima es, para Husserl, toda pretensión de realidad que no tenga su fuente en la evidencia, que no provenga de “*experiencias* en las cuales no estén presentes las respectivas cosas y hechos objetivos *ellos mismos*”.¹⁴² Eliminar el prejuicio que otorga realidad de manera ilegítima implica, sin embargo, ampliar el alcance de la noción de experiencia, para reunir tanto la dimensión sensible como la intuición, pues en ella también algo se muestra o aparece *tal como es*, es decir, como *fenómeno* (palabra que

¹³⁸ El primer Prefacio citado es el de la edición original, de abril de 1719; el segundo, el de la edición de 1801, “aumentada, con ilustraciones y grabados”, que incluye además la historia del escocés Alexander Selkirk. Tras haber estado perdido cuatro años y medio en unas islas del Pacífico, Selkirk había sido rescatado en 1709. Se lo considera habitualmente una de las fuentes de inspiración de Defoe. La itálica de la cita del segundo Prefacio es nuestra y corresponde al texto agregado entre una y otra edición de *Robinson Crusoe*.

¹³⁹ Blumenberg, 2012: 57.

¹⁴⁰ En la conferencia inédita “Antiker und neuzeitlicher Wirklichkeitsbegriff”, de 1961, identifica Blumenberg el inicio de esta dirección ya en la crítica que Leibniz había formulado al cartesianismo por su requerimiento de una “tercera instancia” (cita al respecto el escrito de Leibniz *Animadversiones in partem generalem Principiorum Cartesianorum*, de 1691, y su carta a Nicholas Remond, de 1714). Debemos advertir también que Blumenberg no asocia explícitamente esta concepción con el pensamiento de Husserl (quizás incluso para no ser redundante, ya aquella conferencia fue pronunciada ante una audiencia compuesta por filósofos que eran, todos ellos, grandes conocedores y herederos del legado husserliano).

¹⁴¹ Cf. E. Husserl, 1942: 65 (Husserliana I, 74).

¹⁴² Husserl, 1942: 25 (Husserliana I, 54).

conserva, en Husserl, el sentido griego originario del verbo *phainō*, “aparecer”, y su forma participial *tà phainόμενα*, “lo que aparece” o “lo que se manifiesta”). En *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, Husserl es claro: “toda intuición en que se da algo originariamente es una fuente de derecho del conocimiento, (...) todo lo que se nos brinda originariamente (por decirlo así, en su realidad corpórea) en la ‘intuición’, hay que tomarlo simplemente como se da, pero también sólo dentro de los límites en que se da”.¹⁴³

Este concepto de *realidad como contexto*, puesto que se lleva a cabo en un horizonte de tiempo que se mide en términos humanos, resulta ser un concepto abierto, que depende siempre de futuras experiencias y que reivindica la adopción de *perspectiva*, es decir la constitución de realidad a partir de aspectos parciales, con conciencia de sus límites y expectativa de confianza en su propia consistencia. *Realidad* se vuelve así un “concepto límite” que no excluye ni la totalidad ideal de todos los sujetos ni la confirmación de la experiencia como forma de elaboración de un mundo que se completa intersubjetivamente, esto es –en términos de Blumenberg–, que

concebe la realidad como resultado de una realización, como una confiabilidad que se constituye en fases sucesivas, como una coherencia que nunca es definitiva ni acordada de una vez para siempre sino que se la retoma siempre, remitida a cada uno de los futuros en los que podrían intervenir elementos capaces de hacerla retroceder, expulsando hacia la irrealidad aquello que hasta entonces se admitía como real.¹⁴⁴

Es evidente, por su reivindicación del dato particular y por su visión de la realidad como resultado que emerge de experiencias parciales, orientadas a una totalidad que de todos modos nunca será definitiva y que es imposible de expresar en todos sus aspectos,¹⁴⁵ esta concepción de realidad es la más cercana al punto de vista que nos interesa en este trabajo: el de los relatos de sucesos reales. Su despliegue en el ámbito de la filosofía coincide con el auge del periodismo en Occidente; periodismo concebido precisamente como búsqueda, procesamiento y elaboración narrativa de datos que, en forma contextual y sumando perspectivas –las “dos campanas” como imperativo

¹⁴³ Husserl, 1949: 58 (Husserliana III, 52).

¹⁴⁴ Blumenberg, 2012: 43.

¹⁴⁵ Lo que Blumenberg (*ibid.*) denomina “su estructura épica”: referida necesariamente “a la totalidad nunca alcanzada de manera definitiva (...) de un mundo cuya experimentación parcial no admite excluir otros contextos de experiencia y, por lo tanto, otros mundos”. A este concepto de realidad, que presupone un horizonte intersubjetivo formado por diversas perspectivas, lo asocia Blumenberg con la novela balzaciana, a la que describe como el primer “*modelo perspectivista*, en el que la ilusión de la realidad de toda una sociedad humana se estructura mediante el regreso de los mismos personajes, presentados desde diversas perspectivas, de novela en novela a lo largo de todo el ciclo” (Blumenberg, 2012: 69-70).

metodológico de contrastación–, puede llegar a dar cuenta de realidades (verdades) que estaban ocultas.¹⁴⁶

Hay, no obstante, otra figura que aparece junto con este concepto de *realidad como contexto*, tan dispuesta a conceder admisión provisoria y revocable a toda posición en perspectiva. Blumenberg advierte que es propio de esta visión el vincular la palabra “realidad” al pronombre posesivo: “sostengo tal o cual cosa desde *mi realidad*”, “elaboramos políticas que apuntan a *nuestra realidad* americana”, “actuó como lo haría cualquiera en *su realidad*”, etc. Por supuesto que esta particularización está en las antípodas de lo que Husserl entendía que debía ser considerado como *real* para la fenomenología, porque la *experiencia subjetiva* no implica una *construcción subjetiva* sino el encuentro efectivo con el hecho,¹⁴⁷ y porque en la búsqueda de una filosofía emancipada, deshacerse del prejuicio implicaba para Husserl poner entre paréntesis, desconectar el factor subjetivo –toda afección meramente privada de gusto o disgusto, por ejemplo– que se pudiera proyectar.

Para la fenomenología, la experiencia –si bien son sujetos individuales quienes la llevan a cabo y sus experiencias no pueden ser sino parciales– comporta necesariamente una dimensión trascendental: la *realidad*, el *mundo*, son “rótulos para ciertas unidades de sentido”, pero “todo sentido supone una conciencia que dé sentido, que sea absoluta y no exista por obra de un dar sentido”.¹⁴⁸ En cambio, entendida como particularización, esta *realidad* que se asocia al pronombre posesivo reaparece a menudo en el análisis de lo ficticio en los relatos de sucesos reales. Preguntas del tipo “¿quién determina lo que es o no es *real*?” pueden entenderse como una interpretación particularizada y básica del concepto de *realidad como contexto*. Un poco menos rústica es la pregunta que indaga en la referencia de toda experiencia subjetiva a la intersubjetividad, comprendiéndola sin embargo como hecho cristalizado, como mera reunión de sujetos particulares convertida en una suerte de *summa phenomenologica* legitimadora, en base a criterios cuantitativos o cualitativos, dependientes de estándares de conocimiento, rentabilidad o flexibilidad, etc. Volveremos a esta cuestión cuando, retomando la clasificación sugerida por Blumenberg, analicemos las implicancias de la cuarta figura típica entre las concepciones filosóficas de realidad.

¹⁴⁶ Sobre el auge del género periodístico y de sus productos específicos, los diarios, remito una vez más al capítulo cinco. Sobre la caracterización de las rutinas periodísticas, de ayer y de hoy, cf. J. Pavlik, 2001.

¹⁴⁷ Para Husserl, el *hecho* es tanto algo sensible –da cuenta de lo fáctico en su dimensión temporal, espacial, alterable, contingente, e inteligible– como revelador de la esencia, es decir: posibilidad ideal, sentido y significación.

¹⁴⁸ Husserl, 1949: 106 (Hua III, 134).

4. La realidad como resistencia

La *realidad como resistencia*, esa cuarta tipología cuyo tratamiento es mucho más acotado en la obra de Blumenberg, entiende por real “lo que no se revela sumiso al sujeto” y “le opone resistencia”,¹⁴⁹ lo que “resulta absolutamente inalcanzable”, “el elemento ya no accesible al análisis”; lo que “no se deja esclavizar como simple material sujeto a la manipulación, a una manifestación cuyas coordenadas siempre se podrían modificar” y en cambio se revela “como *factum brutum* en su autonomía de excesivo poder”, en su “fuerza imponente” y tirana. Aunque Blumenberg no menciona en este contexto a Arthur Schopenhauer, la noción de *realidad como resistencia* parece ser heredera de su noción de *voluntad*. En *Sobre la voluntad en la naturaleza*, escribe el filósofo:

la única cosa en sí, lo único verdaderamente real, lo único originario y metafísico, en un mundo en que todo lo demás no es más que fenómenos, es decir, mera representación, esta voluntad (...) presta a cada cosa, sea la que fuere, la fuerza para que pueda existir y obrar.¹⁵⁰

Además de ser *lo auténticamente real*, la voluntad está en todo, “es la fuerza que vive en la planta, la fuerza por la que se forma el cristal y por la que el imán se vuelve al Polo Norte”,¹⁵¹ pero como cosa en sí es radicalmente diferente de su fenómeno. “Íntima, oculta”, libre de todas sus formas,¹⁵² reside fuera del tiempo, y aunque es fuente de todo, su naturaleza última escapa a nuestro conocimiento.¹⁵³ Para Schopenhauer, lo más propiamente real no está en lo fenoménico sino en el deseo, la carencia, el sufrimiento, que son manifestaciones de aquella fuerza interior. Como explica en los *Manuscritos berlineses*, “todo lo primordial, todo genuino ser es inconsciente (*Unbewusst*)”.¹⁵⁴

¹⁴⁹ “Resistencia –aclara Blumenberg (2012: 44-45)– no sólo en el sentido de la experiencia de un contacto, de una masa inerte, sino en la acepción más extrema, en el sentido de la forma lógica de la paradoja”, en la cual este concepto de realidad encuentra una de sus manifestaciones. Es más, a su juicio este concepto de realidad está ligado al hecho de que la paradoja se haya vuelto “el tipo de prueba predilecto en teología, nacida en el escándalo engorroso del contenido lógicamente incoherente de una realidad última, capaz de quebrar al sujeto y llevarlo a una renuncia de sí”. Por fuera de la teología, Blumenberg (*ibid.*) se refiere también a afirmaciones paradójales como las de la física de W. Heisenberg, según la cual “jugando con dos imágenes que se excluyen se obtiene finalmente la impresión correcta de una realidad determinada”.

¹⁵⁰ A. Schopenhauer, 1987: 40-41. De esa fuerza que es la voluntad se originan “no sólo las acciones arbitrarias de los animales sino hasta los instintos orgánicos de su cuerpo animado y la forma y constitución misma de ellos, hasta la vegetación de las plantas y, en el reino inorgánico, la cristalización, y en general toda fuerza originaria que se manifieste en fenómenos físico-químicos y hasta la gravedad misma”.

¹⁵¹ A. Kenny, 2005: 400.

¹⁵² “Incluso la forma más universal de toda representación, la del objeto para un sujeto, no le atañe”; cf. Schopenhauer, 2005: 201 (W I, 134 <1819>).

¹⁵³ “¿Qué es al fin y en última instancia *la voluntad en sí misma*? Como es obvio, nunca se podrá responder a este interrogante”; cf. Schopenhauer, *Manuscritos berlineses* (1996: 74 (HN III, 36-37 [98] <1820>).

¹⁵⁴ Schopenhauer, 1996: 203 (HN III, 439 [40] <1828>).

Esta visión constituye el trasfondo filosófico del que surge la teoría freudiana, para la cual los actos humanos obedecen en última instancia a velados mecanismos que no se expresan como metas racionales, que son inaccesibles a la conciencia (se revelan en sueños, actos fallidos o síntomas neuróticos), y que se originan precisamente en una dimensión inconsciente. Aunque el psicoanálisis se propone como técnica de desciframiento del inconsciente, las características que Freud le atribuye –atemporalidad, ausencia de contradicción y predominio del principio del placer– tienen la insoslayable marca de la noción de voluntad de Schopenhauer.¹⁵⁵ Más decisiva aún es, no obstante, su influencia en la filosofía de Friedrich Nietzsche, con quien la noción de *realidad como resistencia* parece dar un nuevo salto conceptual, que amenaza con romper nuestro propio tema de estudio: con Nietzsche *la realidad parece ser la ficción*.

La convicción de que no hay posibilidad de acceder a algo *real* y que lo que así consideramos es en rigor una ficción se despliega en los escritos juveniles de Nietzsche, a partir de una reflexión sobre el arte, el conocimiento y la vida. Tanto en *El nacimiento de la tragedia* como en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, se traza una separación radical entre el hombre racional, que anhela previsión y regularidad, y el artista, intuitivo, concebido “como héroe desbordante de alegría”, despreocupado de otras necesidades, que “toma como real solamente la vida disfrazada de apariencia y belleza” y que, a juicio de Nietzsche, “maneja sus armas de manera más potente y victoriosa que su adversario”. Esta distinción y esta jerarquización, análogas a las que cree encontrar –con más fantasía que precisión histórica– entre lo apolíneo y lo dionisiaco en la antigua Grecia, enmarcan la prioridad que Nietzsche concede al “impulso hacia la construcción de metáforas” como “impulso fundamental del hombre, del que no se puede prescindir ni un instante”. Lo fundamental es, desde su punto de vista, metaforizar (no contar, calcular o medir), y esta pulsión inicial se verifica tanto en el conocimiento como en la formación del lenguaje.

La forma más básica de conocimiento, la sensación, es un impulso nervioso que se traduce en una imagen, y esa traducción –aunque no comporta necesidad alguna– se transforma, a fuerza de infinidad de repeticiones, en una relación de causalidad, tal como “un sueño eternamente repetido sería percibido y juzgado como algo absolutamente real”.¹⁵⁶ Sin embargo, advierte Nietzsche, se trata de una operación exclusivamente *antropomórfica* que no puede alegar nada sobre *lo real* o *la cosa en sí*. La *verdad* es “una

¹⁵⁵ La tesis psicoanalítica depende “histórica y conceptualmente” de Schopenhauer. Cf. S. Gardner, 1999: 398-403, quien enfatiza el valor de su “metafísica naturalista”, que da una “justificación realista” al inconsciente en el “naturalismo científico de Freud”.

¹⁵⁶ F. Nietzsche, 1996: 34.

noción antropomórfica”¹⁵⁷ mientras que “la *cosa en sí* (esto sería justamente la verdad pura, sin consecuencias) es totalmente inalcanzable”.¹⁵⁸

En la formación de los conceptos, el ser humano procede por equiparación de casos no iguales en los que “se pierde la experiencia singular”. Esta “omisión de lo individual y de lo real” es la que, a juicio de Nietzsche, proporciona el concepto, pero “la naturaleza no conoce formas ni conceptos, ni tampoco ningún tipo de género, sino solamente una *x* que para nosotros es inaccesible e indefinible”.¹⁵⁹ Nietzsche no se detiene en el análisis de la experiencia singular; parece admitir tácitamente la infertilidad de un camino filosófico embanderado en la defensa de lo particular, infinitamente atomizado. El paso siguiente consiste en reconocer que esta imposibilidad de alcanzar la *x* (lo real incógnito), propia de la manera humana de conocer, obliga a establecer regularidades, parámetros, formas fijas: “Operamos con cosas que no existen, con líneas, superficies, cuerpos, átomos, tiempo divisible y espacio divisible...”¹⁶⁰, y estos conceptos se vuelven “constituyentes míticos y ficticios del lenguaje”, los cuales deberían ser empleados con conciencia de su carácter ficcional. Así, una vez que se ha reconocido que el *mundo real* es un mito indispensable, *falso* y *verdadero* se vuelven conceptos relativos. Precisamente, *mentira en un sentido extramoral* es para Nietzsche “la desviación consciente de la realidad que se encuentra en el mito, el arte, la metáfora”, “la adhesión intencional a la ilusión, aunque se tenga conciencia de su naturaleza” ilusoria.

De este modo, Nietzsche abre el campo para un amplio reconocimiento de la presencia funcional de la ficción en el mundo *real* (veremos que esta presencia puede interpretarse en diversos sentidos). Por un lado, en sus escritos del periodo medio,¹⁶¹ Nietzsche profundiza la idea de que las ficciones conscientes son necesidades teóricas (las creencias, inclusive las de la ciencia, son “ficciones reguladoras”)¹⁶² pero también biológicas, producto de nuestra constitución fisiológica. Conocemos con las sensaciones (“impulsos eléctricos”) y a través de ellas sólo captamos realidad representada,

¹⁵⁷ Nietzsche razona así en *Sobre verdad y mentira...: una vez que los seres humanos hemos definido a ciertos animales como mamíferos de acuerdo con ciertas características, la afirmación el camello es un mamífero no puede afirmar nada en sí.*

¹⁵⁸ F. Nietzsche, 1996: 22.

¹⁵⁹ *Ibid.*

¹⁶⁰ *La gaya ciencia*, 112. Cf. también *Sobre verdad y mentira...: “Hemos organizado un mundo en el que podemos vivir, suponiendo cuerpos, líneas, superficies, causas y efectos, movimiento y reposo, forma y contenido; ¡sin estos artículos de fe nadie sería capaz de soportar la vida! Pero esto no significa que ya se ha probado algo”.*

¹⁶¹ Sobre todo *Humano, demasiado humano, Aurora y La gaya ciencia*.

¹⁶² *La gaya ciencia* 344. Ideas como las de causa y efecto son “hipótesis por medio de la cual humanizamos el mundo”, escribe. En los fragmentos póstumos (XV, 47) afirma que el intelecto necesita “la introducción de ficciones plenas y cabales a título de *schémata*, que (...) nos permitan imaginar los sucesos como más sencillos de lo que realmente son”. Hans Vaihinger observa que en los escritos tardíos la palabra “ficción” ya no se usa con sentido despectivo sino que connota algo útil y necesario. Cf. Vaihinger, 1996: 77.

apariencias, “fenómenos”, pero no cosas en sí. En los escritos del tercer período¹⁶³ y en los póstumos de esta última época, de la mano de la reivindicación de los fenómenos, Nietzsche retoma el *perspectivismo*: al mundo se lo conoce y se lo interpreta de modos diversos, no tiene detrás *un* sentido sino innumerables sentidos: la perspectiva es la condición básica de la vida.

Ahora, llegados a este punto, nos encontramos en un camino ya transitado, como si hubiéramos hecho un recorrido circular: nos adentramos en este cuarto concepto pensado por Blumenberg, el de la *realidad como resistencia*, y volvimos –al parecer– al tercer concepto: el de la *realidad como contexto*, abierto a múltiples perspectivas (o cerrado en un perspectivismo individualista –y relativista– que sólo da cuenta de *su* realidad). Pero, ¿avanzamos realmente o nos quedamos siempre en el mismo lugar? La reflexión de Nietzsche en lo que hace a la determinación de lo que es o no real, ¿debería considerarse una ruptura con la tradición fenomenológica y parte de una concepción novedosa? ¿O más bien la continuidad de ciertos desarrollos modernos, kantianos y neokantianos, leibnizianos y husserlianos, a los que él sólo añade un fervoroso dramatismo? Son dos posibles lecturas que dividen a los especialistas consagrados a los textos nietzscheanos.

En nuestro análisis, más modesto, podemos identificar un rechazo de Nietzsche a la idea de una realidad incondicionada, pero no la negación de la plena realidad de la apariencia. En este sentido, parece estar inserto de manera más radical en una concepción de la *realidad como contexto*, ya que las realidades nietzscheanas (apariencias, fenómenos) no son “inalcanzables” ni “inaccesibles al análisis”; en otro sentido, si la cuarta concepción de la realidad se define como la que “no se revela sumisa al sujeto” y “le opone resistencia”, por ejemplo en la forma de la paradoja,¹⁶⁴ entonces deberíamos incluirlo más bien en ella. Porque la afirmación conservada en los fragmentos póstumos de 1886-1887 según la cual “No hay hechos, sólo interpretaciones”¹⁶⁵ puede ser buen ejemplo del proceder paradójal: porque *el interpretar es*, por cierto, ya una clase de *hecho*.

Detengámonos un momento aquí, en esta tesis que, tomada en forma aislada, parece tener un efecto devastador para nuestra propia mirada, la que atiende a la oposición entre realidad y ficción (con la confesa expectativa de no menoscabar a la *realidad*). Entre muchos estudiosos, sobre todo del ámbito de las ciencias sociales y humanas, la que domina es la lectura que encuentra en esta tesis de Nietzsche la negación de toda realidad factual. Se la repite, además, como un mantra capaz de anular la validez de ese oficio artesanal que en pleno siglo XXI todavía se empeña en buscar de pruebas,

¹⁶³ Así habló Zarathustra, *Más allá del bien y del mal*, *Genealogía de la moral*, *El crepúsculo de los ídolos*, *El Anticristo*.

¹⁶⁴ Cf. Blumenberg 2012: 44-45.

¹⁶⁵ Póstumos 1886-1887 7 [60]; Op. VIII 1. 299-300.

hechos y verdades, como lo hace el buen periodismo (al margen de que los ejemplos de buen periodismo sean cada día más difíciles de encontrar). La frase de Nietzsche se invoca para refutar una práctica: no se busquen en vano *hechos* porque no los hay: no se hallarán *verdades* ya que todo pasa por el tamiz caprichoso de la ficción. En ámbito filosófico, la lectura que adjudica a Nietzsche un radical escepticismo ontológico y un relativismo extremo también tiene adeptos. Otros intérpretes, en cambio, tratan de “limitar el aspecto vertiginoso” de esta tesis, que Nietzsche formuló “un tanto sucintamente *contra el positivismo*”.¹⁶⁶ Así, defensores del llamado *nuevo realismo* niegan que la multiplicidad de interpretaciones comporte “conclusiones ontológicamente disolutivas”; eso “sería como sostener que para Werner Heisenberg no hay nada puesto que en la observación se interfiere con el objeto”.¹⁶⁷ Leamos la expresión de Nietzsche en contexto. Dice así:

No existen hechos, sólo interpretaciones. No podemos establecer ningún *factum* “en sí”: e incluso sería un sinsentido querer tal cosa. Dices “Todo es subjetivo”; pero hasta eso es interpretación; el “sujeto” no es nada dado, sino algo añadido, fabricado.¹⁶⁸

Efectivamente, cuando en la segunda proposición se aclara el sentido de la primera, resulta que la negación lo es de los *hechos considerados como cosas en sí*. No hay – sostiene Nietzsche– realidades en sí. Lo único que podemos considerar real (y accesible) es la apariencia; las diversas apariencias, las representaciones, los fenómenos; pero no podemos creer que ellas son realidades últimas o alguna clase de *noúmeno*.¹⁶⁹ De modo que negar “hechos en sí” no implica negar todo lo real: los fenómenos *son algo*. Si algo se representa *es necesario que haya algo*, pues al menos hay representación. La lectura escéptica radicalizada sería entonces una deformación (heideggeriana o foucaultiana) del perspectivismo de Nietzsche, cuya relevancia no estaría dada por “lo que muestra en su superficie sino por lo que asume ontológicamente, a saber: una visión de la realidad como agregado de potencias que desarrollan otras tantas perspectivas”.¹⁷⁰

¹⁶⁶ Cf. M. Ferraris, 2000: 38-39 y 47.

¹⁶⁷ *Ibid.*

¹⁶⁸ "Nein, gerade Tatsachen gibt es nicht, nur Interpretationen. Wir können kein Faktum »an sich« feststellen: vielleicht ist es ein Unsinn, so etwas zu wollen. »Es ist alles subjektiv« sagt ihr: aber schon das ist Auslegung, das »Subjekt« ist nichts Gegebenes, sondern etwas Hinzu-Erdichtetes, Dahinter-Gestecktes."

¹⁶⁹ Aunque en *Sobre verdad y mentira...* se ponen reparos al término “fenómeno” (Nietzsche, 1996: 30), en *La filosofía en la época trágica de los griegos* afirma que la “aparición es algo objetivamente subsistente” (Nietzsche, 2003: 96 y 105). Esto es: “la afirmación del fenómeno no comporta aplastamiento ontológico sino la fundamentación de la plena realidad de la aparición” (Ferraris, 2000: 41).

¹⁷⁰ Cf. Ferraris, 2000: 47-49. También E. Severino, en el marco de una polémica por el llamado nuevo realismo, afirmaba: “Que el devenir del mundo existe no es para Nietzsche una interpretación dependiente de decisiones humanas, históricas y contingentes; que el devenir (la historia, el tiempo) existen es para Nietzsche –incluso para Nietzsche– verdad fundamental indiscutible en base a la cual se debe negar toda realidad eterna, inmutable, *divina*, que se imponga al devenir, lo domine y lo conduzca” (*Corriere della sera*, 31 de agosto de 2011).

Con agudeza filosófica y literaria, en escritos que al parecer no tienen relación directa con nuestro tema, Nietzsche anticipa otros motivos que serán decisivos en la reflexión contemporánea sobre realidad y ficción. Me refiero a los *Escritos sobre retórica*, que reúnen apuntes para sus clases del semestre de invierno de 1872-73 y de verano de 1874,¹⁷¹ en las que profundiza sus observaciones sobre el lenguaje y su valor no ya sólo para el conocimiento sino para todo pensar. Nietzsche parte aquí de que el lenguaje es condición de posibilidad de todo pensamiento, y al estudiar la retórica llega a la conclusión de que ésta no es una mera técnica que se puede o no emplear, como afirma Aristóteles, para ganar eficacia persuasiva; ella es *lo propio de todo lenguaje*.

No hay ninguna naturalidad no-retórica en el lenguaje a la que se pudiera apelar: el propio lenguaje es el resultado de artes puramente retóricas. La potencia que Aristóteles llama retórica, de encontrar y hacer valer en cada cosa lo que influye y causa impresión, es a la vez la esencia del lenguaje: éste se refiere tan escasamente a la verdad como la retórica; no quiere enseñar, sino transmitir una excitación y percepción subjetivas a otros. El hombre, al formar el lenguaje, no capta cosas o procesos, sino excitaciones (...). No son las cosas las que entran en la conciencia, sino la manera como nos relacionamos con ellas, el *pithanón* [lo convincente]. La plena esencia de las cosas no se capta nunca.¹⁷²

Las metáforas, metonimias, sinécdoques, analogías y símiles no son específicas herramientas del retórico sino la base de todo lenguaje, inclusive el de la ciencia y la filosofía. Las teorías científicas y filosóficas no pueden considerarse islas de objetividad al margen de la actividad trópica del lenguaje, que responde a pulsiones fisiológicas y al imperativo de persuadir. “Los conceptos, las definiciones, los juicios, los razonamientos, constituyen un nivel *residual* y *fosilizado*, acumulado en estratos, de la originaria actividad trópica del lenguaje”.¹⁷³ De esta forma, Nietzsche abre la puerta a dos desarrollos decisivos del relativismo: por un lado anticipa el giro lingüístico, que marcará la agenda filosófica desde fines del siglo XX, y por el otro inspira el giro posmoderno, que pone nueva distancia entre lenguaje, conocimiento y realidad.

“Son imágenes más que proposiciones, y metáforas más que afirmaciones, lo que determina la mayor parte de nuestras convicciones filosóficas”,¹⁷⁴ escribe Richard Rorty, uno de los más reconocidos exponentes del giro lingüístico. En la línea de Nietzsche, para Rorty la ciencia es “sólo una manifestación cultural entre otras”. Siguiendo a Jacques Derrida, Rorty considera que toda escritura (científica, filosófica, moral o ficcional) no es acerca del mundo o de la realidad sino acerca de textos. Su célebre frase “no hay una

¹⁷¹ En la traducción castellana (Nietzsche, 2000) se incluyen la *Descripción de la retórica antigua*, el *Compendio de la historia de la elocuencia* y la *Historia de la elocuencia griega*.

¹⁷² Cf. Nietzsche, 2000: 231

¹⁷³ Cf. Nietzsche, 2000, xxiv.

¹⁷⁴ Cf. la Introducción a *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, publicado originalmente en 1979.

diferencia importante entre mesas y textos, protones y poemas” puede entenderse en este mismo marco.¹⁷⁵ Rorty entiende que nuestras descripciones no representan *la realidad* (metafísica, moral, objetiva) sino lo que se adecúa a nuestros objetivos, lo que apunta a la satisfacción de nuestras necesidades e intereses, según criterios de conveniencia forjados colectivamente.¹⁷⁶

Contemporáneamente, Lyotard enfatiza el giro posmoderno. Con una perspectiva que parte de la evidente informatización de las sociedades postindustriales de la segunda mitad del siglo XX, Lyotard afirma que avanzamos hacia un mundo inmaterial en el que las cosas desaparecen, reemplazadas por un horizonte virtual. En ese panorama, los saberes que no puedan traducirse al lenguaje de la máquina están condenados a perecer. El avance de técnicas y tecnologías informáticas transforma radicalmente nuestra forma de conocer, y los antiguos meta-relatos –sobre todo la filosofía occidental, con su perspectiva teleológica– ya no pueden dar cuenta del mundo en el que vivimos.¹⁷⁷ En la dirección que los siglos XVIII y XIX ya habían señalado, y que Nietzsche subrayó, escribe Lyotard:

El saber científico es una clase de discurso. Pues se puede decir que desde hace cuarenta años las ciencias y las técnicas llamadas de punta se apoyan en el lenguaje: la fonología y las teorías lingüísticas, los problemas de la comunicación y la cibernética, las álgebras modernas y la informática, los ordenadores y sus lenguajes, los problemas de traducción de los lenguajes y la búsqueda de compatibilidades entre lenguajes-máquinas, los problemas de la memorización y los bancos de datos, la telemática y la puesta a punto de terminales «inteligentes». (...) En esta transformación general, la naturaleza del saber no queda intacta. No puede pasar por los nuevos canales y convertirse en operativa a no ser que el conocimiento pueda ser traducido en cantidades de información. Por lo tanto, es posible prever que todo lo que en el saber constituido no sea traducible de ese modo será dejado de lado, y que la orientación de las nuevas investigaciones se subordinará a la condición de traducibilidad de los eventuales resultados a un lenguaje de máquina.¹⁷⁸

La realidad ha quedado ya lejos definitivamente de los fenómenos (tercer concepto) y de aquello inaccesible que ofrece resistencia (el cuarto concepto, en la propuesta que Blumenberg formuló originalmente en 1961). Pero para tratar de comprender a qué consideramos hoy *realidad*, y –en relación con los relatos de sucesos reales– cómo se vincula con la ficción, es preciso un nuevo marco.

¹⁷⁵ Cf. Rorty, 1982: 130.

¹⁷⁶ Cf. R. Rorty, 1998: 307 (el artículo fue escrito en 1994). Así, el perspectivismo parece desvincularse finalmente de toda metafísica, quizá de todo absoluto, pero no de una instancia legitimadora trascendental, puesto que el colectivo es axiológicamente anterior al individuo, y por lo tanto la conveniencia y el acuerdo, ambos intersubjetivos, son los que legitiman el sentido del pragmatismo que Rorty reivindica.

¹⁷⁷ “Simplificando al máximo, se considera posmoderna la incredulidad respecto de los meta-relatos” (cf. Lyotard, 1987: 4; el libro original es de 1979).

¹⁷⁸ Lyotard, 1987: 29.

5. La realidad como infoesfera

Blumenberg había pensado su cuádruple clasificación tratando de vincular las diversas concepciones de realidad que propuso la filosofía con el surgimiento de la novela como género. Su conclusión parcial era que “debemos admitir la posibilidad de que la Modernidad deje de ser la época de un concepto homogéneo de realidad”, para admitir que “el predominio de un concepto de realidad de cierto tipo se afirme en el choque con algún otro modo posible, ya formado o en gestación, de concebir la realidad”. Esta conclusión se vuelve urgente desde nuestra propia perspectiva, que busca poner en relación las concepciones filosóficas no con la novela sino con los relatos de sucesos reales, convertidos en géneros literarios, y con la oposición que en ellos se plantea entre ficción y realidad. Sin duda, hoy nuestra noción de realidad convive con otras varias nociones, que se van superponiendo en relación con diferentes ámbitos de acción. Aunque la filosofía académica tiende a aferrarse –incluso en pos de la transmisión del saber– a las concepciones previas, los cambios radicales que vienen produciéndose desde hace cuatro décadas por el avance de las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC, o ITC, como se las conoce por su sigla en inglés), vuelven imprescindible la consideración de nuevas formas de entender lo que es *realidad*. No sólo porque los cambios todavía están en marcha y porque estas intuiciones se van desarrollando en relación con ellos, la delimitación de un quinto concepto o figura típica de realidad en estas páginas no puede ser más que esquemática y provisoria.

Si para las matemáticas, número es todo aquello que puede ser calculable, la noción de *realidad como infoesfera* considera que es real todo aquello que puede ser informatizable, reducido a información.

“Las TIC –escribe Luciano Floridi, probablemente quien ha trabajado en esto de forma más específica y sistemática (desde una perspectiva filosófica) en las últimas décadas– están creando y dando forma a nuestras realidades físicas e intelectuales, cambiando nuestra propia auto-comprensión, modificando nuestras relaciones con los demás y con nosotros mismos, y transformando el modo en que interpretamos el mundo; y lo hace con pregnancia, profundidad y de manera inexorable”¹⁷⁹ hacia formas de realidad que van cambiando “frente a nuestros ojos, debajo de nuestros pies, de manera exponencial e implacable”. Por otra parte, la manera en que nos afectan no es homogénea, ya que las tecnologías de la información tampoco se distribuyen ni se emplean de manera homogénea. Al igual que la escritura, tecnología de la que no emplearon por igual todas las culturas del planeta, las TIC repercuten de manera diversa en el mundo, según su incidencia. Por eso, la primera distinción relevante para

¹⁷⁹ Cf. L. Floridi, 2014: 11-12. Floridi agrega que “dada la cantidad de novedades sin precedentes que están ocurriendo en el comienzo de la era de la información, no debería sorprender que muchas de nuestras visiones filosóficas fundamentales, tan arraigadas en la historia y sobre todo en la época industrial, necesiten ser actualizadas y renovadas, o tal vez reemplazadas del todo”.

comprender las transformaciones y efectos de las TIC en nuestras vidas y en nuestra concepción de lo que es real, es la que se traza entre diversas formas de vida que hoy conviven: prehistoria, historia e hiperhistoria.

En la prehistoria viven las sociedades que no poseen documentos registrados. La inmensa mayoría de la gente vive hoy históricamente, en sociedades que confían a las TIC la grabación, la transmisión y el uso de todo tipo de datos. “En las sociedades históricas, las TIC todavía no superaron a otras tecnologías de vital importancia, especialmente a las que funcionan con energía. Pero hay gente en el mundo que ya vive hiper-históricamente, en sociedades y ambientes en los que las TIC y sus habilidades de procesamiento de datos no constituyen sólo condiciones importantes sino que ya son esenciales para el mantenimiento y desarrollo del bienestar social y personal. Los países del G-7 viven ya en la hiperhistoria porque el 70 por ciento de su PBI depende de productos intangibles; sus economías dependen notablemente de activos basados en información”¹⁸⁰, es decir, tienen una economía del conocimiento poderosamente ligada a servicios informatizados (en las áreas de negocios, finanzas, comunicaciones, seguros y entretenimiento) y vastos campos del sector público ya orientados a la información (sobre todo en educación, administración pública y salud).

Desde otra perspectiva, la hiperhistoria se nos aparece como la confirmación –que se experimenta en forma gradual y tal vez menos espectacular– de cierto imaginario de la ciencia ficción de principios del siglo XX, en el que máquinas y robots pasan a dirigir los aspectos más básicos de nuestras vidas, nuestras rutinas y necesidades. Las TIC están presentes ya desde la forma en que nos despertamos y entramos en comunicación con otros, hasta el modo en que gestionamos nuestro tiempo de ocio – reservando pasajes, entradas al cine, visitas al museo, etc., todo desde la computadora–, hacemos trámites online o nos sometemos diagnósticos y tratamientos médicos cada vez más informatizados. Las TIC imprimen una cultura que concibe la propia vida e intuye la realidad “en términos TIC-*friendly*, o sea: de manera informática”.

Es cierto que las que dependen cada vez más de TIC para su funcionamiento y crecimiento son especialmente las sociedades informáticamente avanzadas, pero ese camino –que en algunos casos sólo vemos en los nuevos relatos fantásticos que difunden el cine y la publicidad– va ocupando la escena global de manera inexorable. Reproduciendo iniquidades y carencias, pero avanzando sin grandes obstáculos hacia un paisaje en el que incluso lo humano empieza a ser prescindente: las tecnologías y la llamada *internet* de las cosas¹⁸¹ tienden, de hecho, a expulsar a los seres humanos. La

¹⁸⁰ Floridi, 2014: 28-29.

¹⁸¹ Internet de las cosas (IoT según su sigla en inglés) se denomina a un sistema de dispositivos de computación interrelacionados: máquinas mecánicas y digitales, objetos, animales o personas provistos de identificadores únicos y que tienen la capacidad de transferir datos a través de una red, sin requerir de interacciones humano a humano o humano a computadora.

robotización es ya una realidad que se vuelve cada vez más pronunciada. En una infoesfera completamente integrada, la coordinación invisible entre dispositivos va a ser tan continua como la interacción entre nuestro teléfono celular y nuestra laptop, o entre esta y la impresora. Una sociedad hiperhistórica completamente dependiente de las tecnologías de tercer orden, afirma Floridi, podría en principio independizarse de los humanos, sacarnos del medio¹⁸². Experimentamos día a día la transición de la historia a la hiperhistoria¹⁸³.

Las TIC modifican la naturaleza de la realidad y nuestra comprensión de lo que es o no es real porque nos llevan a tomar como real sólo lo que se encuentra en la infoesfera. Este, *infoesfera*, es otro neologismo, inspirado en la noción de biósfera, que “denota la totalidad del entorno informático, conformado por todas las entidades informáticas, sus propiedades, interacciones, procesos y relaciones mutuas”¹⁸⁴. *Infoesfera* es sinónimo de realidad, “en la medida en que la interpretamos de manera informacional”. Retomando la célebre afirmación de G. W. F. Hegel, en la *Fenomenología del Espíritu* –lo que es racional es real y lo que es real es racional–, Floridi formula de manera precisa esta nueva concepción de realidad como aquello que coincide con la infoesfera: “lo que es real es informacional y lo que es informacional es real”¹⁸⁵. Esta equivalencia –sugiere, además– es “la fuente de algunas de las más profundas transformaciones y problemas que vamos a experimentar en el futuro cercano, en lo que hace a la tecnología”.

Más allá de cuán decisiva sea nuestra participación en la hiperhistoria, al margen de cuánto modifiquen en concreto nuestras rutinas, las TIC nos sumergen en la era del zettabyte¹⁸⁶. “Nuestra generación es la primera en experimentar una inundación-zetta”, explica Floridi, tratando de describir con el neologismo “el tsunami de bytes que está inundando nuestros ámbitos”¹⁸⁷. Ese tsunami es lo que se conoce (o más bien lo que se nombra, ignorando en buena medida su alcance) como big data. La expresión, *big data*, intenta dar cuenta del hecho de que hoy en día las computadoras “no pueden manipular tantos millones de datos de forma eficiente”. Esto vuelve a poner de relieve la distancia que existe entre las inmensas expectativas que despiertan las TIC y el reconocimiento de las enormes dificultades que se deben afrontar para un aprovechamiento positivo de las

¹⁸² Cf. Floridi, 2014: 70.

¹⁸³ El análisis lleva a Floridi a admitir que la hiperhistoria, aunque constituye una nueva era en el desarrollo humano, no trasciende las limitaciones espacio temporales que siempre han regulado la vida humana en el planeta: “El poder de procesar va a crecer y va a ser más barato, la cantidad de data va a llegar a cantidades inimaginables, y el valor de la red va a crecer verticalmente; no obstante, nuestra capacidad de almacenamiento (espacio) y la velocidad de nuestras comunicaciones (tiempo) se quedan atrás”. Cf. Floridi, 2014: 61-62.

¹⁸⁴ Se trata de un entorno comparable pero diferente del ciberespacio, que es una de sus sub-regiones; la infoesfera incluye también ámbitos de información offline y analógicos.

¹⁸⁵ Floridi, 2014: 86.

¹⁸⁶ El zettabyte o ZB es la unidad de almacenamiento de información que equivale a 10^{21} bytes.

¹⁸⁷ Floridi, 2014: 43-44.

mismas, para que resulten una ventaja y no un perjuicio para la humanidad, como parece ser el caso en diversos contextos de aplicación de big data. En este marco, Floridi señala dos confusiones que suelen oscurecer la discusión relativa a big data: la primera es considerar que el problema epistemológico involucrado es la cantidad de datos, y la segunda es considerar que la solución a ese problema tenga que ser exclusivamente tecnológica, como si mayores y mejores tecnologías lograran un día *contraer* esos datos hasta una medida finalmente manipulable y se acabaran así las dificultades. El problema epistemológico –afirma Floridi– es otro, y su solución debe ser epistemológica:

El verdadero problema epistemológico con big data son los pequeños modelos. Justamente porque hoy es posible generar y procesar tanta cantidad de datos de manera tan rápida, barata y prácticamente sobre cualquier cosa, la cuestión decisiva y urgente – tanto para el *nouveau riche* de los datos, Facebook o Walmart, Amazon o Google, como para las familias patricias de los datos, la genética o la medicina, la física experimental o la neurociencia– consiste en ser capaz de detectar dónde se encuentran dentro de sus inmensas bases de datos los nuevos modelos que poseen auténtico valor agregado y cómo se los puede aprovechar para crear salud, mejorar la vida humana y promover el conocimiento. Un problema de capacidad cerebral más que computacional. (...) Los modelos pequeños pueden ser peligrosos también, porque tienden a pasar los límites en cuanto a qué hechos y comportamientos se pueden prever y anticipar. Y esto ya es un problema ético.¹⁸⁸

Además de incidir en nuestra concepción de la realidad en la vida cotidiana, los efectos de las TIC son apabullantes en la vida de las sociedades y en la de los medios, como organizaciones en las cuales se produce la gran mayoría de los relatos de sucesos reales periodísticos (aunque también se producen muchos no periodísticos). John Pavlik lo sintetiza así, en relación con los contenidos periodísticos:

La naturaleza de los contenidos noticiosos cambia inexorablemente como resultado de las tecnologías de medios, y en segundo lugar cambia la forma en que los periodistas hacen su trabajo con nuevas herramientas en la era digital. En tercer lugar, la estructura de las redacciones y la industria de las noticias sufre una transformación fundamental. Y cuarto: los medios de noticias desarrollan nuevos alineamientos en la relación entre organizaciones de noticias, periodistas, y sus diversos públicos: audiencias, fuentes, competidores, anunciantes y gobiernos.¹⁸⁹

En *La era de la información*, Manuel Castells describe cómo la revolución de las TIC y la reestructuración del capitalismo "han inducido una nueva forma de sociedad, la

¹⁸⁸ Floridi, 2014: 47 y 48.

¹⁸⁹ Pavlik, 2001: xiii.

sociedad red", que se caracteriza por la globalización de las actividades económicas, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo, por una cultura de la "virtualidad real" y por "la transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo mediante la constitución de un espacio de flujos y del tiempo atemporal". Castells releva cómo la política sigue atada a "formas organizativas y estrategias políticas de la era industrial", ya obsoletas, mientras pierde su autonomía "por los flujos de información de los que dependen". A su juicio, las TIC terminan poniendo en crisis la concepción (y el ejercicio) de la democracia. La representación democrática se ha convertido –dice– en representación "actoral", y los espacios de representación de los medios pretenden ser una representación efectiva de los ciudadanos, sin lograrlo¹⁹⁰.



¹⁹⁰ Cf. M. Castells, 1998: 344.

Capítulo cuatro

1. Lo que cuenta la historia

Nuestro análisis de ficción y realidad está guiado por un interés en los relatos de sucesos reales, especialmente los periodísticos y también en los primeros ejemplos de narrativa histórica¹⁹¹; relatos cuyos autores y lectores dan por descontada la referencia básica a *hechos*, a cosas efectivamente ocurridas, o los consideran el objeto fundamental de esas narraciones. El propósito de volver a pensar el surgimiento histórico de estos géneros narrativos es que nos permita comprender de manera más original cómo las ficciones se involucran en ellos. En este capítulo y en el que sigue intento dar cuenta de cómo la mentalidad occidental fue incorporando y reivindicando el valor de las narrativas de sucesos reales¹⁹², primero mediante relatos históricos, y luego acostumbrándose a la idea que lo real circundante puede narrarse también periodísticamente. En conexión con las nociones de realidad esbozadas en el capítulo anterior, voy a destacar algunos hitos que impulsaron el desarrollo de los diversos géneros dedicados a los sucesos reales, en la historia y en el periodismo, analizando en qué medida ellos comportan (o no) la reivindicación de los *hechos* y de los datos empíricos por encima de la especulación filosófica o de la imaginación, y prestando especial atención al papel que jugaron las ficciones en la elaboración de estos tipos de relatos.

En el siglo XX, quienes estudiaron el origen de la historia en la Antigua Grecia, entendieron que fue la extraordinaria calidad de los poemas homéricos lo que retrasó el desarrollo de una disciplina científica histórica. La épica homérica, que era la fuente principal a la que se dirigían los griegos¹⁹³ cuando querían conocer sobre su propio pasado, era una pieza artística, creación de la imaginación, unía “sueños y realidades”¹⁹⁴, y como estaba tan bien escrita inhibió la búsqueda de otros tipos de narrativa. La épica estimulaba sin duda un interés por conocer sobre el pasado pero a la vez lo desvirtuaba, confundiendo realidad con fantasía, lo ocurrido efectivamente con lo inventado. Por otra parte, ponía énfasis superlativo en el culto de la personalidad y convertía así a la historia

¹⁹¹ Consideramos aquí como análogos a los relatos históricos y periodísticos al menos en cuanto a un objetivo primario: la comprensión y transmisión de los hechos del pasado (incluso algunos del presente cuya comprensión resulta remota u oculta). También en cuanto a los procedimientos metodológicos básicos de su indagación. Obviamente no perdemos de vista las importantes diferencias que hoy guardan en relación con sus rutinas de trabajo, con el mercado en el que se encuentran sus centros de producción y sus audiencias, y con el carácter más o menos masivo y visible con que transmiten sus resultados. Si se los observa como campos disciplinarios plenamente constituidos, la historia y el periodismo no parecen demasiado próximos; sin embargo esperamos poder mostrar que cuando observamos la prehistoria de la narrativa histórica y de los géneros periodísticos, nuestra analogía no resulta caprichosa.

¹⁹² Sobre el uso de la palabra narrativa, cf. el Prólogo, punto 1: “Tema y fundamentación de esta tesis”.

¹⁹³ “Los griegos” es siempre una referencia demasiado general e imprecisa: acá nos referimos sobre todo a los griegos educados, y que vivían entre los siglos VI y III aC. Aunque la autoridad de Homero como fuente del conocimiento del pasado nunca llega a eclipsarse por completo, en tiempos helenísticos las fuentes se van a ampliar considerablemente, con informes más específicos relativos a la historia, a la geografía, etc.

¹⁹⁴ Es la tesis de James Shotwell, 1961.

en una suma de relatos de grandes encuentros entre héroes, pero no podía dar cuenta de procesos sociopolíticos más complejos. El primero en dar un paso en este sentido fue Heródoto, que en el tercer libro de sus *Historias* ofrece a la lectura una discusión sobre los diferentes regímenes políticos¹⁹⁵. Pero para que llegara a desarrollarse algo más parecido a la historia tal como la entendemos hoy todavía faltaba una mirada crítica respecto de la autoridad omnipresente y ciega de la mitología, que constituye sin duda el trasfondo –y fuente de inspiración– de lo que cuenta Homero. Esa mirada crítica es la que surge en Jonia (de donde viene Heródoto), a fines del siglo VI aC., y se manifiesta en distintas esferas: la ciencia natural, la economía, la religión, la política. Allí están Jenófanes con su burla a la representación de los dioses olímpicos (si tuvieran manos para pintar, los bueyes y los caballos pintarían a sus dioses con forma de bueyes y de caballos); Hecateo, con su desmitificación de algunas historias legendarias (la cantidad razonable de hijos de Dánao, el supuesto perro que encontró Heracles en el Hades); y quizás también Tales de Mileto quien, según la célebre interpretación aristotélica, dio inicio a la filosofía porque al tratar de esclarecer diversos fenómenos naturales (biológicos y astronómicos) dejó de lado las explicaciones míticas¹⁹⁶.

A su vez, el cambio en la forma expresiva, el paso de la poesía versificada a la prosa, que se hace evidente en el umbral del siglo V a C., el “siglo de las Luces” de la Antigüedad, estimula una mirada crítica hacia todo tipo de relatos, y facilita el surgimiento de un espíritu “científico”¹⁹⁷. En cuanto a Heródoto, si bien es razonable inscribirlo en este renovado movimiento intelectual (no sólo porque escribe en prosa), se sitúa todavía en un espacio de transición desde la épica hacia otros géneros, y en varios aspectos su trabajo busca enmarcarse en el mismo modelo homérico. Así explica en las primeras líneas de las *Historias* cómo entiende su propia tarea:

Esta es la exposición de las investigaciones (*historiēs*) de Heródoto de Halicarnaso, para que no se desvanezcan con el tiempo los hechos de los hombres y para que no queden sin gloria (*akléā*) grandes y maravillosas obras, tanto de los griegos como de los bárbaros, y sobre todo la causa (*aitía*) por la que se hicieron guerra.

Las “investigaciones”¹⁹⁸ se organizan alrededor de un conflicto a gran escala: en Homero, el centro del poema era la guerra de Troya, Tucídides escribirá de la guerra del Peloponeso, y Heródoto toma el conflicto perpetuo entre griegos y persas. Como señala François Hartog, parece haber aquí un mismo patrón: contar lo ocurrido en el pasado

¹⁹⁵ Cf. Heródoto, *Historias* III 80-82, dentro del relato de la conversación que mentuvo Darío (justo antes de convertirse en rey de Persia) con Ótanes y Megabizo, acerca de las ventajas y desventajas de la monarquía, la oligarquía y la democracia.

¹⁹⁶ O dejó de “mitologizar”.

¹⁹⁷ Cf. Shotwell, 1961: 10-11.

¹⁹⁸ Sobre el significado que tiene aquí *historiē* (ἱστορίη), véase más adelante.

consiste en tomar un conflicto de grandes proporciones¹⁹⁹ y, al menos en el caso de Heródoto y Tucídides, tratar de establecer su causa. Alfonso Gómez Lobo sugiere no cargar las tintas sobre esto último; a su juicio, “sería un error inferir que Heródoto tenía un concepto claro de la causalidad histórica”. La referencia a la *aitía*²⁰⁰ parece adecuarse más bien a las categorías trágicas de culpa y justicia, que son las que rigen en el horizonte cultural del siglo V a.C., que permiten identificar alguien a quien echarle la culpa, y que para los fines de Heródoto parecen resultar suficientemente explicativas.

Otro aspecto en el que la propia presentación de Heródoto revela su cercanía con el molde homérico es la alusión a la “gloria” que sus *Historias* intentan procurar; si no se escribieran, las “obras grandes y maravillosas” de los griegos y de los bárbaros podrían quedar “sin gloria” (*akléã*). La expresión retoma un motivo homérico: “... de los hombres de antes, de los héroes, las glorias (*kléa*) íbamos conociendo”²⁰¹. Sin embargo, mientras que el poeta épico narra sobre todo las glorias de los héroes, Heródoto se concentra explícitamente en las acciones humanas; su misión es “que no se desvanezcan con el tiempo *los hechos de los hombres (tà genómēna ex anthrōpon)*”, griegos y bárbaros, pero siempre hombres, no superhombres. Esta perspectiva sí marca una diferencia esencial respecto de la épica homérica: los hechos del pasado que interesan a las *historiē* de Heródoto no tienen como protagonistas ni a los fenómenos de la naturaleza ni a los dioses²⁰².

Sin la autoridad del aedo, legitimada por las Musas, ni la del filósofo (o chamán) que, como Empédocles y Parménides, invoca su pertenencia al círculo íntimo de la divinidad²⁰³, Heródoto presta oído crítico a los relatos que escucha, compara tradiciones, formula esquemas de explicación, y reescribe según su propio criterio. Cuenta lo que sabe porque indagó, vio, escuchó de diversas fuentes y entonces puede pronunciar un juicio²⁰⁴.

¹⁹⁹ Cf. F. Hartog, 2000: 388 y ss., quien analiza también, siguiendo un análisis de A. Momigliano (1990: 22-23), la diferencia entre esta perspectiva y la de los relatos bíblicos, que se remontan al principio de los tiempos.

²⁰⁰ La palabra significa “responsabilidad” antes que “causa”.

²⁰¹ Homero, *Ilíada* IX, 524-5.

²⁰² En tiempos de Heródoto, *historía* (pl. *historiē*), “investigación”, alude a la búsqueda de conocimiento y de la verdad, sobre todo en el ámbito natural, pero no al relato que la investigación da como resultado (Gómez Lobo, 2017: ..., pone en duda la única posible excepción, de *Hist.* VII. 96). *Historía* es el sustantivo abstracto de *historéō*, “investigar”, y alude más bien un estado mental que al producto resultante. Recién con Aristóteles (*Retórica* 1360a7 y *Poética* 9) y sobre todo en el siglo II a.C., con Polibio (*Historias* I.30), la palabra pasa a aplicarse al producto escrito que se obtuvo como resultado, aun más que a la investigación que debió precederlo. A partir de entonces, “historia” empieza a significar sobre todo un tipo de narrativa. La asociación del término “historia” con la sucesión y con el conjunto del acontecer humano referido al pasado es una elaboración muy posterior, completamente ajena al uso de Heródoto y sus contemporáneos.

²⁰³ En los casos de Empédocles y Parménides, cf. 28B1DK y 31B17DK.

²⁰⁴ Este aspecto judicial” del *histor* como árbitro aparece ya en la *Ilíada*; por ejemplo II. XXIII 486: “Hagamos de Agamenón, el hijo de Atreo, nuestro *histor*”; ahí Homero no está diciendo que buscan a un historiador sino al que conoce las costumbres y puede llegar a una conclusión analizando los hechos conocidos.

Su única tarea no es indagar (*historéō*) sino también dar sentido (*semaíno*), como él mismo afirma en las primeras páginas de las *Historias*. Existen diferentes versiones de cómo empezaron los conflictos, explica. En los comienzos hubo una serie de raptos de mujeres (primero los persas se llevaron a lo —o fueron unos mercaderes fenicios—; después los griegos raptaron a Europa; después Alejandro, hijo de Príamo, a Helena...), pero al parecer los griegos, necios, se ensañaron y llegaron a destruir Troya por una chica griega²⁰⁵. Así, dice Heródoto, lo cuentan los persas y los fenicios, pero él va a ofrecer sus propias conclusiones:

Yo no voy a decir si pasó de este o de otro modo. Pero después de indicar quién fue, que yo sepa, el primero en cometer injusticias contra los griegos, llevaré adelante mi historia, reseñando del mismo modo los grandes estados y los pequeños, pues muchos que antiguamente fueron grandes han venido después a ser pequeños, y los que en mi tiempo eran grandes fueron antes pequeños. Persuadido, pues, de que la felicidad humana jamás permanece en un mismo punto, haré mención igualmente de los unos y de los otros.²⁰⁶

Heródoto no sólo indaga; en su reescritura “indica” (*semaíno*), “señala”, “significa”, “da sentido”. Lo primero que nos dice Heródoto con este verbo, *semaíno*, es que el resultado de su indagación en los hechos no es una reproducción mecánica, traslúcida, automática (seguramente nunca lo es, a pesar de lo que piensa Aristóteles, cuando afirma que la historia es menos filosófica que la poesía porque se limita contar “lo que Alcibíades hizo, o lo que sucedió”)²⁰⁷. Heródoto *da sentido* porque elige concentrarse en la vida de Cresos, el primero de los persas “en cometer injusticia contra los griegos”, y organizar a partir de allí toda su exposición. Por supuesto que Cresos no es el primero —el propio Heródoto menciona a Gíges, Ardis y Aliates²⁰⁸, todos anteriores— pero la vida del poderoso rey de Lidia, que fue en verdad el primero que obligó a los griegos a pagarle tributo, cumple con otro valor que Heródoto considera relevante para su tarea. Heródoto quiere que su historia exponga también cómo algunos grandes terminaron después siendo pequeños, porque está convencido de que para los hombres la felicidad es algo extremadamente cambiante.

Así, la vida de Cresos, el colonizador, el que llegó a ser el más rico de su tiempo, el rey que desconfía de los oráculos, que se lanza a la conquista y despide casi con un

²⁰⁵ Cf. *Hist.* I.4.1-2: “... robar mujeres en, en verdad, cosas de hombres injustos, pero afanarse por vengar a las robadas es de necios (...). Los pueblos de Asia ninguna cuenta hicieron de estas mujeres raptadas, pero los griegos, a causa de una chica lacedemonia, juntaron un gran ejército, llegaron hasta Asia y destruyeron el reino de Príamo”. En todos los casos, sigo la traducción de M. R. Lida, con ligerísimas variantes.

²⁰⁶ *Hist.* I 5. 3-4. El subrayado es mío y corresponde al greigo *tòn dè oída autos prôton hypárxanta adíkon érgon es toùs Hállenas, toúton seménas probésomai es tó prósq toû lógou, homoíos smikrà kai megála ástea anthrópon epexión.*

²⁰⁷ Aristóteles, *Poética* 1451b10 y ss., citado y referido aquí, antes, en el capítulo 2.4.

²⁰⁸ *Hist.* I 14.4; 15.1 y 16.2; cf. Gómez Lobo, 2017: 45-46.

portazo al sabio Solón porque lo llama a la prudencia; el mismo que después va a ser derrotado, cae prisionero de Ciro y finalmente es enviado a morir en la pira, él ilustra mejor que nadie esa dirección que tiene para Heródoto la historia, espejo del obrar humano²⁰⁹. Creso va a ser el elemento que dé unidad a su exposición, aunque para eso haya que reformular algunos datos biográficos. Heródoto selecciona la información sobre la vida de Creso y aunque se aparta del enfoque más bien fantástico que había dado la tradición lírica²¹⁰ sobre el rey de los lidios, no deja de fabular acerca de algunos puntos clave: en la versión de las *Historias*, Solón juega un papel crucial, pero un encuentro efectivo entre ambos es dudoso²¹¹; en cuanto al final de Creso, varias fuentes antiguas mencionan la hoguera encendida, pero Heródoto, siguiendo a Baquílides que propone la improbable supervivencia del rey vencido²¹², dice no sólo que salió vivo de la pira – después de recordar las enseñanzas de Solón que en el pasado había despreciado– sino que además fue premiado por el rey vencedor, y terminó sus días como asesor de su hijo, Cambises. Heródoto indaga en los hechos, pero si lo considera conveniente los modela para que se adecúen mejor a su relato.

La singularidad de las *Historias* no radica en la desmitificación sistemática –algo que habían hecho ya otros antes que Heródoto–, ni en una laicización de temas y personajes –como suponen algunos autores, proyectando un prejuicio contemporáneo–, ni en apartarse de la inventiva, que es típica de la narrativa mitológica: su propia biografía de Creso recurre a la ficción para subrayar el sentido que él intenta inspirar. Su originalidad consiste en humanizar los relatos sobre el pasado; Heródoto los cuenta con una enorme dosis de libertad creativa, similar a la de la mitología, pero aplicada al obrar de seres humanos reales. Más que un historiador en el sentido actual del término Heródoto es un buscador, aunque no necesariamente de “verdades históricas”. Es Tucídides el que entiende que el objeto de la investigación debe ser la verdad, y caracteriza su propio trabajo como *búsqueda de la verdad (zētēsis tēs aletheías)*. Gómez Lobo sintetiza con gran lucidez esa diferencia entre ambos:

Cuando Tucídides se encuentra con diferentes versiones de un hecho, las analiza metódicamente hasta que llega a la versión que considera verdadera. Por eso, su *Historia de la Guerra del Peloponeso* siempre se limita a transmitir una, y sólo una, versión de los

²⁰⁹ La caída del rey asiático “ilustra de manera paradigmática el ciclo histórico de crimen y castigo, un ciclo que probablemente sea válido para toda acción humana” (Gómez Lobo, 2017: 39).

²¹⁰ Cf. Píndaro, *Pítica I* y Baquílides, *Epinicio 3*.

²¹¹ Se supone que Solón viajó después de elaborar las leyes en Atenas, o sea después del 594 a.C., pero el reinado de Creso ocurrió treinta años después. Cf. M. Miller, 1963: 58-61.

²¹² Según Baquílides, al ver que Sardes caía bajo las fuerzas de Ciro (eso ocurrió en 547a.C.), Creso prefirió morir y no vivir como esclavo; pero una vez encendida la hoguera, Zeus envió nubes que apagaron el fuego y Apolo lo transportó a los hiperbóreos.

hechos. Heródoto es al mismo tiempo más primitivo y más libre. En sus páginas aparecen frecuentemente versiones diferentes e incompatibles del mismo hecho.²¹³

A Heródoto le gusta contar con varias versiones y, “al menos en principio, nos da la más confiable, pero sin eliminar la menos confiable”²¹⁴. Algunos vieron en sus “investigaciones” algo más próximo al periodismo de semanario o a la crónica de viaje. El celebrado y también polémico Ryszard Kapuściński intentó mostrar que sus propias misiones periodísticas en Asia y África tenían una poderosa conexión con el programa de las *Historias*²¹⁵: hombres en conflicto, excentricidades que ocurren lugares alejados, detalles e intimidades de las vidas ajenas (sobre todo de los poderosos), tragedias humanas, arrebatos pasionales. O como solían reclamar los veteranos periodistas gráficos en el siglo XX para la tapa de los diarios: “guerra, sexo, dinero; eso siempre vende”.

2. Relatos verdaderos, falsos, ficticios

En el primer capítulo de este trabajo, entre las primeras ocurrencias del vocabulario de la ficción (*plásma*) en los textos de la Antigüedad, mencionamos a Sexto Empírico, quien alrededor del siglo II dC. recopila el saber del escepticismo y procura aniquilar a todas las disciplinas del conocimiento, a las que considera por igual dogmáticas. En el primer libro de su compendio *Contra los Profesores*, Sexto informa sobre la triple clasificación elaborada por los gramáticos helenísticos entre *tres diferentes tipos de relatos, según el tipo de realidad al que refieren*²¹⁶; ellos pueden ser verdaderos, falsos o ficciones. Afirma allí Sexto, siguiendo a Ascelpiades de Mirlea (siglo II-I aC.), que “la historia verdadera y propia” es

la exposición de los hechos efectivamente ocurridos, como por ejemplo el hecho de que Alejandro murió en Babilonia insidiosamente envenenado; la ficción es la exposición de hechos no ocurridos pero narrados a semejanza de los que ocurrieron, como se propone en las creaciones cómicas y en los mimos; el mito, finalmente, es la exposición de hechos nunca acaecidos y falsos, como cuando se cuenta que la estirpe de los falangitas y de las serpientes nacieron de la sangre de los Titanes, o que Pegaso saltó por encima de la cabeza

²¹³ Gómez Lobo, 2017: 30.

²¹⁴ Cf. A. Momigliano, 1950: 287.

²¹⁵ R. Kapuściński, 2008: *passim*.

²¹⁶ Cf. Sexto Empírico (S.E.) *Contra los Gramáticos* (*Adv. Math.* I) 248-269. Vale aclarar que, en tiempos de Sexto, la *téchne grammatiké* se propone como saber acerca de una cantidad de cuestiones ligadas a lo escrito (ortografía, sintaxis, análisis de textos, crítica de poetas y prosistas), que hoy confiaríamos no a una sino amuchas ciencias del lenguaje: además de gramática, filología, lingüística, semiótica y semiología, crítica y teoría literarias, entre otras.

de la Gorgona en el momento en que ésta era decapitada, y que los compañeros de Diomedes fueron convertidos en pájaros, y Odiseo en caballo, y Hécuba en bruja.²¹⁷

Con ligeros matices, esta misma clasificación aparece en discusiones sobre gramática, sobre retórica o sobre la pertinencia filosófica de los relatos ficticios, en autores antiguos y tardoantiguos como Cicerón, Quintiliano y Macrobio²¹⁸. Sin embargo, es la versión transmitida por Sexto la que impactará en la Modernidad, con la traducción y difusión en Occidente de la literatura griega antigua, recuperando no sólo una forma de entender la “ficción” sino sobre todo una nueva ola de escepticismo que niega –por una vía diferente, pero compatible con la sofística gorgiana– nuestra posibilidad de acceder con alguna certidumbre a los sucesos reales.

Según la distinción de los primeros gramáticos, los relatos de sucesos reales deben incluirse entre los *verdaderos* (los que Sexto llama también, simplemente, *historia*); los relatos de la mitología tradicional, con sus dioses, héroes y seres fantásticos protagonizando escenas implausibles, conforman los relatos *falsos*; y una tercera clase estaría formada por las ficciones, relatos que refieren a “hechos no ocurridos pero narrados a semejanza de los que ocurrieron” (o también “como [si fuesen] verdaderos”), en los que Sexto incluye a la comedia y los mimos. El de los mimos era un género teatral que no tiene nada que ver con nuestra mímica –aunque su nombre deriva también del verbo *miméomai*, “imitar”– sino que refiere a una representación de situaciones de la vida cotidiana elaborada con registro dialógico, de tema popular y estilo vulgar²¹⁹. En cuanto a la tragedia y a la comedia, debemos recordar que en los siglos V y IV aC., tanto la épica como las tragedias solían tratar sobre personajes conocidos: *históricos* en cierto sentido (los atridas, familia a la que pertenecen Agamenón, Menelao, Orestes, Ifigenia; los labdácidas, de donde provienen Edipo, Layo, etc.), y protagonistas de hechos que se consideraban –hasta cierto punto y sin entrar en detalles excesivamente fabulosos–

²¹⁷ S.E., *Adv. Math.* I 263-264. En la primera referencia, más breve, a la triple clasificación, Sexto habla de tres tipos de relatos: *verdaderos*, *falsos* y *como si fueran verdaderos*. Verdadero se refiere a lo que “tiene por objeto hechos realmente ocurridos” (*ten praktikén*), falso es lo “que tiene por objeto ficciones y mitos” (*ten peri plásmata kai mýthous*) y como [si fuese] verdadero (*hōs alethê*) es lo “que se encuentra en comedias y mimos” (Cf. *Adv. Math.* I.252). Las “ficciones” corresponden en rigor al último grupo.

²¹⁸ Si bien los tres términos de la clasificación aparecen juntos –y en el marco de una discusión sobre poética– ya en el *Timeo* de Platón (cf. M. Erler, 1998: 3-11), la primera conceptualización conservada de los tres tipos de relato, según su relación con lo *real*, es la que provee Sexto.

²¹⁹ Esto último es característico de los mimos del siracusano Sofrón, que popularizó el mimo en el siglo V aC., pero no de los mimos de época helenística e imperial, griegos y romanos, ni de los mimos cristológicos medievales.

efectivamente ocurridos²²⁰. La comedia, en cambio, solía tener por protagonistas a personajes ficticios, inventados.

Precisamente Aristóteles señala, y celebra, que el poeta trágico Agatón (cuya victoria en las Leneas de 416 aC. festejan los atenienses reunidos en el *Banquete* de Platón) haya introducido en la tragedia, entre otras novedades técnicas, los personajes inventados. Aristóteles considera que lo que realmente importa en una buena tragedia es la calidad de su trama (su *mûthos*, su plot: lo que ella cuenta) y que, en términos de su impacto en el espectador o en el lector, una buena trama vuelve irrelevante el empleo de personajes reconocibles. En el fondo –reflexiona Aristóteles– a los hechos conocidos que se cuentan los conocen unos pocos, mientras que una buena trama les gusta a todos²²¹.

El análisis aristotélico de los géneros es estrictamente poético: se preocupa por la eficacia literaria (que para él tiene una dimensión estética, una cognitiva y también una moral) pero no por el supuesto *conocimiento histórico* o *sentido del pasado* que pudiera traer aparejado el cuento que se relata. Así, el punto de vista de Aristóteles se aparta del que busca en los productos literarios una forma de entender el pasado en común, un relato sobre los hechos reales, una historia colectiva que sea funcional a la pedagogía de la pólis. Cuando Platón cuenta la historia de la Atlántida –“un relato extraño, pero absolutamente verdadero”, lo define²²²– que se supone que debería ilustrar el enfrentamiento de los primitivos atenienses con el imperio invasor de los atlánticos, lo que busca es justamente eso: un relato que refuerce “la cohesión social y el sentido de identidad”, y que represente, además “un argumento sólido en favor de la factibilidad”²²³ del proyecto político esbozado en la *República*²²⁴.

Para Platón, la historia de la Atlántida es una recreación, una ficción: en el *Timeo*, el que lleva a cabo esa recreación es el personaje Critias, que recuerda y transmite a Sócrates lo que le contaba su abuelo (también llamado Critias), quien a su vez lo había escuchado de boca Solón, a quien se lo había contado un ignoto sacerdote egipcio. La idea de Critias es que esta recreación sirva para ilustrar –*como si fuera real*– el pasado de los primeros habitantes de Atenas, como si ella fuera la pólis imaginada por Sócrates en la *República*:

²²⁰ Cf. *Poética* 1451b18 y ss.: “En la tragedia [los poetas] se atienen a nombres que han existido”. Son “los nombres de la tradición legendaria y mítica, cuyos personajes Aristóteles (según la forma de ver común en la Antigüedad) considera históricos” (E. Sinnott, 2004: 68).

²²¹ En *Poética* 1451b24-26.

²²² Cf. Platón, *Timeo* 20d.

²²³ F. Ferrari, 2006: 37-38.

²²⁴ Sobre el mito de la Atlántida como relato “histórico” y sobre su función como criterio de legitimación de la factibilidad de la *kallípolis* proyectada en la *República*, escribe M. Erler (1998: 14): “Al proclamar Critias que los hechos históricos que él narra [el mito de la Atlántida, precisamente] se aproximan en la medida de lo posible al proyecto socrático de pólis ideal, da concreción histórica a una concepción filosófica, le confiere realidad, garantizando así esa credibilidad cuya exigencia se advertía ya en la *República*”.

Los ciudadanos y la pólis que ayer nos describiste como en un mito, *trasladémoslos ahora a la realidad (metenegkóntes epì talethés)*, supongamos que aquella ciudad fuera la Atenas actual y diremos que los ciudadanos que imaginaste son esos antepasados nuestros de los que hablaba el sacerdote. *Armonizarán completamente y no desentonaremos* si decimos que eran los que vivían en el tiempo de entonces.²²⁵

Lo que se busca con esta historia es “armonizar” el relato de un pasado heroico en común y la enumeración detallada de sus *hechos* con los lineamientos teóricos formulados en la *República* para la pólis (incluyendo las ideas centrales sobre estructura social, división del trabajo, etc.). Los personajes del *Timeo* no dudan de que el relato de la Atlántida es una historia recreada, elaborada, *inventada* en buena medida, y no el resultado de una búsqueda de la verdad histórica como la que llevaría a cabo un historiador profesional (o Tucídides, o incluso Heródoto). Platón mismo enmarca al relato dentro de lo que –siglos más tarde– los gramáticos alejandrinos llamarán ficción: en el *Timeo*, la historia de la Atlántida es bienvenida “*como si fuera verdadera*”²²⁶. Nuestro punto aquí es el siguiente: en los diálogos platónicos, motivos de interés filosófico-político llevan a entremezclar la narrativa histórica con la ficción; en cambio el punto de vista de Aristóteles en la *Poética*, aunque no se desentiende del valor pedagógico de la poesía ni de su interés filosófico, contribuye a deslindar los campos disciplinarios que corresponden a la historia, que narra sucesos reales, y a la narrativa ficcional, que no pretende hallar o revelar verdades históricas sino producir ciertos efectos –ciertas emociones, cierto reconocimiento– en el espectador.

Mirada bajo la luz de este panorama (que no pretende ser exhaustivo sino ilustrativo), la clasificación de los gramáticos alejandrinos que transmite Sexto Empírico se revela como el esfuerzo de la naciente crítica textual por establecer criterios claros de demarcación técnica entre elementos de ficción, falsedad y verdad histórica (entendida como *realidad*) en los relatos. En época helenística e imperial, esta distinción se proyecta a distintas áreas del saber. Encontramos en Polibio (II aC.) una impugnación de los regímenes políticos imaginarios –incluida la propia república platónica²²⁷. Y en Macrobio (IV-V dC.), una discusión con los epicúreos a propósito de la legitimidad de que la filosofía recurra a las ficciones en sus exposiciones (en ella, Macrobio propone una clasificación análoga a la de Sexto²²⁸).

²²⁵ *Timeo* 26c-d. El subrayado es mío.

²²⁶ Cf. *Timeo* 21d: “Repíete desde el principio qué contó Solón y cómo y de quiénes lo escuchó como verdadero (*hôs alethê*)”.

²²⁷ Cf. Polibio, *Historia*, VI.47, 7-10. Una tendencia semejante se verifica en relación con las críticas a la geografía mítica, tema apasionante pero que excede aquí nuestras posibilidades.

²²⁸ Cf. Macrobio, *Comentario al sueño de Escipión*, 1.2.7, 9 y 11. En 1.2.9, al defender el uso filosófico de elementos ficticios, acude a la distinción de la *Rhetorica ad Herennium* (I aC.), análoga a la de la gramática alejandrina, en la que se distingue entre *fabula* (“que contiene un asunto ni verdadero ni verosímil, comolas

Buena parte de esas fértiles discusiones, que alcanzan a la historia, la retórica, la filosofía y la gramática (en sentido amplio, incluyendo la crítica literaria), queda eclipsada por otros temas que dominan la agenda intelectual de la alta Edad Media: lógica, filosofía política y teología, entre otros. La aplicación de aquellas importantes distinciones de la gramática alejandrina al análisis de los géneros narrativos queda postergada, por lo menos, hasta que irrumpe en la Modernidad, con la reivindicación del legado clásico y el redescubrimiento de la profusa historiografía grecorromana. También con la recuperación de elaboraciones teóricas como las de Sexto Empírico, que comienza a ser traducido, primero al latín²²⁹ y, más tardíamente, a las lenguas romance.

3. Pirronismo antiguo, moderno y contemporáneo

La traducción del tratado *Contra los Gramáticos* no va a producir de inmediato una revaloración diferenciada de relatos consagrados a hechos reales y a ficciones, sino que más bien va a estimular una crítica escéptica que menosprecia esa distinción, o que transforma radicalmente su sentido. Es cierto que el propósito explícito de Sexto al transmitir la clasificación de los tipos de relato según la realidad de sus referentes era la demolición de la gramática (como el título de su tratado claramente indica). Por eso su informe sobre la distinción entre relatos verdaderos (históricos), falsos y ficciones va seguido de una serie de argumentos que –a juicio de Sexto– refutan toda posible científicidad de la crítica textual (la gramática) y, por añadidura, de la historia²³⁰. Es razonable entonces que en el siglo XVII se lea a Sexto Empírico como una invitación al *pirronismo histórico*, a poner en duda toda confianza en las posibilidades humanas de conocer los hechos del pasado.

François de La Mothe le Vayer, tutor de Luis XIV y autor de varios escritos sobre la disciplina histórica²³¹, el principal impulsor del pirronismo histórico, no usa los

transmitidas por las tragedias”), *historia* (“un asunto llevado a cabo, pero alejado del recuerdo de nuestra época”) y *argumentum* (“un asunto ficticio, que sin embargo pudo haber sucedido, como los argumentos de las comedias”).

²²⁹ La primera traducción latina conservada de *Adv. Math.* es la de Gentian Hervet, de 1569 (Henri Estienne había publicado los *Esbozos Pirrónicos* siete años antes). Cf. R. Popkin, 2003: 36-37 y C. Ginzburg, 2010, 119-120. L. Floridi ha documentado el interés de los humanistas italianos por Sexto, y la presencia de sus obras en Italia, ya a comienzos del siglo XV: el manuscrito de una primera traducción de *Adv. Math.* I-IV, obra de Giovanni Lorenzi (ca. 1444-1501), se conserva en la Biblioteca Vaticana, y otro manuscrito incompleto, de comienzos del siglo XVI, en la Regia Biblioteca Nacional de Turín. Cf. L. Floridi, 1995: 64 y 71.

²³⁰ Analicé las dificultades que presentan algunos de estos argumentos contra el carácter técnico de la historia (la confusión de Sexto entre referentes reales o imaginarios, y entre el gramático y el historiador, cronista o autor) en Costa, 2017.

²³¹ En 1638 se da a conocer el *Discours de l'Histoire*; en 1646 publica *Jugement sur les anciens et principaux historiens grecs et latins*, también se le atribuye una *Science de l'Histoire* (1665) y finalmente, en 1668 publica *Du peu de certitude qu'il y a dans l'Histoire*.

argumentos del tratado *Contra los Gramáticos*²³² sino, sobre todo, los diez *tropos* o caminos que empleaba Pirrón de Elis en el siglo IV aC. para poner todo en duda. Los tropos aparecen detallados en los *Esbozos pirrónicos* de Sexto, y también en el libro IX de las *Vidas de los filósofos ilustres*, de Diógenes Laercio²³³, cuya primera traducción francesa, de Gilles Boileau, se publicó en 1668 (el mismo año que el tratado de La Mothe le Vayer sobre “la poca certidumbre que hay en la historia”), pero cuya edición definitiva, en griego y latín, había preparado un amigo de La Mothe le Vayer, Gilles Ménage, cuatro años antes. En su documentadísimo análisis, Philippe-Joseph Salazar muestra cómo, en un auténtico “*tour de force*”, en *Du peu de certitude qu'il y a dans l' Histoire* se aplican los diez tropos para ilustrar otros tantos casos en los que es forzoso dudar del conocimiento histórico²³⁴. Claro que, una vez comprobado el relativismo al que el historiador está expuesto cuando trata de conocer, y entender, lo ocurrido en el pasado, “¿qué nos queda sino la certidumbre, una única, de que la historia erudita o mundana, escéptica o partisan, retórica o compilatoria, no es más que un objeto de ‘curiosidad?’”²³⁵ Esta conclusión es coherente con la visión que revelan, a lo largo de las décadas, las sucesivas reflexiones sobre la historia que publica el tutor del Delfín. Y confirma su convicción de seguir siendo no precisamente un historiador –alguien que busca aproximarse a la verdad de los hechos ocurridos en el pasado– sino un “historiador de los historiadores”, como él mismo afirma, en el Prefacio a su *Juicio sobre los antiguos y principales historiadores griegos y latinos*.

Inspirado por Sexto Empírico, La Mothe de le Vayer invierte las conclusiones de *Contra los Gramáticos*: los relatos falsos y ficticios –objetaba Sexto– se ocupan de cosas falsas e inexistentes, y la historia verdadera “es una acumulación de innumerables hechos y pequeños incidentes sin importancia”; por lo tanto ninguno de ellos –ni verdaderos, ni falsos ni ficticios, que suman la totalidad de los relatos de los que se ocupa la gramática– puede constituir una disciplina. A diferencia de la medicina o de la música, escribe Sexto, la historia no tiene método, no es una disciplina metódica, no es una *téchne* (en latín, *ars*). Para La Mothe Le Vayer, en cambio, la historia *claramente* es un *ars*, como el *ars poetica*,

²³² A mediados del siglo XVI, la discusión de Sexto sobre la “parte histórica” de la gramática helenística “había llamado la atención de Francesco Robortello”; cf. C. Ginzburg, 2010: 119-120.

²³³ Los tropos que reproduce Diógenes Laercio (*Vidas IX 79-87*) apuntan a las diferencias entre los seres vivos en cuanto a placer y dolor (el primero), las diversas y naturales idiosincracias de los hombres (segundo), las diferencias de “los poros de los sentidos” (tercero), las disposiciones individuales y cambios de perspectiva (cuarto), la educación, costumbres y leyes, así como creencias míticas y convicciones dogmáticas (quinto), las “mezclas y combinaciones”, el hecho de que nada es en sí mismo puro (sexto), las distancias, posiciones o situaciones (séptimo), las condiciones de cantidad (octavo), lo frecuente y lo extraño o raro (noveno) y la interrelación de unas cosas con otras (décimo).

²³⁴ Cf. Salazar, 1991: 63-65. Existe “una complicidad”, en los años sesenta del siglo XVII, que “pone en primer plano los textos escépticos”, comenta Salazar, quien muestra, uno por uno, cómo aparecen reflejados en *Du peu de certitude...* y concluye que se trata de “un ejercicio de la aplicación de los tropos escépticos a la escritura de la historia”.

²³⁵ Salazar, 1991: 65.

que además puede (y debe) tener como objeto “cosas falsas e inexistentes, mitos y ficciones”; justamente, para él, “una de las tareas de la historia consiste en exponer cosas que son falsas”²³⁶. Esta visión también es coherente con su mirada sobre las diferentes audiencias que puede tener la narración histórica: para los simples lectores, el historiador debe contar “prácticamente una fábula”, en cambio, frente a los que ejercen el poder, debe ser capaz de suscitar admiración y convicción. Como se advierte ya en el *Discurso sobre la historia* que había dedicado al Cardenal Richelieu, para La Mothe le Vayer la tarea consiste “no tanto en fijar los hechos sino, más bien, en asegurarse de que a los ojos de un conoedor, de un actor político, resulten creíbles y conformes a la lógica del poder, que es el secreto”²³⁷

La perspectiva del libertino erudito del siglo XVII no está tan alejada de lo que hoy en día es, en ámbito académico, una de las concepciones más exitosas acerca de la historia. La tesis que ha defendido Hayden White, en su obra capital, *Metahistoria* (1973) y en otros trabajos posteriores, es todavía más radical que aquella, pues considera que “la distinción entre relato histórico y relato de ficción, basada en el criterio de que relatan acontecimientos reales o imaginarios, es insostenible”²³⁸. Como La Mothe le Vayer, White no se ocupó de hacer historia a la manera de Heródoto ni de Tucídides sino que sus principales contribuciones las hizo como *historiador de los historiadores*. Mediante un enfoque formalista de las narrativas históricas propuso una “teoría sistemática y de amplio alcance de los mecanismos poéticos que determinan la producción de relatos históricos”²³⁹ que son, subraya, los mismos que aparecen en los relatos de ficción. Este hallazgo que, casi un siglo antes, y partiendo del análisis de la retórica antigua, Nietzsche había extendido a todo uso del lenguaje²⁴⁰, ahora con el impulso del giro lingüístico, se vuelve una nueva estrategia de desconexión entre lenguaje y realidad, que viene a minar nuestra confianza en la capacidad humana de conocer sobre el pasado, y sobre lo real circundante.

White subraya esta escisión entre lenguaje y realidad en un ensayo sobre la trama histórica y el concepto de verdad en la representación, en el que reivindica la posición gorgiana básica: los relatos pertenecen al orden del *lógos*, mientras que los hechos o la realidad pertenecen a otro orden. Afirma allí:

Se supone que los acontecimientos históricos consisten en –o manifiestan– cúmulos de relatos reales o vívidos que tienen tan sólo que ser descubiertos u obtenidos a partir de las

²³⁶ Cf. la discusión en Ginzburg, 2010: 120-126 (de donde se tomaron los entrecomillados de mi última frase).

²³⁷ El análisis es de Salazar, 1991: 57-58.

²³⁸ V. Tozzi, “Introducción”, en H. White, 2003: 9 (el subrayado es mío).

²³⁹ *Ibid.*

²⁴⁰ Cf. nuestro capítulo 3.4, “La realidad como resistencia”, y la referencia a los *Escritos sobre retórica* citada.

pistas y exhibidos ante el lector *para reconocer su verdad inmediata e intuitivamente*. Obviamente considero que esta concepción de la relación entre la narración histórica y la realidad histórica es ingenua o, al menos, está mal concebida. Los relatos, como los enunciados fácticos, son entidades lingüísticas y pertenecen al orden del discurso.²⁴¹

Esta separación entre discurso y realidad tiene dos tipos de consecuencias: por un lado, limita drásticamente el campo de acción de la historia, tanto en el nivel de su producción como en el de su recepción. Y por otra parte, lleva el pirronismo a un extremo nihilista o antirrealista. Veamos cada una de ellas.

Como para White, en el fondo, no hay distinción entre elaborar un relato poético y uno histórico, nuestra capacidad crítica frente a relatos antagónicos referidos a los hechos reales queda reducida al análisis literario o a lo sumo narratológico. Desde su perspectiva, las diferencias fundamentales entre relatos históricos rivales “no residen ni en haber seleccionado diferentes hechos, ni en haber adoptado diferentes concepciones metodológicas o epistemológicas, ni siquiera en sostener diferentes compromisos ideológicos o en haber elegido diferentes técnicas de narración”. Lo que los vuelve irreconciliables “es el diferente acto poético, pre-crítico y constructivo por el cual cada historiador prefiguró el campo histórico”. El que funda todo relato histórico es un elemento “no racional, poético y pre-cognitivo”²⁴², por lo tanto la aceptación y justificación de esa narrativa depende más del plano estético que de su compromiso con una representación adecuada del pasado.

Si no juegan ningún papel en las motivaciones del historiador, ni en las disputas por el sentido entre historiadores, ni en la aceptación que pudiera tener la narrativa histórica en su audiencia, la actitud de White hacia los *hechos reales* se parece bastante a una negación. Sus panegiristas, sin embargo, no parecen dispuestos a asumirlo. En la Introducción a *El texto histórico como artefacto literario*, leemos:

La crítica metahistórica de White no involucra necesariamente el antirrealismo acerca del pasado. Lo que niega es que pueda atribuirse a tales sucesos el haber ocurrido en la forma que los relatos de los historiadores dicen que ocurrieron. Justamente su estrategia formalista busca mostrar que el relato histórico es una forma impuesta al pasado. Por todo ello, en lugar de *antirrealismo* es más adecuado bautizar como *imposicionalismo* a esta conjunción que, por un lado, admite acontecimientos y datos históricos y por otro concibe al relato histórico como pura forma discursiva.²⁴³

²⁴¹ White, 2003: 189-190 (el subrayado es mío).

²⁴² Tozzi en White, 2003: 12 y 14-15.

²⁴³ Tozzi en White, 2003: 15.

Esta defensa desvía el foco de atención sin éxito. Recurrir a un neologismo (“imposicionalismo”) no aclara ni agrega nada a la escisión primaria entre discurso y realidad, y las herramientas de la metahistoria no sólo no pueden sino que no quieren colaborar en reunir esos ámbitos. Si la *estrategia formalista* busca eludir todo juicio sobre la verdad de un relato como adecuación a los hechos (“el haber ocurrido en la forma en que los relatos de los historiadores dicen que ocurrieron”), entonces los hechos se vuelven completamente irrelevantes a la hora de fundamentar el conocimiento histórico o de defender la calidad de un relato histórico sobre otro. Que White conceda en *admitir* hechos y datos no parece suficiente para eliminar la sombra de relativismo nihilista que echa sobre el oficio de historiador.

Por su parte, en el Prólogo a *La ficción de la narrativa*, Robert Doran imagina este diálogo con lectores y críticos de la “reducción tropológica” de White:

A esta altura, el lector puede preguntarse: ¿cuál es el objetivo de la reducción tropológica de White? (...) ¿Se propone mostrar que la escritura histórica es imaginativa y por lo tanto inherentemente falsa e ilusoria? Algunos críticos conservadores han leído a White de esta forma, lo cual resulta ser una caricatura, porque aunque White no quiere desacreditar la idea de la historia como ciencia, tiene un concepto del conocimiento histórico como autoconocimiento o autoconstrucción.²⁴⁴

Doran explica entonces que “*Metahistoria* es una *performance* de gran virtuosismo que no se propone nada programático” sino sobre todo “revelar la contingencia esencial de la escritura y de la conciencia histórica”. A juicio del prologuista, esto no implicaría “una capitulación ante el nihilismo sino más bien una afirmación de libertad”, ya que esta visión de la historia “puede tener el efecto de liberar al historiador” para “advertir su papel *creativo* en la autocomprensión de su comunidad”.²⁴⁵ Cada historiador se vuelve libre y creativo en la autocomprensión del pasado, pero ¿cómo decidir, dentro de una multitud de discursos libres, creativos y autocomprensivos, pero rivales entre sí, si alguno es mejor y otro peor, o unos adecuados para representar el pasado y otros no? La libertad que promete la herramienta metahistórica consiste en que ninguno de esos discursos tenga mayor valor que el otro, es decir, cae en el relativismo extremo, sin prever ningún papel definido ni decisivo para los hechos o los datos representados.

Hayden White, hemos visto, considera una gran ingenuidad el confundir discurso y realidad. Hoy en día lo sería, sin duda. Pero su modo de figurarse a estos ingenuos es, por su parte, bastante naif. El “ingenuo” que imagina White es alguien que “supone que los acontecimientos históricos consisten en –o manifiestan– cúmulos de relatos reales o vívidos que tienen tan sólo que ser descubiertos u obtenidos a

²⁴⁴ R. Doran en White, 2011: 30.

²⁴⁵ Doran en White, 2011: 31.

partir de las pistas y exhibidos ante el lector *para reconocer su verdad inmediata e intuitivamente*". Pero incluso entre quienes creemos que separar radicalmente lenguaje y realidad no es una gran solución a nuestras dudas e incertidumbres acerca de la historia, y entre quienes todavía confiamos en la empresa humana que busca siempre, de diversas maneras, conocer un poco más sobre lo ocurrido en el presente y en el pasado; entre este tipo de lectores difícilmente resulte aceptable una comprensión de los relatos históricos como simple *reconocimiento de una verdad de manera inmediata e intuitiva* por el solo hecho de haber sido exhibido en un relato llamado *historia*. El reconocimiento de alguna verdad en el relato sobre la historia nunca es inmediato ni intuitivo. La convicción es el resultado de una tarea paciente del historiador por cimentar en el lector una *fe histórica* que le permita vencer su distancia crítica y prestar asentimiento al relato propuesto. Esa fe histórica es la que, dice Carlo Ginzburg, "nos permite superar la incredulidad, alimentada por las objeciones recurrentes del escepticismo, atribuyendo a un pasado invisible, mediante una serie de oportunas operaciones, marcas trazadas en el papel o en el pergamino, monedas, fragmentos de estatuas corroídas por el tiempo, etc. (...) nos permite construir la verdad sobre esas ficciones, la historia verdadera sobre la ficticia"²⁴⁶.

A White, que escribe *sobre* historiadores (como La Mothe le Vayer) pero también *para* historiadores –y sobre todo para historiadores profesionales, que ya son parte del mercado académico–, esta experiencia del lector no especializado debió resultarle más ajena. A diferencia de los que pertenecen a la audiencia cautiva de las disciplinas académicas profesionales, que toman cada relato histórico como un nuevo ejercicio escolar, el lector no especializado –los "simples lectores" a los que La Mothe le Vayer ofrecía una fábula– lee las narrativas históricas sabiendo que contienen, como las de Heródoto, la indicación de un sentido, sabiendo que involucran diversos niveles de ficción, pero esperando que esas "oportunas operaciones" del historiador, las que hacen de su oficio una tarea que todavía interesa incluso fuera del margen acotado de la circulación universitaria, despierte su fe histórica y su inquietud por aproximarse a una (siempre perfectible) verdad.

²⁴⁶ Ginzburg, 2010: 131.

Capítulo cinco

1. La prehistoria de las narrativas periodísticas

El periodismo, la otra gran narrativa de sucesos reales, también tiene un comienzo histórico y su desarrollo comporta varios saltos en el tiempo. Cuando hablamos de periodismo solemos incluir en un mismo género muchas especies diversas: aviso, pieza noticiosa, crónica, nota de opinión, editorial, entrevista, dossier, perfil, y otras. En algunos momentos, varias de estas especies han coincidido en un mismo producto periodístico (en algunas publicaciones del siglo XIX y en los diarios actuales, por ejemplo); en otros casos, se ha dado una sola, o unas pocas. Por eso, al buscar los antecedentes de las narrativas periodísticas del presente nos encontramos con frecuencia alguna de estas especies aisladas. Los antecedentes son así un conjunto heterogéneo y disperso de especies, cuyos propósitos informativos coinciden parcialmente con alguno de los objetivos del periodismo contemporáneo.

El propósito de este capítulo es repasar algunos fenómenos informativos reconocidos como antecedentes de estas narrativas periodísticas, que tienen su culminación en los diarios de noticias. A ese repaso contribuye la indagación en otras narrativas que –aunque no figuren en los manuales de historia del periodismo– consideramos influencias decisivas en la institucionalización del género, y explicativas de diversas modalidades de combinación de realidad y ficción que hallamos en sus textos.

El más remoto antecedente del relato periodístico se encuentra en la antigua Roma republicana, en los *acta senatus*, escritos que reproducían las decisiones del Senado, que se copiaban y distribuían en las provincias, y en los *acta diurna*, que reunían decretos imperiales, noticias judiciales y otras de la vida pública, y también del ámbito privado (anuncios de nacimientos y fallecimientos, etc.). Los *acta diurna*, que siguieron emitiéndose en época imperial, por lo menos hasta el siglo IV dC.,²⁴⁷ se exponían a la vista del público y, al cabo de un tiempo, se levantaban para pasar a integrar archivos de pública consulta. Los *acta diurna* anticipan una vocación informativa básica del periodismo contemporáneo: el dar a conocer a una audiencia sucesos reales que pueden afectar su vida (decretos, judiciales, etc.) o que despiertan su interés o su curiosidad (casamientos, fallecimientos, etc.).

En cuanto a su arquitectura sintáctica, tienen un enorme parecido con los registros periodísticos en castellano, tal como ha mostrado Luis Hernando Cuadrado mediante el análisis de los *acta diurna* conservados; este parecido se puede ver:

²⁴⁷ Aulo Gelio, Plinio el Joven, Tácito, Cicerón, Suetonio, Séneca, Petronio y Quintiliano, dan testimonio de que los *acta diurna* son “el punto de referencia con el que calibrar la trascendencia social de los hechos que constantemente se producen”. Cf. Enzo Arcuri, 2002: 15.

en la estructura del título, en la relación del título y subtítulo, en la [organización de] noticia breve, en el abreviado por medio de siglas, el esquema sintagmático del enunciado sin verbo, el participio del pretérito perfecto con el auxiliar elidido, la oración simple, el empleo de números en lugar de palabras, la yuxtaposición, la coordinación copulativa o disyuntiva, la subordinación sustantiva, subordinación circunstancial de finalidad, el participio, en construcción conjunta o disjunta, la aposición explicativa²⁴⁸.

En su sintaxis, la información periodística básica no ha cambiado gran cosa desde época romana. En lo que hace a su forma de buscar y procesar la información, sí. Los *acta diurna* se parecen a la noticia periodística en su concisión, estilo directo y prescindencia de elementos ficcionales, pero se confeccionan sin periodistas: no hay quien tenga que salir a buscar la información, ya que toda la proveen las autoridades o los protagonistas del suceso, o sus allegados inmediatos.

A fines de la Edad Media, el noticiarismo manuscrito que se desarrolla en la Europa meridional constituye un antecedente bastante más directo de nuestro oficio de buscar y obtener información. En el siglo XII, con el auge de las ciudades, la aparición de una clase burguesa cada vez más influyente y dependiente del comercio reclama información específica. El noticiarismo, fuente del primitivo periodismo, surge *al margen de la cultura letrada*, impulsado por el pragmatismo burgués que convierte a las noticias en mercancía, en objetos de compra y venta. El *mercader de noticias* redacta información política y económica y la vende a comerciantes y banqueros que se desplazan por el Mediterráneo y la precisan para que sus negocios lleguen, literalmente, a buen puerto. Diversos noticieros y boletines manuscritos circulan entre las sedes centrales y periféricas de las compañías comerciales a fines del siglo XIV y en la primera mitad del siglo XV. La invención de Johannes Gutenberg de la imprenta de caracteres móviles, alrededor del año 1450, va a producir un *boom* editorial²⁴⁹, primero en Alemania y luego por toda Europa, que alcanza también al noticiarismo, en sus diversos soportes: gacetas, almanaques, cartas y diarios.

Las *gacetas* deben su nombre a la moneda veneciana con la que se pagaba la información. Dando un paso hacia el periodismo moderno, ellas incluían la fecha y el lugar de su procedencia: parte de su valor consistía en ser fuentes identificables dignas de confianza. Algunas de ellas llegaron a tener una aparición periódica regular. A diferencia de los *almanaques* que comerciantes y navegantes usaban ya en el siglo XII, y que contenían datos sobre objetivos comerciales de las ciudades del Mediterráneo e información meteorológica basada en predicciones astrológicas, las más modernas *cartas*

²⁴⁸ L. A. Hernando Cuadrado, 2007: *passim*

²⁴⁹ Algunas cifras del *boom*: en el siglo XV se publicaron entre 30 y 35 mil ediciones y unos 20 millones de ejemplares (la población europea era de 100 millones de habitantes); en el siglo XVI son 150-200 mil las ediciones con 200 millones de ejemplares (45 mil ediciones en Alemania, 26 mil en Inglaterra, 25 mil en París, 15 mil en Venecia, 13 mil en Lyon, 3.500 en Polonia); cf. C. Lombard, 1982: 112.

o *diarios* contenían informaciones periódicas del ámbito mundano, no celestial. Comerciantes y banqueros contrataban agentes que se desplazaban por las plazas de interés para sus negocios, en Europa y alrededor del Mediterráneo, y desde allí emitían la información relevante. Algunos de estos soportes, que circularon primero en forma manuscrita y después impresa, desarrollaron un tipo de literatura periodística cuyo espíritu, *grosso modo*, se conserva hasta hoy. Las cartas y diarios anticipan a nuestros diarios en la motivación comercial que lleva a sostener una empresa dedicada a la circulación de noticias y en la construcción estilística de las *noticias*: informaciones dirigidas inicialmente a lectores muy específicos y seguidas después por públicos más amplios en virtud del saber específico del autor en su ámbito de competencia.

A partir de 1492, el modelo de las *cartas* y *diarios* se multiplica, porque pasa a ser el tipo de comunicación más habitual entre las cortes (y luego los incipientes estados nacionales) y los marinos de ultramar que aquellas envían a la conquista del Nuevo Mundo. Tras la llegada de Colón a América, cuando las coronas europeas descubren el inmenso potencial económico-político de los viajes de circunnavegación, la necesidad de contar con información periódica sobre las alternativas de la conquista se vuelve prioridad. No se trata ya sólo del interés de algunos mercaderes sino del de gran parte de los reyes de Europa, con sus cortes, y con casi la totalidad de las fuerzas económicas ligadas a ellos. Ese tráfico de noticias e informaciones va a tomar como modelos comunicacionales los dos disponibles: las *cartas* del noticiarismo medieval y las *relaciones*, documentos elaborados en el ámbito diplomático que circulan profusamente por Europa desde las primeras décadas del siglo XV.

2. La diplomacia renacentista y el origen del periodismo

En su estudio ya clásico *Renaissance Diplomacy*²⁵⁰, Garrett Mattingly señala que en los siglos XIII y XIV la proliferación de enviados era habitual. No sólo los príncipes, las ciudades libres del imperio y los grandes nobles feudales, sino también los grandes mercaderes urbanos, las universidades e incluso algunos gremios de artesanos “hacían circular sus propios agentes cuasi diplomáticos, sin que nadie cuestionara su derecho a hacerlo, o le sonara raro que se aludiera a ellos como embajadores: *legati*”²⁵¹. Los hombres de negocios siempre habían tenido necesidad de noticias de las plazas que interesaban a su actividad, de *avvisi* de los países de donde provenían los productos que animaban su comercio. Pero a fines del siglo XV, se volvió imperativo “relacionar esas

²⁵⁰ Aunque citamos la reedición de 1988, *Renaissance Diplomacy* se publicó originalmente en 1955.

²⁵¹ Mattingly, 1988: 24.

antiguas costumbres, aquella mentalidad, la propia lengua de los mercantes, con la tarea de informadores que asumían ahora los representantes políticos”²⁵².

Incluso antes de que surgieran las embajadas residentes –“una invención italiana”²⁵³ que luego se esparció por todo el continente– los *legati* producían regularmente sus *legazioni*, relaciones, mediante las cuales mantenían informada a la respectiva sede o cancillería. Con la proliferación de enviados, se llegaron a formar nutridas redes de información y comunicación. Mattingly analiza la cantidad abrumadora de informes diplomático-comerciales que se confeccionan a fines del siglo XV (un célebre embajador veneciano llega a producir unos 472 despachos en doce meses) y afirma que esos informes generaban una “avidez de noticias e incluso de chismes”, algo que sin duda también se asocia con lo más propio del periodismo. Algunos líderes políticos y militares (*condottieri*) de los estados italianos entendieron rápidamente el valor de estos circuitos informativos y buscaron a la vez desarrollarlos y controlarlos. Isabella Lazzarini destaca el caso del duque de Milán, Francesco Sforza, “*signore di novelle* [señor de las noticias] por excelencia, obsesionado (...) por la idea de construir y mantener una red eficiente de agentes diplomáticos e informantes; el más consciente de un grupo de hombres que fundaban su éxito profesional y su supervivencia en la información”²⁵⁴.

El auge de la diplomacia renacentista multiplicó los tipos de textos en circulación: cartas, resúmenes, e informes, que incluían diferentes secciones, según la diversa calidad de las noticias a comunicar. También contribuyó a agilizar y mejorar los procedimientos para conseguir, procesar y enviar la información, en los tiempos siempre perentorios de la negociación política y la estrategia militar. Por otra parte, dado que quienes monopolizaban el uso y la producción de informes públicos, su registro y su archivo, eran “hombres que a menudo trabajaban en el corazón del proceso de toma de decisiones (...) y en la primera línea de la escritura histórica”²⁵⁵, la práctica de la escritura diplomática, con su mecánica diaria, terminó impulsando otras narrativas de sucesos reales: historiografía, literatura de viajes, memorias, descripciones geográficas, etnografía.

La disponibilidad de noticias e información estimuló a un nuevo grupo de hombres hacia la indagación diaria de los sucesos históricos y conductas humanas. Al incluir el incierto dominio de las prácticas de reporte diario y hábitos de escritura, el campo de las prácticas

²⁵² Cf. Corrado Vivanti, 2001: 23. El hecho de que en el origen de la diplomacia haya dos grandes centros comerciales como Venecia y Florencia, “en una edad en la que maduran algunas formas no perecederas de capitalismo mercantil”, nos recuerda –insiste Vivanti (ibid.)– cuán ligada está esta institución al impulso de “los hombres de negocios y de sus intereses”.

²⁵³ Mattingly, 1988; 10.

²⁵⁴ I. Lazzarini, 2015: 47.

²⁵⁵ Lazzarini, 2015: 59, quien suma a este grupo a hombres que estaban, “a veces, en la primera línea del pensamiento político”. Lazzarini no menciona, en este contexto, a Nicolás Maquiavelo; tomaremos su caso aquí, más adelante.

de escritura histórica se podía extender a la cada vez más frecuente adaptación y reelaboración de fuentes documentales con objetivos personales y públicos. Y de la mano del crecimiento masivo de los reportes escritos apareció una mayor atención social a la historia contemporánea²⁵⁶.

Aunque los manuales de historia del periodismo se desentienden por completo de este fenómeno, el impulso que da la práctica diplomática a la proliferación de narrativas de sucesos reales es notable. La influencia más inmediata y evidente se verifica en la historiografía. Todos los primeros ejemplos de *historias nacionales* –si se me permite la anacrónica denominación– de los diversos estados italianos fueron confeccionados por hombres que estaban a cargo de la diplomacia en esos estados. Es el caso del célebre humanista Leonardo Bruni, canciller en Florencia²⁵⁷ y autor de una *Historiae Florentini populi*, entre otros escritos que podríamos considerar de sucesos reales²⁵⁸. Es cierto que Bruni, como otros intelectuales contratados por las élites en el poder, elabora un tipo de narrativa histórica que no cuenta con un método crítico riguroso; su escritura tiende a seguir la *agenda* y las *ansiedades textuales* de la política coyuntural. Gary Ianziti, en su estudio sobre Bruni y la escritura de la historia, advierte que el célebre canciller florentino “no revolucionó la historia fijándola como una disciplina científica moderna”, sin embargo reconoce que –en lo que interesa particularmente a nuestra indagación– Bruni “puso en marcha un proceso de renovación que llevaría, más o menos directamente, en el siglo siguiente, a los avances de Maquiavelo y Guicciardini”²⁵⁹, dos autores que sin duda renuevan las narrativas de sucesos reales.

Maquiavelo, que entre 1498 y 1512 fue secretario de la cancillería de la efímera Florencia republicana, fue también autor de las *Istorie Fiorentine* en ocho libros²⁶⁰, y de diversos textos sobre sucesos reales. Desde los “retratos” de Francia y de la corte germana, o la *Descripción del modo en que el duque Valentino mató a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo, el señor Pagolo y el duque de Gravina Orsini* –todos textos directamente relacionados con sus comisiones diplomáticas–²⁶¹, a los perfiles biográficos,

²⁵⁶ Lazzarini, 2015: 59.

²⁵⁷ Leonardo Bruni (1370-1444) sucedió a Coluccio Salutati al frente de la cancillería florentina, entre 1410 y 1411, y volvió al cargo en 1427, hasta su muerte. También fue secretario apostólico de cuatro pontífices, en Roma, entre 1404 y 1414.

²⁵⁸ Además de la *Historia del pueblo florentino*, en doce libros, publicada en 1492, entre sus obras de sucesos reales figuran las biografías de Aristóteles, Cicerón, Dante y Petrarca, el *Comentario sobre la primera guerra púnica*, el *Comentario sobre la Grecia del siglo cuarto*, sus *Memorias* y la *Historia de las guerras góticas*.

²⁵⁹ G. Ianziti, 2012: 5-6.

²⁶⁰ Maquiavelo escribió las *Historias Florentinas* entre 1520 y 1525, por encargo de Julio de Médicis, futuro Papa Clemente VII, a quien las entregó en 1526. Se publicaron, como casi toda su obra, en forma póstuma, en 1532.

²⁶¹ A partir de su experiencia diplomática ante Maximiliano I de Habsburgo, Maquiavelo elabora tres textos: el *Rapporto delle cose della Magna*, compuesto en junio de 1508, apenas llegado a Florencia; el *Discorso*

como la *Vida de Castruccio Castracani*, sobre el *condottiere* que había gobernado Lucca a comienzos del siglo XIV, en el que realidad y ficción se combinan con mayor libertad²⁶². En el ámbito de los estudios sobre Maquiavelo, a estos textos se los conoce como sus *escritos políticos breves*; y si bien es cierto que fueron pensados –como casi todo lo que escribió el autor del *El príncipe*– para su uso político, pueden leerse también, y por eso nos interesan aquí, como narrativas de sucesos reales. Se inspiran en el ejercicio de la diplomacia pero exceden ese marco para constituirse en piezas autónomas, de circulación mucho más amplia. Son escritos que tienen su origen en el trabajo diplomático pero que después se reelaboran para abrirlos a nuevas audiencias, mucho más vastas que la implicada en el encargo inicial.

Los informes que Maquiavelo envía periódicamente a la cancillería florentina desde las señorías y cortes en las que está comisionado transmiten información política inmediata: las decisiones de duques y *condottieri*, los movimientos de tropas, la caída en desgracia de un ministro, la ruptura o el nacimiento de una alianza. Pero a esa información agrega –además de agudos perfiles de los hombres de acción, observaciones etnográficas o antropológicas– su interpretación de los hechos, sus inferencias sobre los efectos que podrían tener las noticias que está enviando, y opiniones. Maquiavelo reivindica plenamente el empleo de estrategias retóricas en la elaboración de los reportes diplomáticos: así queda de manifiesto en las instrucciones que transmite –ya en sus últimos años– a los jóvenes diplomáticos²⁶³, y también en el uso de estrategias literarias en sus propias *Legazioni*²⁶⁴. Pero a la vez insiste en que “las conjeturas deben estar rigurosamente separadas de los hechos, de modo que se debe en primer lugar transmitir el resumen de las tratativas en discusión, y sólo después abrirse a consideraciones de carácter interpretativo, aunque –prudentemente– no reivindicándolas como propias sino

sopra le cose della Magna e sopra l'Imperatore, escrito un año después; y el *Ritratto delle cose della Magna*, de 1522. En cuanto a la *Descrizione...*, su deuda con el material confeccionado durante su segunda *Legazione* ante César Borgia es ampliamente reconocida. Traté de mostrar en qué medida Maquiavelo anticipa aquí el subgénero de la crónica, típica del llamado nuevo periodismo, en Costa, 2013: 262-287.

²⁶² Leo Strauss mostró cómo en su biografía de Castruccio, Maquiavelo pone en boca del *condottiere* un total de treinta y cuatro dichos, y todos ellos están tomados de los que Diógenes Laercio atribuye a distintos pensadores de la Grecia antigua en su *Vida de los filósofos ilustres*. Maquiavelo cambia algunas referencias inconvenientes: “Cuando un filósofo antiguo habla de *los festivales de los dioses*, lo hace hablar a Castruccio de *los festivales de nuestro santo*. Mientras que cuando un antiguo dice *Querría morir como Sócrates*, le hace decir a Castruccio que *querría morir como el César*” (cf. L. Strauss, 1958: 224).

²⁶³ En la *Istruzione d'uno che vada imbasciadore in qualche luogo* (conocida en castellano como *Memorial a Raffaello Girolami*), de 1522, alecciona al joven secretario Raffaello Girolami (enviado a la corte del emperador Carlos V) sobre cómo comportarse y cómo confeccionar sus informes a la cancillería. Cf. Machiavelli, 2001: 657-9.

²⁶⁴ Por una carta de su colega Biagio Buonaccorsi, fechada el 21 de octubre de 1502 (mientras estaba en plena misión ante César Borgia), sabemos que Maquiavelo había mandado pedir a la cancillería que le enviaran las *Vidas* de Plutarco, cuyo rastro luego reencontramos en su propia escritura diplomática. Cf. Machiavelli, 2018: 2595.

atribuyéndoselas genéricamente a *personas bien informadas* sobre los hechos”²⁶⁵. En las instrucciones para Raffaello Girolami..., Maquiavelo escribe:

En lo que describas, habrá *cosas verdaderas, otras falsas pero verosímiles*; y te conviene con tu juicio sopesarlas; hay que atesorar las que tienen plena conformidad con la verdad y dejar de lado a las otras. (...) Y puesto que sería odioso poner en boca tuya tu propia opinión (*iudizio*), y dado que en las cartas hay que incluirla, discurre primero sobre las cuestiones que están en derredor, sobre los hombres que las llevan a cabo y los ánimos que los motivan, y luego di estas palabras: «Entonces, considerado todo lo que se ha escrito, aquí los hombres prudentes piensan que se van a producir tales y tales efectos...». Esta parte, bien hecha, le ha dado gran fama a muchos embajadores.²⁶⁶

Difícilmente encontremos en la historia de la literatura occidental una anticipación más patente de la ya viciada costumbre del periodismo moderno de remitir los propios juicios a “fuentes bien informadas”.

Por otra parte, en su práctica como enviado, Maquiavelo es muy claro al distinguir las propias apreciaciones, es decir, las que se basan en la información que él mismo logró obtener, del panorama más amplio –que eventualmente podría completar o modificar su propia visión– que aporta la perspectiva forjada por otros enviados a partir de sus propias indagaciones (información que, a la distancia, mientras escribe sus informes, Maquiavelo no puede conocer ni adivinar). Esta conciencia *que sólo una práctica de escritura periódica y de múltiples fuentes puede proveer* es patente en las *Legazioni*. Sobre todo en los informes de su segunda comisión ante César Borgia, entre octubre de 1502 y enero de 1503, aparece con notable frecuencia²⁶⁷.

²⁶⁵ Cf. F. Senatore, 2015.

²⁶⁶ Machiavelli, 2001: 657. El subrayado –que busca enfatizar la recurrencia de los tres tipos de relatos referidos por Sexto Empírico– es nuestro.

²⁶⁷ En las cartas enviadas durante su segunda comisión ante César Borgia –que concluirá después de que éste dé por terminada su disputa con los condottieri que se le habían rebelado con una cruenta matanza, en la víspera de año nuevo de 1502–, Maquiavelo debe persuadir a la cancillería florentina de la peligrosidad creciente de Borgia, en medio de un clima que parece ser adverso al militar. Sin embargo, Maquiavelo mantiene la sospecha de que el astuto hijo del Papa Alejandro VI está tejiendo un plan maestro. El 1 de noviembre, Maquiavelo escribe: “Sus Señorías (...) afirman que los auxilios que este Señor espera de Francia son pocos y atrasados, y por esta razón dudan de que este Señor, al encontrarse débil y con sus enemigos encima, vaya a llevar a cabo una reunión que resultaría desventajosa para él y sus vecinos. Yo creo que Sus Señorías tienen noticias [*avvissí*] fidedignas de Milán y de Francia, por la calidad de los hombres que están en cada uno de estos lugares. Pero les diré lo que entiendo yo desde aquí, ya que es mejor que Sus Señorías puedan comparar y evaluar las cosas para luego decidir acerca de ellas”. En otra carta, del 18 de diciembre, desde Cesena, Maquiavelo advierte que sus informaciones sobre movimientos de tropas de y hacia el norte son paradójicas. Escribe entonces: “Sus Señorías, que tendrán cotejos de otros lugares, podrán darse cuenta mejor de toda la situación; y aunque yo crea que sus Señorías ya deben tener a esta altura noticias de Lombardía, me pareció que debía despachar esto...”.

Así, el trabajo de enviado fuerza a reconocer ciertos límites al conocimiento de la realidad política: muchas veces, para poder entender el sentido cabal de los *hechos reales*, es preciso complementar la propia visión con la información de otros enviados. A la vez, esta labor agudiza la conciencia histórica, porque obliga a poner los propios datos en perspectiva, e impulsa a buscar mejores métodos de indagación y reunión de la información.

Quienes estudian la evolución de las narrativas diplomáticas e historiográficas del siglo XVI encuentran mejor ilustrados estos avances en la obra del diplomático e historiador Francesco Guicciaradini²⁶⁸, con quien Maquiavelo mantiene una muy fecunda amistad epistolar, poblada de conversaciones de papel sobre política, historia, diplomacia y también sobre la escritura. Nicolai Rubinstein, editor de los escritos de Guicciaradini, afirma que lo que lo distingue “de otros historiadores” es la comprensión del contexto histórico. Desde la temprana elaboración de las *Storie fiorentine*, a los 26 años, el joven Guicciaradini “ya reconocía sin duda el significado de la perspectiva histórica; los mismos hechos adquieren un peso diferente en diversos contextos, lo que exigía un sentido de la proporción”²⁶⁹.

En lo que interesa a nuestro trabajo, intentamos poner de relieve que la diplomacia renacentista no solamente impulsa la construcción de “una red comunicativa para la circulación de la información en el contexto de un lenguaje político común y compartido”²⁷⁰. Ella también impulsa una nueva forma concebir y escribir relatos de sucesos reales. A ellos aporta una clara conciencia de la perspectiva y también las urgencias de su elaboración periódica. Se forjan rutinas de búsqueda, procesamiento, elaboración, circulación y archivo de la información. Se confeccionan memoriales e instrucciones tendientes a facilitar el acceso a las fuentes, a discriminar en las narrativas diversos géneros y subgéneros. Las rutinas de las misiones diplomáticas son decisivas en la formación de este nuevo tipo de escritura, porque el enviado tiene la obligación de transmitir reportes periódicos a su cancillería o sede; y lo que es más importante: debe escribir diariamente, o al menos muy seguido²⁷¹, y enviar sus reportes *pase algo o no*,

²⁶⁸ Guicciaradini, casi catorce años menor que Maquiavelo, tiene una destacadísima carrera diplomática y política, y sus escritos históricos –inspirados también por la tarea como delegado o mandatario y publicadas en forma póstuma– recorren toda su vida, de las juveniles *Storie fiorentine* (1509), a *Le cose fiorentine* (1528–1531), una segunda “historia” de la ciudad, y finalmente la *Storia d'Italia* (1537–1540), a la que Félix Gilbert (1985: 142) consideraba “un caso aparte del resto de sus escritos” por estar claramente pensado “no para sí mismo sino para el público”.

²⁶⁹ N. Rubinstein, 1953.

²⁷⁰ I. Lazzarini et. al., 2015: 115.

²⁷¹ En las *Legazioni* se ve que la cancillería presiona a Maquiavelo para que escriba más seguido. Véanse, por ejemplo, la carta de Biagio Buonaccorsi del 4 de diciembre de 1503, en la que advierte a Maquiavelo que encumbrados florentinos protestan por su demora en escribir (cf. Machiavelli, 2018: 2648); también la respuesta del secretario a una exigencia de la cancillería, del 30 de octubre de 1502, en la que consigna, con

tenga él o no la información requerida. Esta situación –tan reconocible entre quienes escriben periodismo y entre quienes leen periodismo, que lleva a la multiplicación de datos banales, reflexiones laterales, generalizaciones injustificadas y todo tipo de atajos retóricos en el texto– sólo es posible cuando existen tres factores, y los tres confluyen en la diplomacia renacentista. En primer lugar, una sede que financie los envíos y a cambio reclame información periódica o incluso diaria (característico de las narrativas periodísticas es ir escribiendo a medida que la noticia se sigue desplegando en la *realidad*, ajena a e independiente de los ritmos de cierre). En segundo lugar, enviados dispuestos a cumplir con el encargo que deben afrontar la difícil tarea de conseguir información que casi nunca está abiertamente disponible y que, cuando se alcanza, ocurre al cabo de varios intentos. Finalmente, un cierre, un *deadline* cotidiano, dictado por las urgencias de la vida social y política. Esta forma de escribir contrarreloj traerá aparejados también efectos lingüísticos, como la mezcla “del latín del léxico cancilleresco con el vulgar”²⁷². Al igual que el moderno periodismo, la escritura diplomática renacentista combina diversos registros léxicos, ya que en busca de la precisión transcribe diálogos y dichos de *condottieri* o mandatarios de estados extranjeros, quienes por lo general no se atienen a los protocolos y al arte de la conversación que cultivaban los grandes humanistas del Quattrocento italiano.

En los casos que estuvimos considerando en este apartado, el saber relativo al *deadline* cotidiano –que hoy constituye una de las distancias más visibles entre la escritura de sucesos reales en ámbito periodístico y académico– lo dicta la situación política apremiante de los estados italianos: prósperas ciudades, acostumbradas a las rencillas entre señorías vecinas, pero acechadas ahora –desde fines del siglo XV– por las grandes coronas europeas: reyes y emperadores de España, Francia, Alemania, que se van apoderando de vastos territorios. Pero a esa información conseguida al calor del cierre la gestionan y consumen exclusivamente las élites políticas, quienes están en el poder. No es información compartida con amplias audiencias. Hemos visto que, buscando esa amplitud mayor algunos grandes diplomáticos comienzan a expandir su escritura más allá de las *legazioni*, en otros tipos de relatos de sucesos reales. Ahora veremos que la realidad, ajena a e independiente de las rutinas de la escritura, va a proveer un motivo de interés más vasto, que también va contribuir al desarrollo de las narrativas periodísticas.

3. Usos de la ficción en las crónicas del Nuevo Mundo

En época medieval, los viajes desde Europa hacia Oriente (la India y la China) habían inspirado una vasta literatura, poblada de informaciones y sobre todo narraciones

fastidio, haber escrito sus noticias “los días 7, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 20, 23, 27, y ésta que corresponde a los días 29 y 30” (cf. Machiavelli, 2018: 1213).

²⁷² Lucio Biasiori hace coincidir esta “mezcla” a la “comunicación sujeta al tiempo brevísimo de los acontecimientos” y encuentra su huella también en *El príncipe*. Cf. Biasiori en Machiavelli, 2018: 1140.

fantásticas, que sin embargo nunca sugirieron la idea de un Nuevo Mundo, que sí nació con los viajes hacia Occidente, inaugurados por Cristóbal Colón en 1492. Primero la llegada de Colón a América (1492), luego la identificación de ese territorio como otro continente, un Nuevo Mundo, el “descubrimiento intelectual” atribuido a Américo Vespucio (1503), y finalmente el reconocimiento de su situación geográfica por Fernando de Magallanes (1519), produjeron cambios de toda índole: filosóficos, teológicos, científicos, políticos y económicos²⁷³. Aquí me interesan fundamentalmente los cambios en materia de producción y difusión de narrativas de sucesos reales. La novedad de América despertó una enorme avidez por conocer. Se escribieron formidables cantidades de cartas, crónicas y diarios; y circularon profusamente –en latín y traducidas a diversas lenguas romances– gracias a la difusión que les daba la imprenta. La literatura de sucesos reales llegó a ser un *boom* editorial, que también favoreció la proliferación de apócrifos.

Desde el punto de vista de su género literario, las primeras narrativas que llegaron desde América resultaban un híbrido que se inspiraba en las crónicas medievales –mezcla de historia y ficción novelesca, de lo fabuloso con lo cotidiano, acerca personajes reales como Fernán González o el Cid– y también en las cartas y relaciones propias del noticiarismo mercantil y de la diplomacia. Los primeros documentos que circularon en Europa fueron cartas, ya que el *Diario de abordo* que Colón escribió durante su primera travesía recién se publicó recién en el siglo XIX²⁷⁴. El primer testimonio conocido en Europa acerca del primer viaje de Colón fue la *Carta de Cristóbal Colón a Luis de Santángel*. Escrita en castellano, fechada en febrero e impresa en abril de 1493 en Barcelona, estaba dirigida al escribano de Ración de la Corona de Aragón, que al parecer había intercedido a favor del marino ante los Reyes Católicos. La *Carta* describía las islas con las que se habían encontrado, Cuba y La Española, y las costumbres de sus habitantes. Estaban llenas de exageraciones fantasiosas sobre el tamaño de las islas, sus riquezas y la apariencia y conducta de sus habitantes²⁷⁵. Diversos aspectos relativos a la autenticidad

²⁷³ Las descripciones de América trajeron consigo el resquebrajamiento de la cosmovisión medieval; la idea de un círculo terráqueo formado por partes iguales de tierra (en cuyo centro está Jerusalén) y mar (inexplorado, en cuyo vértice antiguo a Jerusalén, se encuentra el Purgatorio, según la ilustración de Dante Alighieri). América propició la ruptura con la concepción metafísica subyacente, que suponía una esencial heterogeneidad entre entidades terrestres sublunares y entidades celestes supralunares, dando así lugar a la revolución científica de Copérnico, Kepler y Galileo. América resquebrajó la concepción de lo humano como exclusivamente europeo mediterráneo y judeocristiano. Finalmente, los efectos políticos y económicos de la colonización de América favorecieron el proceso más amplio en el que se inscribe el surgimiento de los Estados nacionales.

²⁷⁴ En rigor, al *Diario de abordo* lo conocemos fragmentariamente, es decir: a través de la transcripción resumida que hizo de él fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, escrita en el siglo XVI pero recuperada en 1790 y publicada entre 1875 y 1876. Cf. Henige, 1994: 141-142 y Dunn-Kelly, 1991.

²⁷⁵ La Carta de Colón a Santángel, “particularmente la versión latina, daba una percepción falsificada de los territorios recién descubiertos”; cf. C. H. Clough, 1994: 299.

de la *Carta* se han discutido en las últimas cinco décadas²⁷⁶; hoy en día se la considera, más bien, una operación de propaganda, “una de las primeras manipulaciones mediáticas a gran escala”, facilitada por la imprenta. Pero lo que interesa a nuestro tema es la frenética difusión que tuvo. Una traducción al latín se publicó en Roma apenas un mes más tarde. En los doce meses que siguieron se confeccionaron otras ocho ediciones de la versión latina: dos en Basilea, tres en París, otras dos en Roma y otra en Amberes. En junio de 1493 ya había una traducción italiana, versificada, que tuvo varias ediciones entre 1493 y 1494. En 1497 apareció la traducción alemana. Se calcula que hacia el fin del siglo se habían editado tres mil copias de la *Carta a Santángel*²⁷⁷. Nunca se había dado una difusión tan rápida y universal de una noticia.

En los años siguientes, un éxito igual o mayor obtuvieron las cartas atribuidas (posiblemente de forma apócrifa, como en el caso anterior) a Américo Vespucio. La *Carta de Cabo Verde* (1501), la *Carta de Lisboa* (1502) y la *Carta Mundus Novus* (1503) daban cuenta de tres diferentes viajes del marino florentino. La segunda de estas cartas fue “el documento de mayor resonancia que se publicó por la imprenta en la primera mitad del siglo XVI”²⁷⁸. La *Carta de Colón a Santángel*, que en diez años se había publicado en diez ciudades europeas, “fue superada por esta”, atribuida a Vespucio²⁷⁹. En la tercera de ellas, *Mundus Novus*, se daba cuenta del sentido radicalmente novedoso de los viajes: refiriéndose a las costas del norte del Brasil, Vespucio –o el ignoto autor cercano a la expedición y que toma su nombre– sostiene que se trata de tierra firme continental, no de islas. También afirma que constituyen un territorio “más densamente poblado (...) que nuestra Europa o Asia o África”, por lo que se lo debería llamar *Novum Mundum*.

La revelación del Mundo Nuevo, o de la Cuarta Parte –como se llamó al continente americano en algunos de los primeros mapas²⁸⁰–, multiplicaba el interés en las noticias sobre lo desconocido. Pero los primeros relatos sobre esto desconocido se forjan sobre los moldes de lo conocido. Las descripciones que hace Colón del paisaje que tiene ante la vista “responde mucho más a los cánones y tópicos de la literatura renacentista o medieval que a la realidad americana”; las playas centroamericanas son para él como las primaveras eternas que había referido Dante en el *Paraíso*, pobladas por salvajes

²⁷⁶ Margarita Zamora, especialista en la transmisión de los documentos de Colón, advierte que la carta a Santángel “fue por lo menos revisada de manera sustancial, si no compuesta enteramente por alguna otra persona, diferente de Colón”. Cf. Zamora, 1993: 6.

²⁷⁷ Las cifras del *boom* las refiere C. H. Clough, 1994: 299. La carta del segundo viaje, de 1495, y la de 1505, del cuarto viaje, no superaron en cambio las doscientas copias. Como veremos, otro *best-seller* de la literatura de sucesos reales les quitó protagonismo.

²⁷⁸ G. Arciniegas, 1995: 19.

²⁷⁹ Arciniegas, 1995: 20-21.

²⁸⁰ El nombre de América se iba a generalizar a partir de 1507, cuando ya figura en el mapa que confecciona Martin Waldseemüller para la *Cosmographie Introductio* (San Die, Lorena); cf. Rojas Mix, 1992:24.

“deseosos de ser cristianizados”²⁸¹ y también de monstruos legendarios. Esta tendencia a la idealización, una “fascinación por lo maravilloso que se se extenderá a lo largo de todo el proceso de conquista”, permanece viva en el siglo XVI²⁸² y más allá. Incluso documentos más vastos y complejos, como la *Historia de Indias*, de Bartolomé de las Casas, y la *Vida del Almirante*, de Hernando Colón, contienen todavía narraciones inspiradas en el mito platónico de la Atlántida²⁸³. Sin embargo, la expectativa con la que esas narrativas se leen es la de una revelación completamente nueva; algo de lo que, en principio, sólo pueden dar cuenta navegantes, conquistadores, evangelizadores que son testigos u observadores directos. Al interés por estos relatos se suma su inmenso valor comercial. Al menos desde 1588, los *libros de noticias*, que reúnen materiales de sucesos reales, se venden en la Feria de Frankfurt²⁸⁴: ellos serán también un primer mercado comercial unificado para los primeros textos periodísticos. Pero este interés comercial, como veremos, lleva a extender la competencia narrativa más allá de testigos y observadores directos, hacia nuevos voceros: no sólo los apócrifos, que circulan desde el comienzo de la aventura de ultramar, sino también los que toman las experiencias referidas por otros y tejen a partir de ellas otras narrativas de sucesos reales. A mitad de camino entre la historia y la crónica, esta primera versión del *refrito* periodístico²⁸⁵ provoca –ahora veremos– una disputa por la autenticidad testimonial.

En cuanto al contenido y al peculiar modo de combinar ficción y realidad que se da en los relatos de sucesos reales llegados desde América entre fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI, podemos identificar –siguiendo una comparación que establece Beatriz Pastor– dos líneas muy diferentes en dos narrativas separadas por muy pocos años. Una es la escritura propia de los diarios y cartas de Colón, en las que informa sobre las nuevas tierras y lo que existe en ellas; otra muy diversa son las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, que informan sobre la conquista de México. Pastor pone de relieve cómo en las narraciones de Cortés están ausentes los elementos fantásticos de las primeras descripciones que había hecho Colón. En su propia caracterización como líder militar, jefe previsor, guerrero valeroso, táctico y estratégico, Cortés elude los tópicos del héroe caballeresco, tomados de las novelas de su tiempo. Obviamente, en la construcción de su propia figura, Cortés no deja de incluir elementos ficcionales, pero las raíces de esa ficción “no están nunca en el terreno de lo fantástico ni en los modelos literarios preexistentes

²⁸¹ Las citas son de José Gaos, 1972: 129 y ss. Véase al respecto la abundante documentación gráfica reunida por Miguel Rojas Mix, 1992.

²⁸² Cf. Beatriz Pastor, 2008: 117; y también B. Pastor, 1988: 26.

²⁸³ Sobre el debate antiguo y tardoantiguo acerca del carácter ficticio de la Atlántida platónica, cf. J.-F. Pradeau, 1997. Sobre las discusiones en los siglos XVI y XVII, cf. Rojas Mix, 1992, 14-15.

²⁸⁴ Cf. Arcuri, 2002: 16.

²⁸⁵ En la jerga de las redacciones, el *refrito* es un texto de segunda mano, producido con materiales ya publicados y conocidos, propios o ajenos, cuya remozada presentación permite volver a ponerlo en circulación.

sino en el modelo del análisis racional de la realidad objetiva”²⁸⁶. En el relato de Colón, la representación de la realidad americana se elabora buscando la identificación “con un modelo imaginario preexistente”; en cambio Cortés busca crear en sus cartas un héroe que combina el imaginario medieval con el nuevo héroe renacentista, que usa la razón como guía y fuente de conocimiento:

Ideológicamente, la caracterización ficcional del personaje de Cortés aparece anclada en la convergencia de la concepción del mundo medieval con la renacentista (...). La concepción medieval se manifiesta en un código de representación feudal que se concreta en dos aspectos fundamentales de la transformación de Cortés en modelo: el de vasallo y el de cristiano; ambos estrechamente ligados con la necesidad mostrar la lealtad de Cortés ante la Corona y legitimar su trayectoria con el aval divino. La concepción renacentista, por otra parte, se expresa en la selección misma de los rasgos que caracterizan a Cortés como el jefe excepcional que exige su proyecto de conquista de México (...) que revela implícitamente una filosofía política que elige la razón como instrumento privilegiado de conocimiento y que afirma que el fin justifica los medios.²⁸⁷

Desde una perspectiva pragmática, es decir: en cuanto a su valor de uso, la *Carta de relación* está a mitad de camino entre la epístola y el documento legal: en tanto carta, narra e informa sobre aspectos múltiples de la realidad, incluye reflexiones e interpretaciones; en tanto documento legal “se compromete implícitamente con la veracidad de lo narrado”²⁸⁸. Cortés hace un uso consciente de este doble carácter de su narrativa, con un objetivo claro: cimentar su poder dentro de la jerarquía de la conquista. En este marco, lleva a cabo dos tipos de “ficcionalización”: por un lado relata una ficción sobre la conquista (mediante la selección y transformación de los *hechos reales* que narra a los reyes), y por otro lado elabora una ficción sobre sí mismo, construyendo un personaje a la medida de las propias aspiraciones y las de la Corona. La insistencia con la que Cortés emplea el adjetivo “verdadero” para calificar sus dichos en sus *Cartas de relación* parece orientada a persuadir a los que leen a la distancia. Pero el carácter retórico de esta calificación salta a la vista cuando se contrastan los dichos “verdaderos” de Cortés con los que relatan sobre el mismo hecho otros testigos y cronistas.

4. La disputa por la verdad de los hechos: testigos y narradores

A medida que las narrativas de sucesos reales que provienen del Nuevo Mundo se revelan como productos que interesan más allá de la primordial función legal y política con la que habían sido concebidas, a medida que se hace evidente su valor comercial, la

²⁸⁶ Pastor, 2008: 163.

²⁸⁷ Pastor, 2008: 160-161.

²⁸⁸ Pastor, 2008: 126, y todo el capítulo dos, cuya línea interpretativa seguimos en estos párrafos.

producción de estos escritos se multiplica. Pero la cantidad disponible de testigos u observadores capaces de escribir memoriales, diarios o cartas dignos de imprimirse para su puesta en circulación no se multiplica a ritmo parejo. Surgen entonces autores que recopilan relatos de fuentes diversas, las editan adaptando su contenido al gusto del consumidor de historias, y las echan a rodar en el circuito editorial con enorme éxito. Ejemplo patente de este último caso es la *Historia de la conquista de México*, elaborada por el fraile Francisco López de Gómara, continuación de su *Historia de las Indias*. Ambas piezas fueron publicadas en Zaragoza en 1552, y reeditadas en Medina del Campo en un solo volumen en 1553; tuvieron otra edición en Amberes y se tradujeron al italiano, francés e inglés²⁸⁹.

Narrativas como las de Gómara dieron lugar, en el siglo XVI, a una interesante polémica sobre la verdad de los sucesos reales con los que se contaba la conquista de América a los europeos. Por un lado estaban quienes reivindicaban haber sido testigos presenciales de hechos y acciones conocidas así de primera mano. Por el otro, el mero recopilador de relatos diversos que no fue protagonista ni testigo ni observador de los hechos narrados. En el primer grupo estaban el célebre dominico Bartolomé de las Casas (autor de una veintena de obras políticas, legales, filosóficas e históricas sobre la conquista²⁹⁰) y Bernal Díaz del Castillo (autor de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*²⁹¹), quienes polemizan con un miembro del segundo grupo, Francisco López de Gómara, autor de “muchas y grandes falsedades como hombre que ni vido ni oyó cosa de ella”²⁹².

Es cierto que las motivaciones para la crítica a López de Gómara no son exclusivamente historiográficas. Bartolomé de Las Casas, protagonista de una dura polémica sobre la dignidad humana de los habitantes de América con Ginés de Sepúlveda (quien proclamaba la “esclavitud natural” de los indios), encuentra en esa falta de compromiso con los hechos reales una mera alianza con el exterminio de Cortés. Para Las Casas, la falsificación de los hechos reales no comporta sólo vicios historiográficos sino también un problema ético. La crítica de Bernal Díaz del Castillo a los recopiladores

²⁸⁹ Prohibidas por Felipe II en 1553 y retiradas de circulación, se sabe que fueron leídas y utilizadas por Bernal Díaz del Castillo y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, y traducidas tempranamente al náhuatl por Domingo de San Antón Muñón Chimalpain. Cf. V. Añón, 2012: 77.

²⁹⁰ Entre las múltiples obras de carácter histórico de Bartolomé de Las Casas figuran una *Historia de Indias* (de 1517) y la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552). Comenzó a trabajar en una monumental *Historia de las Indias* en 1527; la entregó en 1559, y fue publicada finalmente, en cinco tomos, en 1875.

²⁹¹ Bernal Díaz del Castillo, que había sido soldado en tres expediciones durante la conquista de México (las de Francisco Hernández de Córdoba, Juan de Grijalva y Hernán Cortés), y llegó a ser regidor de Guatemala, escribió allí, entre 1552 y 1570, su versión de la conquista, que envió manuscrita a España en 1575. La obra fue consultada por diversos cronistas hasta que, rescatada en el siglo XVII, se publicó como *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, recién en 1632.

²⁹² B. de Las Casas, *Historia de las Indias* vol. II, 239 y 449.

apunta, en cambio, a la diferencia que existe entre la falsedad de estos y la verdad del testimonio de primera mano. Al comienzo de la *Historia verdadera...*, dirigiéndose a sus lectores, afirma:

Yo, Bernal Díaz del Castillo, regidor desta ciudad de Guatemala, autor desta muy *verdadera y clara Historia*, la acabé de sacar a la luz, que es desde el descubrimiento y todas las conquistas de la Nueva España (...).

En la qual Historia hallarán cosas muy notables, e dignas de saber. E también van declarados los borroneos, e cosas escritas viciosas, en un libro de Francisco López de Gómara. (...) Y demás desto, desde mi Historia se vea, dará fe, e claridad dello. (...)

Y a esta causa digo, e afirmo, que lo que en este libro se contienen, *va muy verdadero, que como testigo de vista me hallé en todas las batallas e rencuentros de Guerra*²⁹³.

Frente a las “cosas escritas viciosas” de Gómara, Bernal insiste en que la suya es una historia “verdadera y clara”, capaz de “sacar a la luz” lo que otros escribieron como “borrones”. Acusa a sus “oponentes” de esgrimir “razones hermoeadas”, una “retórica muy subida” o de “usar lisonjas y palabras viciosas”²⁹⁴. Él, en cambio, carece de “latines” – dice– y de maquillaje retórico, pero reivindica la calidad diferencial de lo “visto y lo vivido”. El testigo “confiere al relato un valor agregado”²⁹⁵ que los recopiladores no podrían ofrecer. La distancia que pone Bernal respecto de un relato como el de Gómara no tiene que ver con una impugnación de los divulgadores y las audiencias masivas en beneficio de una historia más profesional dirigida a una élite de entendidos. En su prólogo, Bernal se refiere a su audiencia como los “curiosos lectores” (y el sintagma “se reitera con algunas variantes al menos treinta veces en el texto”²⁹⁶). Su punto es que el testimonio directo es garantía de verdad, de claridad y de que “aya fama memorable de nuestras conquistas”²⁹⁷.

Por su parte, López de Gómara, luego de la dedicatoria y *laudatio* al emperador, se dirige “A los leientes”. La multiplicación y diversificación de las audiencias es ya un

²⁹³ Díaz del Castillo, 2005: 1-2 (el subrayado es mío).

²⁹⁴ Algunas de las diatribas de Bernal contra López de Gómara: “E otra cosa veo: que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone es muy al revés, por más buena retórica que en el escribir ponga” (Díaz del Castillo, 2005: XLII-106). “Esto es lo que pasó, y no la relación que sobre esto dieron al Gómara” (2005: XXXVII-92). “Dejemos al Gómara y a su mala relación” (2005: XLII-107). “Y de esta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otras, como lo escribe el cronista Gómara; y no me maravillo pues lo que dice es por nuevas” (2005: XXIX-80).

²⁹⁵ Añón, 2012: 88.

²⁹⁶ Añón, 2012: 87.

²⁹⁷ Díaz del Castillo, 2005: 1-5.

fenómeno reconocible, y Gómara parece encarar su tarea como una mezcla –que Aristóteles habría juzgado implausible²⁹⁸– de poeta e historiador. Así comienza su escrito:

Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita. (...) Por ende no hay que recomendar la nuestra, sino avisar cómo es tan apacible cuanto nuevo por la variedad de cosas, y tan notable como deleitosa por sus muchas extrañezas. (...) El romance que lleva es llano y cual agora usan, la orden concertada e igual, los capítulos cortos por ahorrar palabras, las sentencias claras aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan. (...) Si algún error o falta hubiere, suplido vos por cortesía, y si aspereza o blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia; que os certifico no ser por malicia.²⁹⁹

El autor de la *Historia de la Conquista de México* quiere deleitar a sus *leientes* con relatos fabulosos, insertos en una trama sencilla, y contándolos con una sintaxis simplificada, acorde con los tiempos que corren. Pero a la vez quiere decirles *lo que ocurrió* según las “reglas de la historia”. Gómara no se detiene a especificar cuáles son esas reglas ni qué importancia ellas le conceden a la distinción entre verdad, falsedad y verosimilitud (o carácter ficcional) de los relatos. Atendiendo al deleite, se concentra en la dimensión artesanal de su trabajo. Pero ¿cuál es su trabajo? Para los analistas contemporáneos, ya sea que tomen el punto de vista de la historia académica o de la narratología, su labor consiste en entretener “las voces de los otros –dispersas, periféricas, inscriptas en distintos soportes– hasta construir una trama que le confiera sentido a la conquista de la Indias”³⁰⁰. Gómara exhibe la “enorme capacidad por parte del cronista de asimilación en diferentes dominios, tanto de las *artes historiae* de la Europa erudita renacentista como del saber moderno que el cronista integra con cierta independencia intelectual y no poco humor”³⁰¹.

Que la cuestión de la verdad de la narración no sea relevante en los análisis actuales, sumidos en “el atractivo de las ideologías escépticas”³⁰², es comprensible. Justamente el escepticismo posmoderno, el nuevo pirronismo histórico, busca “difuminar la frontera entre narraciones de ficción y narraciones históricas, *en nombre del elemento constructivo que las pone en pie de igualdad*”³⁰³. Y así, los académicos contemporáneos tienden a ver el reclamo del testigo u observador directo como un simple “modo de autorización de la verdad de lo narrado”, en el marco de una competencia pareja entre “diferentes concepciones de la escritura”. Pero en el siglo XVI, Las Casas y Bernal Díaz del

²⁹⁸ Cf. Aristóteles, *Poética* 9 1451b1 y ss., y el análisis en el cuarto apartado de nuestro capítulo dos, “Aristóteles y la verosimilitud de las ficciones”.

²⁹⁹ Gómara, 1988: 3-4.

³⁰⁰ Añón, 2012: 80.

³⁰¹ L. Bénat-Tachot, 1999: 79.

³⁰² La expresión es de C. Ginzburg, 2007: 12.

³⁰³ Ginzburg, 2010 (el subrayado es mío.)

Castillo todavía reclaman *la verdad de los hechos*, tanto por la dimensión cognitiva que ella comporta (hay que paliar los “borrones” y “cosas escritas viciosas”) como por su dimensión ética (la falsificación de Gómara implica, para Las Casas, su adhesión a una empresa aniquiladora). Esa verdad de los *hechos reales* que reclama el testimonialismo del siglo XVI no llega por la donación de una luz divina, ni por una intuición intelectual, pero tampoco es el resultado de un *patchwork* confeccionado con retazos dispersos encontrados por ahí. Esa verdad encuentra su fundamento en “lo visto y lo vivido”; precisa de una experiencia humana que le sirva de soporte. Trazando una analogía con las narrativas periodísticas: precisa que uno haya estado en el lugar de los hechos, y haya observado, indagado, antes de escribir. Eso es lo que Gómara no hace cuando da forma a los relatos ajenos. Bernal lo dice con claridad: “Todo lo qu’escrive es como quien va a bodas y lo hallávamos hecho”³⁰⁴.

5. La irrupción de los diarios

La importancia cultural que tuvo la invención de la imprenta de caracteres móviles, a mediados del siglo XV, difícilmente pueda ser exagerada. Promovió la alfabetización y la difusión de la cultura, favoreció el nacimiento de las literaturas nacionales y estimuló la lectura silenciosa y gozosa de los textos. Y en el plano educativo, contribuyó a delimitar los saberes y a secuenciar los procesos de aprendizaje, fomentando el crecimiento de las disciplinas técnicas. En la sociedad tipográfica –la que se desenvuelve del siglo XV al XX– crecieron los oficios ligados a la impresión y edición; surgió un intenso comercio de libros y, con él, la noción de autor y la propiedad intelectual, entre otros fenómenos afines. Las ciencias tuvieron un enorme impulso, así como la difusión de los saberes y de las ideas. Más específico de nuestro tema: con la imprenta nacieron los diarios (y ligados a ellos, los sistemas de medios y la *opinión pública*). La divulgación de noticias e ideas hizo que diversos fenómenos sociales y políticos se amplificaran. Libros, diarios, revistas llegaron a ser un espacio virtual de encuentro, de debate crítico sobre temáticas de interés público. Nació también la censura, como reacción de la autoridad a las potenciales amenazas al orden constituido. Y la disputa por la libertad de prensa.

Otro invento del siglo XV, el método xilográfico –impresión tipográfica hecha con planchas de madera grabadas, con las que se fabricaban barajas e imágenes votivas– dio lugar a “una verdadera industria de manifiestos satíricos, boletines comerciales y calendarios”³⁰⁵. Su éxito llevó a la invención de libretas xilográficas, que combinaban texto e imagen, más proclives a los temas religiosos, morales y, en general, más populares. Aunque la xilografía era cara y compleja de manipular, su importancia es análoga a la de la imprenta de tipos móviles. En *Prints and visual communication*, William Ivins explica:

³⁰⁴ Díaz del Castillo, 2005: LXVI-162.

³⁰⁵ Cf. M. Ferrigni, 1939: 65 y también N. Castagni, 1982: 73.

A pesar de que todas las historias de la civilización europea dan mucha importancia a la invención de los métodos de impresión de las palabras con tipos móviles, habitualmente ignoran la invención, poco antes, de la imprenta de figuras y esquemas. Un libro, en la medida en que contiene un texto, es un contenedor de símbolos verbales exactamente repetibles, dispuestos en un orden exactamente repetible. La humanidad usó estos contenedores por lo menos durante cinco mil años. Se puede argumentar que la invención de la imprenta no fue más que un modo nuevo de hacer de forma más económica cosas muy viejas y conocidas (...), en cambio la imprenta de imágenes significó la creación de algo completamente nuevo: hizo posible enunciados pictóricos que se podían repetir con exactitud en toda la extensión de la superficie que se iba a imprimir. Esta repetición exacta de enunciados pictóricos tuvo efectos incalculables sobre el saber y sobre la ciencia, sobre el pensamiento y sobre todo tipo de tecnologías.³⁰⁶

En un mundo cuyos contenidos informativos se volvieron cada vez más dependiente de las imágenes, la tecnología xilográfica propuso un salto significativo que no deberíamos menospreciar.

Ahora, dada la cantidad de intentos tendientes a fijar la expresión de datos y pensamientos a través de la imprenta resulta imposible encontrar una fecha única y definitiva del nacimiento del diario: un texto narrativo peculiar, que reúne diferentes géneros en su interior. Su antecedente inmediato, como se dijo, son los *libros de noticias* (culminación del fenómeno del noticiarismo manuscrito del siglo XV), que comenzaron a producirse por iniciativa de editores e impresores. El libro de noticias más antiguo es *The treve encountre*: la crónica de un hecho de armas, resumida en doce páginas e impresa en Londres en 1513. Pero habida cuenta de su éxito comercial, los libros de noticias se fueron convirtiendo en hojas con variedad de contenidos³⁰⁷. Enzo Arcuri identifica como primer ejemplo al periódico semestral que, hacia 1588, realizaba Michael von Aitzing, un hombre que viajaba por los Países Bajos, Francia, Italia, y contaba las luchas religiosas vistas desde Colonia, donde se había asentado en 1583. Von Aitzing llamaba a su periódico *Messerelationem* (de Messe = feria) porque su aparición coincidía con la Feria de Frankfurt. La portada llevaba el título *Nova historica relatio*. En 1597, en Rorschach, se edita el *Periódico mensual de Rorschach*³⁰⁸. El mismo año se editan un mensual en Praga y un semanario en Florencia: el primero en Italia, publicado por el imprentero Carlo Gigli³⁰⁹.

³⁰⁶ Cf. W. Ivins, 1953: 28-30, quien destaca, en primer lugar, la importancia que tuvo esta tecnología en el desarrollo de la botánica y en la zoología, entre otras ciencias. En cuanto al valor de las imágenes, Ivins subraya que en los libros impresos con xilografía (como el de Valturuis: *De re militari*, editado en Verona, en 1473) las ilustraciones “tenían una función claramente informativa y no decorativa”.

³⁰⁷ Sigo aquí la investigación de C. Lombardi, 1982: 114-115.

³⁰⁸ Desde el punto de vista del diseño, era ya un producto similar a los actuales: con tapa y contratapa, y entre seis y doce páginas por ejemplar.

³⁰⁹ Cf. Arcuri, 2002: 16-17.

En el camino hacia los diarios, un paso decisivo se dio con el intento de dar regularidad de aparición a las *hojas de noticias*: *avvissi* en Italia, *gazette* en Francia, y en Inglaterra *newspapers*. El *Aviso-Relation oder Zeitung*, semanario publicado en Estrasburgo y Augsburgo hacia 1609 se considera el primer periódico de imprenta, en el sentido moderno de la palabra. La primera gaceta italiana, florentina, es de 1636; pero entre 1640 y 1645, en Venecia, Milán, Roma, Génova y Turín circulan escritos breves que “con simplicidad y, a la vez, con decoro, narran hechos de crónica, novelas, resúmenes y a veces chistes”³¹⁰. La *Gazette*, fundada en París en 1631 por el médico Théophraste Renaudot, fue primero semanario³¹¹ y luego diario: aparecía los viernes e informaba sobre sucesos del exterior y de la Corte. Especializado en temas políticos y diplomáticos, llegó a tener de colaborador al rey Luis XIII. Renaudot instaló también la primera *agencia de noticias*, que reunía información política y científica, y gestionaba la venta de avisos publicitarios³¹². El naciente mercado de noticias no se dedicó sólo a los temas políticos. Ya en 1672, en Francia comenzó a editarse el *Mercure galant*, dedicado a informar (y marcar tendencia) sobre moda, arte y vida cortesana. Sus textos iban de la elegancia en el vestir, a los chismes de la corte, algún poema y noticias sociales. Aunque su publicación se interrumpió en 1674, se lanzó como revista mensual, *Nouveau Mercure galant*, en 1677.

En 1762, la *Gazette*, que seguía siendo el diario más importante de Francia, cambió su nombre por el de *Gazette de France*, y se volvió órgano oficial del gobierno del rey. En 1787, Charles-Joseph Panckouke compró la *Gazette* y la adjuntó a su diario, el *Mercure de France*. En el siglo XVIII, la *Gazette* tenía una tirada de 8.000 ejemplares en la capital y tenía 35 ediciones en el interior de Francia. Sin embargo, los paralelismos sólo pueden ser aproximados, ya que es muy diferente cómo se producía y se leía el periodismo. Por poner sólo un ejemplo muy curioso: la *Gazette* no dedicó una línea a la toma de la Bastilla del 14 de julio de 1789. Más adelante incluyó un suplemento, *le Gazettin*, que contenía resúmenes de los debates de la Asamblea constituyente; y desde 1791 se convirtió en vocera del partido girondino. Se publicó hasta 1915. En el medio tuvieron lugar diversos avances en materia de legislación sobre libertad de prensa. Pero también nuevas revoluciones, en el siglo XIX, que van a ser decisivas para el modo en que se entiende y se concibe el periodismo.

Desde fines del siglo XVIII y principios del XIX, la revolución industrial consolida a la burguesía como clase y define a una nueva: el proletariado, protagonista de las

³¹⁰ Cf. G. Gaeta, 1966: 382

³¹¹ Tenía cuatro páginas de 22x16 cm, con artículos compuestos en columna. A cuatro meses de su aparición, publicó el primer aviso publicitario pago de la historia (de aguas minerales de Forges, que el médico real hacía beber a su majestad).

³¹² El naciente mercado de noticias no se dedicó sólo a los temas políticos. Ya en 1672, en Francia comenzó a editarse el *Mercure galant*, dedicado a informar (y marcar tendencia) sobre moda, arte y vida cortesana. Sus textos iban de la elegancia en el vestir, a los chismes de la corte, algún poema y noticias sociales. Aunque su publicación se interrumpió en 1674, se lanzó como revista mensual, *Nouveau Mercure galant*, en 1677.

revoluciones de los siglos XIX y XX que los medios periodísticos difunden y reflejan. En este marco, los cambios en el terreno de la producción y la organización económica de las empresas periodísticas son notables. El invento de la rotativa en 1846³¹³ multiplica las posibilidades técnicas, que alimentan un crecimiento notable del diario como medio. Hay que señalar, sin embargo, que la multiplicación de diarios y periódicos en general no fue exclusivamente alentada por los avances tecnológicos sino, antes que eso, cuando hubo garantías de poder publicar sin ir preso. El gran tema de discusión en este periodo no es el de la realidad y la ficción sino el de la libertad y la compulsión en materia de publicaciones periódicas. Los principios que fundan la libertad de prensa –esto es: publicar sin control gubernamental de los contenidos– fueron establecidos en Suecia, en 1766, por el pastor y legislador liberal Anders Chydenius, cuya *Acta de la Libertad de Prensa* fue pionera y modelo para las discusiones que tuvieron lugar en las décadas siguientes en Europa y América³¹⁴. En la Constitución de Estados Unidos, de 1787 no hay mención a la libertad de prensa, pero sí en la Primera Enmienda, de 1789. Ese mismo año, la Declaración de Derechos del Hombre establece la libertad de prensa delimitándola de la libertad de empresa y de profesión³¹⁵. Ya con cierto marco legal, surgen muy diversos formatos periodísticos.

El siglo XIX recoge los frutos de esa “pujante politización”, sobre todo la “politización de la vida social”, estimulada por la prensa periódica. En *Historia y crítica de la opinión pública*, Jürgen Habermas³¹⁶ sintetiza ese fenómeno:

el auge de la prensa de opinión, la lucha contra la censura y a favor de la libertad de opinión caracterizan el cambio funcional de la red expansiva de comunicación pública hasta mediados del siglo XIX. En las concepciones modernas del derecho natural, pero también en las teorías sociales de los filósofos morales escoceses, la sociedad burguesa (*civil society*) siempre estuvo contrapuesta al poder público o al gobierno (*government*) como esfera privada en su totalidad. Tanto los ámbitos del tráfico de mercancías y del trabajo social como la familia y la casa sin funciones productivas formaban parte de la esfera privada. Sólo con la incipiente emancipación social de las clases bajas y con la politización en masa de los conflictos de clase en el siglo XIX pudo hacerse consciente también en el mundo de la vida de las capas sociales burguesas que ambos dominios, el de

³¹³ Al cabo de un proceso de varias décadas. Cf. G. Giovannini, 1982. Las rotativas comenzaron a usarse en un diario norteamericano, el *Baltimore Sun*. No es casual que los diarios alcanzaran su mayor impulso en Estados Unidos, cuyo primer diario, *Pennsylvanian Evening Post*, apareció en 1783. Siete años después, en 1790 se publicaban 8 diarios, y en 1800 ya eran 24. A lo largo del siglo XIX, la prensa norteamericana tuvo un desarrollo espectacular.

³¹⁴ El texto completo del Acta se puede consultar en www.riksdagen.se.

³¹⁵ Se prevé censura para las caricaturas y se imponen castigos para los escritos que inciten a desobedecer las leyes.

³¹⁶ Cf. J. Habermas, 1994. La cita está tomada del Prólogo a la segunda edición.

la esfera íntima familiar y el del sistema de ocupaciones, venían estructurados en direcciones contrapuestas.

El espacio público ha sido el escenario en el que esta contraposición se viene librando como una batalla de ideas, expresada en lo que llamamos "opinión pública". Desde el punto de vista de la organización, en el siglo XIX se forman también dos grandes bloques de medios: el periodismo liberal, que toma al periodismo como herramienta política, y la prensa de negocios³¹⁷. Sin embargo el proceso de fusión de ambos tipos se consolida muy pronto, y la poderosa revolución tecnológica de finales del siglo XX los encuentra completamente fundidos en una sola tipología: hoy las empresas económicas de medios, que nacieron periodísticas (es motivo de otra tesis en qué medida lo siguen siendo), son ya grupos económicos que además tienen –porque todavía ocupan un espacio relevante en la opinión pública– influencia política.

Sin embargo, este escenario de florecimiento de los medios periodísticos (y no periodísticos, también) que se vislumbra ya a mediados del siglo XX, “con la comercialización y la condensación de la red de comunicación, con el creciente despliegue del capital y el ascendente grado organizativo de los dispositivos publicistas”³¹⁸, plantea nuevas tensiones y dificultades a la idea, heredada del Iluminismo, del periodismo como expresión de la opinión pública. Con mayores regulaciones de los canales de comunicación, las oportunidades de acceso a la comunicación pública quedaron sujetas a una presión selectiva aún mayor. Como señala Habermas: “Surgió así una nueva clase de influencia, a saber, un poder de los medios que, utilizado con manipulación, hace perder la inocencia al principio de la publicidad. La esfera pública, dominada y preestructurada al mismo tiempo por los *mass media*, degeneró en un ruedo impregnado por el poder, y en ese ruedo se libra una nueva batalla no sólo por el control de la influencia sino también por la regulación de los flujos de comunicación que actúan con eficacia sobre el comportamiento”³¹⁹.

³¹⁷ La prensa política domina durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX; la económica se gesta a finales del siglo XVIII y se consolida en la segunda mitad del siglo XIX y el XX. Cf. G. Giovannini, 1982.

³¹⁸ Jürgen Habermas, 1998: 19.

³¹⁹ *Ibid.*

Epílogo

1. Del pregón colonial al reino de las *fake news*

Si bien la llegada del periodismo a nuestro hemisferio sur es más tardía, diarios y periódicos están insertos en la trama de las revoluciones sudamericanas, en sus luchas independentistas, guerras civiles y conformación sociopolítica. Baste pensar, en nuestro país, la relevancia que tienen, para la formación intelectual de la élite que toma distancia de la corona española, la *Gazeta de Buenos Ayres* fundada por Mariano Moreno en 1810. O, con el correr del violento siglo XIX, la prédica en la prensa periódica de personalidades como Juan B. Alberdi y Domingo F. Sarmiento³²⁰. Por otra parte, en América latina, en el proceso de tomar distancia de la herencia española (en lo económico, político y también en el acceso a la Ilustración francesa) muy rápidamente se expresan las situaciones problemáticas que plantea el periodismo, entendido como el marco privilegiado para la expresión y difusión de la opinión pública. Los primeros intelectuales volcados al periodismo en América adquieren muy pronto conciencia de sus dilemas: para quién se escribe, para quién se trabaja, quién paga al periodismo (mecenas, gobiernos, empresas periodísticas, industrias culturales³²¹), así como también –puesto que los primeros periodistas son intelectuales cuyo marco de acción se expande más allá del oficio periodístico– cuestiones añadidas, como la autonomía de la crónica³²².

Pero además, estos escritores y periodistas, cuyo ámbito de acción oscila entre las narrativas de sucesos reales y las ficciones (puesto que en gran medida son poetas, dramaturgos, autores de grandes obras de la literatura híbrida, como el *Facundo*, de Sarmiento³²³), reconocen y expresan la radical dificultad epistémica y ontológica implícita en toda narrativa de sucesos reales. La práctica intensa del periodismo obliga a reflexionar sobre la compleja incorporación de los hechos *reales* (y de una *realidad* bastante atroz, en el marco de las luchas independentistas o del exilio en medio de la guerra civil) a la literatura y a la narrativa de ideas. En *La invención de la crónica* Susana Rotker estudia los dilemas de los poetas/periodistas del modernismo latinoamericano, para quienes “las tradiciones institucionalizadas resultan insuficientes para comprender la vida en su multiplicidad”; no encuentran claridad en las ciencias y, particularmente equívoca resulta “la ontología, la rama del saber más lesionada por la modernidad”³²⁴. En José Martí encuentra con claridad planteados los problemas fundamentales del “cronista” contemporáneo.

³²⁰ Cf. O. Terán, 2008.

³²¹ El más claro exponente de esta tendencia es, en la Argentina, Ricardo Rojas. Cf. el clásico ensayo de Jorge B. Rivera, 1985.

³²² Cf. S. Rotker, 1992: 131-132.

³²³ Cf., al respecto, Terán, 2008 y Carlos Altamirano, 1997: 83-101.

³²⁴ Rotker, 1992: 126.

En soportes notablemente diferentes, y en un marco socio-político y tecnológico radicalmente diverso, los dilemas de los primeros periodistas americanos vuelven: *para quién se escribe, quién paga al periodista* (¿empresas, gobiernos, industrias culturales?), y, en una nueva concepción de lo real, vuelve también la cuestión de la oscilación entre lo verdadero, lo falso y lo ficticio en las diversas narrativas de sucesos reales.

Si a principios del siglo XXI se imprimían miles de periódicos (de circulación diaria o no) en el mundo, la revolución de las TIC, a la vez que hizo decrecer la cantidad de impresos, multiplicó exponencialmente las publicaciones digitales. En el final de la Modernidad, esta expansión transforma radicalmente el espacio público así como la noción misma de opinión pública y las formas en que ésta se construye. Los pensadores que abordan este tema están atravesados por dos grandes metáforas conceptuales: *la infinita fragmentación* que proponen los medios por un lado y *la dominación global*, casi como amenaza totalitaria, de los medios y redes. No todos consideran a esta fragmentación como algo negativo. Gianni Vattimo considera que esta “pluralización que parece irrefrenable y que torna imposible concebir el mundo y la historia según puntos de vista unitarios” que atraviesa Occidente es algo positivo:

La intensificación de las posibilidades de información sobre la realidad en sus más diversos aspectos vuelve cada vez menos concebible la idea misma de una realidad. *Realidad*, para nosotros, es más bien el resultado del entrecruzarse, del “contaminarse” (en el sentido latino) de las múltiples imágenes, interpretaciones y reconstrucciones que compiten entre sí, o que, de cualquier manera, sin coordinación *central* alguna, distribuyen los medios. (...) Se abre camino así a un ideal de emancipación a cuya base misma están, más bien, la oscilación, la pluralidad, y, en definitiva, la erosión del propio principio de realidad.³²⁵

La emancipación, sin embargo, no parece ser el efecto más visible de la fragmentación cuando ésta se combina con la dominación global. La fragilidad de la idea de espacio democrático que es resultado de la dificultad de los modos de organización política para adaptarse a la rapidez y a la eficacia de los cambios que proponen las TIC, vuelve mucho más fácil el control imperceptible de los flujos de información, lo que redundará en nuevas vulnerabilidades. Como señalaba Castells, ya citado en este trabajo, puesto que “los sistemas políticos se siguen basando en formas organizativas y estrategias políticas de la era industrial, se han quedado obsoletos en cuanto a política y ven negada su autonomía por los flujos de información de los que dependen”³²⁶. Contra la visión más edulcorada de

³²⁵ G. Vattimo, 1990: 76-84.

³²⁶ M. Castells, 1998: 344. Castells sigue aquí la línea de análisis que entreveía Habermas, en el Prólogo a la segunda edición de su valioso ensayo sobre la opinión pública: Junto con la comercialización y la condensación de la red de comunicación, junto con el creciente despliegue del capital y el ascendente grado organizativo de los dispositivos publicistas, los canales de comunicación pasaron a estar regulados de manera más intensa y las oportunidades de acceso a la comunicación pública quedaron sujetas a una

Vattimo, Castells subraya que lo que está en crisis es *el sistema de representación* en los dos sentidos del término: la representación democrática se convierte en representación "actoral", y los espacios de los medios pretenden ser (sin serlo) representación efectiva de los ciudadanos.

En la crisis del sistema de representación, el escepticismo respecto de las narrativas de sucesos reales, que vuelve recurrentemente a lo largo de la historia, encuentra su escenario ideal. Las TIC propone transformaciones radicales a las narrativas de sucesos reales, tanto desde el punto de vista de su producción como el de su recepción. En la producción, se modifican las rutinas de trabajo: la búsqueda, procesamiento y producción de textos, todo tiene lugar en la red, con el consecuente perjuicio para las prácticas que requieren investigación. Con los cambios en la conformación de grupos económicos de medios, se reducen notablemente las fuentes de financiación para el periodismo de investigación, inclusive el más acotado: los diarios tienen menos corresponsales; las redacciones disponen de menos especialistas; los espacios de contraste, chequeo y corrección de las producciones periodísticas se reducen al máximo o se eliminan. John Pavlik, en su manual de periodismo en el siglo XXI, afirma:

Las herramientas digitales para la búsqueda de noticias, la comunicación, edición y producción se volvieron cada vez más portátiles, baratas y poderosas, dando a los periodistas las mismas competencias de las cabezas de la redacción. A la vez, estas herramientas ofrecen nuevas técnicas más eficaces para encontrar fuentes diversas y confiables, y datos de contraste. Pero también han vuelto cada vez más sencillo y tentador el plagio, lo que propone una amenaza sería a las antiguas maneras de informar, basadas en la *suela del zapato*.³²⁷

La investigadora y docente Adriana Amado comentaba recientemente, durante la inauguración de un espacio de investigación en comunicación, que en momentos en que las TIC vuelven a la información un tipo de "*commodity*, porque abunda y se consigue fácil", le tocaría al periodismo poner en valor toda esa información que circula. Ya que esta información que circula en forma gratuita y abundante no es información de calidad, para volverla de calidad es preciso "un profesional de la información, que tendrá que pensar otras funciones que no eran las que solía tener". La cuestión parece ser un poco más compleja, ya que la *commodificación* de la información (convertir cualquier tontería

presión selectiva aún mayor. Surgió así una nueva clase de influencia, a saber, un poder de los medios que, utilizado con manipulación, hace perder la inocencia al principio de la publicidad. La esfera pública, dominada y preestructurada al mismo tiempo por los *mass media*, degeneró en un ruedo impregnado por el poder, y en ese ruedo se libró una batalla no sólo por el control de la influencia sino también por la regulación de los flujos de comunicación que actúan con eficacia sobre el comportamiento.

³²⁷ J. Pavlik, 2001: xiv.

en noticia para lograr un clic, es decir, para venderlo en el mercado de la *infotainment*³²⁸) implica una degradación cualitativa radical en el tipo de relatos de sucesos reales disponibles. Frente a esto, no resulta muy claro qué “otras funciones” se podrían llevar a cabo, salvo quizás volver a ejercitar (si alguien además esuviera dispuesto a sostenerlo económicamente, y por fuera del negocio mucho más seguro del entretenimiento informativo) un periodismo de calidad, fundado en las viejas técnicas de *suela de zapato*, es decir, técnicas de investigación periodística que requieren un compromiso que excede a (y en muchos casos está por fuera de) la infoesfera. Para decirlo con palabras de otro:

Investigar no significa (...) ofrecer un título escandaloso en la tapa o ser citado con frecuencia por otros medios [tampoco, podríamos agregar, alcanzar el dudoso título de ser “la más vista” en la red]. Estos son, en el mejor de los casos, efectos concomitantes. Investigar significa llevar adelante la indagación en un tema relevante para la sociedad con persistencia, para investigar más allá de las resistencias, con el objetivo de generar nuevos hallazgos y presentarlos de manera comprensible. Esto es ejercer el periodismo de investigación en su mejor sentido.³²⁹

Las nuevas técnicas, nuevas modalidades informativas, escrituras no lineales, hipermedia, etc. con las que se confeccionan hoy los relatos de sucesos reales vuelven mucho más fluida su transmisión, pero en cierto sentido también los vuelve más vulnerables, más proclives a la repetición y más expuestos a la indeterminación entre verdad, falsedad y ficción. En cuanto a las estrategias narrativas, la paulatina distorsión de los dispositivos textuales del *nuevo periodismo*³³⁰ (que se veía a sí mismo como una forma de la novelística) en el híbrido de la llamada “crónica”, termina por “deteriorar las normas de objetividad y neutralidad en el periodismo”³³¹ y menoscabar la credibilidad de estas narrativas, en tanto narrativas de *sucesos reales*³³².

2. La ficción como *infotainment* y los nuevos antídotos contra el escepticismo

Es cierto que cuando hablamos de la credibilidad de los relatos periodísticos o relatos de sucesos reales los planteos suelen volverse apocalípticos: nuestra confianza

³²⁸ El término *infotainment* fue acuñado por Neil Postman, en su libro *Amusing ourselves to death: public discourse in the age of showbusiness* (1986), en el que criticaba la distorsión del discurso público (en cualquier esfera: política, cultura, educación) que lleva a cabo la TV, para convertirlo en entretenimiento superficial. Su ejemplo: las campañas antes de las elecciones como espectáculos de variedades.

³²⁹ Beatrice Dernbach, 2015: 312-313.

³³⁰ Sus fundamentos aparecen en el libro de Tom Wolfe, *The New Journalism*, de 1973, que incluye entre otras pautas la escenificación del relato, el uso recurrente del diálogo realista, la remisión al punto de vista de los “personajes”; la atención a los datos cotidianos que revelan el contexto social de los retratados.

³³¹ Pavlik, 2001: xiv.

³³² La crónica puede constituir un progreso para la literatura, pero empleada como técnica omnipresente en informaciones noticiosas de toda índole implica, salvo pocas excepciones, un retroceso para el periodismo.

está siempre amenazada³³³ y del otro lado hay un sistema que excede la medida humana. Este panorama se acentúa hoy en día, cuando ponemos en balanza los peligros reales que entraña la circulación digital: las noticias falsas³³⁴, los *bots*, la selectividad por burbujas de filtro, la hostilidad de los comentarios anónimos insidiosos, los *trolls*, el uso de big data para manipulación a gran escala, el uso de datos por parte de grandes redes como Google, Facebook y otros. La cuestión de la credibilidad puede discutirse desde diferentes ópticas: la de la producción, la de la recepción, y dentro de cada una de ellas, con diferentes criterios y herramientas, y no hay un único instrumento capaz de medir la credibilidad³³⁵. Si pensamos el tema desde la perspectiva de la recepción, tenemos que reconocer que las audiencias que conforman la recepción específica de los relatos de sucesos reales, “que no son expertos en investigación sobre medios ni en políticas de medios, no diferencian (...) entre medios y periodismo”³³⁶. Buscan satisfacer “fundamentalmente dos necesidades: la de información y la de entretenimiento”³³⁷. Así, la dicotomía entre información y entretenimiento puede considerarse análoga a la discusión entre hechos reales y ficción, un debate que –dice Dernbach– “es tan antiguo como el periodismo”³³⁸, y que también puede analizarse en varios niveles: el de los propios periodistas y el de los géneros.

Nuestro análisis, que se encuentra en la esfera de la teoría, puede exigir en este sentido mejores procedimientos periodísticos. No cuesta nada hacerlo y de todos modos es inocuo. Pero la práctica periodística no precisa nuestro consejo: ya está acechada por determinaciones estructurales que tienen un grado de compulsión mucho mayor y que le resultan más urgentes. Sin salir del ámbito de la teoría nos queda, sin embargo, la posibilidad de seguir buscando alternativas teóricas a la recurrencia del escepticismo que pretende igualar relatos de sucesos reales y ficciones (y del cinismo que equipara información y entretenimiento). Desde la historiografía hay corrientes que buscan evitar la identificación entre relatos de sucesos reales –historiográficos, en este caso– y ficción

³³³ Bernd Blöbaum (2016: 4) advierte: “El discurso público sobre la confianza se conduce generalmente en función de escenarios negativos”, y sin embargo, “sin confianza no pueden actuar ni las sociedades ni las organizaciones ni los individuos” (Blöbaum, 2016: v).

³³⁴ Según un artículo publicado por *Science* en marzo de 2018, las noticias falsas se divulgan mucho más rápido que las verdaderas. Cf. S. Vosoughi, “The spread of true and false news online”, en *Science* vol. 359. 6380, pp. 1146-1151.

³³⁵ Dernbach, en su análisis de las narrativas periodísticas confiables cita el trabajo sistemático de Matthias Kohring (*Vertrauen in Journalismus*, Konstanz, 2004) y el estado de la cuestión que él delinea, en el que aparecen diferentes variables: conducta, contenidos, fuentes y contexto, así como una serie de indicadores en el caso de variables humanas: experiencia, edad, habilidad profesional, roles sociales y profesionales, etc. Cf. Dernbach, 2015: 309.

³³⁶ Entre la producción sistemática y regulada de narrativas de sucesos reales (periodismo) y la organización de medios, como conglomerados que reúnen una variedad de producciones, no solamente de información, sino del más vasto concepto de *comunicación*.

³³⁷ Dernbach, 2015: 309.

³³⁸ Dernbach, 2015: 313. Esperamos haber sido lo suficientemente convincentes, en los capítulos anteriores, al mostrar que el debate es, en realidad, muchísimo más antiguo.

literaria. Daniel Fulda señala que literatura e historia están, y han estado situadas desde hace siglos, en dos “sistemas sociales diferentes” sobre la base de indicaciones paratextuales exclusivamente³³⁹.

Fulda retoma de la hermenéutica post-estructuralista una renovada concepción del *contrato de lectura*³⁴⁰, en la forma de un “contrato de ficción”, que no pone el acento en las estructuras enunciativas que forjan el lazo entre emisor y receptor sino en su mutua expectativa de verdad y en los procedimientos capaces de sustentarla. El “contrato de ficción” implica que, aun cuando en un relato de sucesos reales se hacen afirmaciones que pertenecen a la órbita de la ficción (por ejemplo, dichos que no pueden remitirse a una fuente –como cuando se apela a abstracciones como *la burguesía* o *la Modernidad*–), de todos modos “hay una expectativa de que eso contribuya a desplegar un conocimiento de la realidad pasada”³⁴¹. Retmaré aquí la analogía entre el lector de relatos periodísticos de sucesos reales y el de narrativas historiográficas: ambos ejercen “una voluntad de creer”, similar a la “voluntaria suspensión de la incredulidad” que, según Coleridge, rige nuestra disposición a la ficción³⁴². Sólo que en los lectores de relatos de sucesos reales, esta “voluntad de creer” no se pone en marcha para apartarse del sentido de la realidad sino “por la confianza depositada en el profesionalismo del historiador-narrador, que persiste más allá del acto de recepción”³⁴³.

3. Conclusiones

Resumo aquí las conclusiones obtenidas de este trabajo de indagación sobre la ficción y la realidad en los relatos de sucesos reales. Nuestra primera tarea, en el **capítulo uno**, consistió en un análisis lexical y de historia semántica alrededor de la noción griega y latina de ficción (en griego, a partir del verbo *plássō* y sus derivados; en latín, del verbo *finco* y sus derivados), con el objetivo de clarificar los significados que tiene el concepto de *ficción*, por comparación con sus usos primeros y originales. Identificamos allí los matices que aparecen en la valoración de las ficciones:

- como elaboraciones (un significado valorativamente neutro), o
- como engaño (un significado de connotación negativa).

El análisis mostró un desplazamiento desde la idea originaria de elaboración manual hacia otra derivada, de manipulación mental o intelectual. Este primer rastreo permitió constatar, además, que en los primeros usos del léxico de la ficción, el carácter *ficticio* de un relato no se aplica a productos literarios o artísticos sino que se dirigen sobre todo a los relatos de sucesos reales.

³³⁹ D. Fulda, 2015: 17.

³⁴⁰ Cf. Verón, 1985.

³⁴¹ Fulda, 2015: 10 y 14.

³⁴² Cf. el trabajo de Fiona McIntosh-Varjabédian, 2010: 237.

³⁴³ Fulda, 2015: 15.

En el **capítulo dos** se propuso una hipótesis relativa a la historia de la filosofía e intenté mostrar cómo la noción de *realidad* se funda y consolida a partir de la polémica con la sofística que niega, precisamente, todo lo real. Esperamos haber mostrado, a través del análisis de las primeras conceptualizaciones de lo real o la realidad, en la filosofía griega antigua, desde sus primeros esbozos en Parménides, hasta su teorización en Platón y Aristóteles, que la noción de realidad se entreteje a la luz de una tensión dialógica con el desafío nihilista de Gorgias que protesta, escéptico: *no hay ser*, ni se lo puede conocer, ni se lo puede comunicar.

Partiendo de una discusión que surgió en los años 60 en el ámbito de la historia de los conceptos, en el **capítulo tres** analicé las diferentes nociones de realidad que se plantearon en la filosofía (no a la manera de una sucesión lineal, sino como figuras típicas que no desaparecen nunca del todo, pero que priman en uno u otro momento). Identifiqué, siguiendo un primer esbozo de Hans Blumenberg, e ilustré con algunos de los textos filosóficos fundamentales, cuatro figuras típicas y sumé a ellas un quinto concepto de realidad:

- como evidencia inmediata
- como garantía
- como realización de un contexto
- como resistencia
- como infoesfera.

Puesto que lo que interesa a la perspectiva de los relatos de sucesos reales es el carácter fáctico (y contingente) del mundo que nos rodea, intenté mostrar qué lugar ocupa en cada una de estas figuras típicas o concepciones de realidad la facticidad. Encontramos que al menos en dos de ellas (la realidad como evidencia inmediata y como garantía), los hechos ocupan un lugar secundario o marginal *para la determinación de lo que es real*. En lo específicamente filosófico, traté de defender una lectura deflacionaria del *dictum* “No hay hechos sólo interpretaciones”, de Nietzsche, filósofo al que – contrariamente a lo que se suele interpretar en ámbito universitario– podríamos incluir también, en cierta medida, en la corriente fenomenológica.

Finalmente, busqué poner de relieve cómo las reivindicaciones teóricas de los hechos *como elementos determinantes de lo que se considera real* vienen a coincidir con la emergencia o desarrollo de las narrativas de sucesos reales, ya sean históricas o periodísticas, como ocurre en el siglo XVI, con la irrupción del empirismo, y a fines del siglo XIX, con la fenomenología.

En conexión con las nociones de realidad, señalé algunos hitos que impulsaron el desarrollo de los diversos géneros dedicados a los sucesos reales, en la historia y en el periodismo, tratando de ver en qué medida ellos comportaron (o no) la reivindicación de los *hechos* y de los datos empíricos por encima de la especulación filosófica. Puse en

conexión a la historia y al periodismo por ser nuestras principales narrativas de sucesos reales, y porque en las historias del periodismo se suele pasar por alto el traspaso de saberes, metodologías, recursos (humanos y materiales) y rutinas de trabajo que comparten ambas disciplinas, más allá de sus visibles diferencias. En el **capítulo cuatro**:

- analicé el surgimiento de las narrativas históricas en Heródoto y Tucídides, y distinguí una cercanía mayor del primero a la ficción y del segundo a la “búsqueda de la verdad”;
- estudié el primer testimonio conservado de la distinción entre relatos verdaderos, falsos y ficticiales, que aparece referido por el escéptico Sexto Empírico en su tratado *Contra los Gramáticos*. Consideré las implicancias teóricas de su abordaje, y las consecuencias de ese enfoque para la recepción de esta crucial distinción de tipos de relatos en la Modernidad;
- finalmente, busqué poner en esta perspectiva, la del pirronismo histórico del siglo XVII y su trasfondo intelectual, la ideología del nuevo pirronismo de teorías de la historia como las de Hayden White.

En el **capítulo cinco**, pasando revista a la historia de las narrativas periodísticas de sucesos reales tomé dos fenómenos que, aunque se soslayan en las historias tradicionales del periodismo, tienen a mi juicio una enorme influencia en el surgimiento de las narrativas periodísticas de sucesos reales (y también en las históricas, por supuesto, aunque eso no es una novedad). Ellos son:

- el desarrollo de una vasta literatura diplomática en el siglo XVI;
- las cartas de relación, diarios e historias enviadas desde América en los siglos XVI y XVII.

Si bien ambos tipos de escritura fueron creados con fines políticos (y militares), y sus efectos fueron sobre todo de esa índole, además de legales (e incluso jurídicos), traté de mostrar cómo su expansión trascendió esos límites en busca de nuevos géneros, nuevos autores y nuevas audiencias.

Así también, busqué poner de manifiesto cómo las transformaciones en la forma de escribir que generaron estas prácticas (en su periodicidad, en su urgencia, en su dedicación a los hechos contingentes de la política), produjeron a su vez una transformación en la forma de leer, multiplicando la demanda de textos y la forma de consumirlos.

Por último, creo que –más allá de la calidad de los resultados alcanzados– el aporte de este trabajo consiste en acercar el análisis desde la historia de la filosofía a un problema de los más agudos y fascinantes que propone hoy el periodismo. Por supuesto que la contraposición entre realidad y ficción es un tema que sobrevuela a muchas disciplinas (la filosofía, la historia, la literatura, el periodismo, la ciencia política...) sin que ninguna pueda reclamar para sí la exclusividad de su genuino tratamiento. Más bien, en

los tiempos de sobreexposición a los datos, y de super-especialización de las disciplinas del conocimiento, me pareció útil una mirada transdisciplinaria.



Universidad de
San Andrés

Bibliografía

Instrumentos léxicos

H.G. Lidell y R. Scott, *A Greek-English Lexicon*. With a new edition by H.S. Jones, Oxford, Clarendon Press, 1968.

Pierre Chantraine, *Dictionnaire Étimologique de la Langue Grecque. Histoire des Mots* (4 vol.), París, Éditions Klincksieck, 1968.

Michiel de Vaan, *Etymological Dictionary of Latin and the other Italic Languages*, Leiden y Boston, Brill, 2008.

Fuentes y bibliografía secundaria

Agustín de Hipona, 2007-2009, *La ciudad de Dios* (en dos vol., trad. cast. R. M. Marina Sáenz), Madrid, Gredos.

Alici, L., 2001, *Aurelio Agostino, La città di Dio* (introd., trad. e noti a cura dei L. A.), Milano, Bompiani.

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, 1997, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel.

Añón, Valeria, 2012, "Autoría, historia y polémica: aproximaciones al archivo colonial en las historias de la conquista de México de Francisco López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo", en *Filología* XLIV (2012), 75-100.

Arciniegas, Germán, 1995, "La carta de Vespucci *Mundus Novus*", en *Investigación y desarrollo social*, Universidad Militar Nueva Granada, 1995, 17-28.

Arcuri, Enzo, 2002, *Testo e paratesto: itinerari di linguaggio giornalistico*, Catanzaro, Rubbetino Editori.

Arcuri, Enzo, 2002, *Testo e paratesto: itinerari di linguaggio giornalistico*, Catanzaro, Soveria Mannelli.

Aristóteles, 2004, *Poética* (trad., introd. y notas de E. Sinnott), Buenos Aires, Colihue

Arocena, Luis A., 1979, *Cartas privadas de Nicolás Maquiavelo* (trad. de L. A. Arocena) Buenos Aires, Eudeba.

Auerbach, Eric, 1996, *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, trad. cast. de I. Villanueva y E. Ímaz del original alemán de 1942, México, FCE.

Austin, John, 1962, *How to Do Things with Words*, Oxford, Clarendon Press (hay trad. cast.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós, 1982).

Bacon, F., 1889, *Novum Organum* (edited with introd., notes, etc. by Thomas Fowler), Oxford, Clarendon Press.

Bacon, Francis, 1605, *Of the Proficiency and Advancement of Learning* (hay trad. cast. de M. L. Balseiro: *El avance del saber*, Madrid, Alianza).

Bénat-Tachot, L., 1999. "La historia general de las Indias de Francisco López de Gómara: identificación de las fuentes y elaboración textual", en Arellano I., Rodríguez Garrido J. A. (eds.), *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Madrid, Iberoamericana.

Berti, Enrico, 1987, *Contraddizione e dialettica negli Antichi e nei Moderni*, Palermo, Società Editrice L'Epos.

Blöbaum, Bernd (ed.), 2016, *Trust and Communication in a Digitized World. Models and Concepts of Trust Research*, Heidelberg - New York, Springer.

Blumenberg, Hans, 2012, "Concept de réalité et possibilité du roman", en *Le concept de réalité*, Paris, Seuil [traducción francesa del original alemán, "Wirklichkeitsbegriff und Möglichkeit des Romans", conferencia de 1963 y publicada en *Nachahmung und Illusion*, H. R. Jauss, ed., München, Eidos Verlag, 1964; ahora también en H. Blumenberg, *Ästhetische und Metaphorologische Schriften*, Frankfurt, Suhrkamp, 2001].

Burke, John, 1984, "Review of Michael Bell: *The Sentiment of Reality: Truth of Feeling in the European Novel* (London, 1983) and Lennard J. Davis: *Factual Fictions. The Origins of English Novel* (Columbia University Press, 1983)", en *Studies in the Novel* 16 (1984), 343-347.

Butti de Lima, Paulo, 2015, *Platone. L'utopia del potere (La settima lettera)*, a cura di P. B. de L., trad. M. G. Ciani, Venezia, Marsilio.

Cassin, Barbara, 1980, *Si Parmenide. Le traité anonyme De Melisso Xenophane Gorgia. Edition critique et commentaire*, en *Cahiers de Philologie* 4, Centre de Recherche Philologique de l'Université de Lille III.

Castagni, Nicoletta, 1987, "Gutenberg", en G. Giovannini (ed.) *Del pedernal al silicio. Historia de los medios de comunicación masiva*, 69-108.

Castells, Manuel, 1998, *La era de la información*, Madrid, Alianza.

Clough, C. H., 1994, "The New World and the Italian Renaissance", en C. H. Clough y P. E. H. Hair (eds.), *The European Outthrust and Encounter: the first phase c. 1400 – c. 1700: essays in tribute to David Beers Quinn on his 85th birthday*. Liverpool, Liverpool University Press, 291–328.

Cohn, Dorrit, 1999, *The Distinction of Fiction*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Colón, Cristóbal, 1982, *Textos y documentos completos* (Prólogo y notas de Consuelo Varela) Madrid, Alianza Universidad.

Colón, Cristóbal, 2005, "Carta a Luis de Santángel", José Luis Gómez-Martínez (ed.), *Proyecto Ensayo Hispánico*. Departamento de Lenguas Románicas. University of Georgia.

Columbus, Christopher, 1991, *The Diario of Christopher Columbus's First Voyage to America, 1492–1493*, ed. Oliver Dunn y James E. Kelley Jr., University of Oklahoma Press.

Costa, Ivana, 2010, "Sujetos y objetos del lógos verosímil", en *Revista Latinoamericana de Filosofía – Anejo* 2010, 111-131.

Costa, Ivana, 2013, "Un primer borrador de *El príncipe*", en Maquiavelo, *El príncipe* (trad., introd. y apéndices de I. C.; comentarios de H. González), Buenos Aires, Colihue.

Covini, Nadia, Figliuolo, Bruno, Lazzarini, Isabella y Senatore, Francesco, 2015, "Pratiche e norme di comportamento nella diplomazia italiana: i carteggi di Napoli, Firenze, Milano, Mantova e Ferrara tra fine XIV e fine XV secolo", en S. Andretta, S. Péquignot y J.-C. Waquet (eds.), *De l'ambassadeur: les écrits relatifs à l'ambassadeur et à l'art de négocier du Moyen Âge au début du XIXe siècle*, Collection de l'École Française de Rome, 113-161

Dernbach, Beatrice, 2015, "(Un)reliable Narration in Journalism", en Vera Nünning (ed.), *Unreliable Narration and Trustworthiness. Intermedial and Interdisciplinary Perspectives*, 305-328.

Descartes, Rene, 1977, *Meditaciones Metafísicas con Objeciones y Respuestas*, trad. cast., introd. y notas de V. Peña, Madrid, Alfaguara.

Díaz del Castillo, Bernal, 2005, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*. Edición crítica de J. A. Barbón Rodríguez. México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, DAAD – AACI.

- Doran, R., 2011, "Humanismo, formalismo y el discurso de la historia", en H. White, *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría 1957-2007*, 19-58.
- Dunlop, John Colin, 1888, *History of prose fiction. A new edition revised with notes, appendices, and index by Henry Wilson* (2 vol.), Londres, John Bell & Sons.
- Düring, Ingemar, 1966, *Aristoteles. Darstellung und Interpretation seines Denkens*, Heidelberg, C. Winter Universitätsverlag (hay trad. cast. B. Navarro: *Aristóteles. Exposición e interpretación de su pensamiento*, México, FCE, 1987).
- Erler, Michael, 1998, "Idealità e storia. La cornice dialogica del *Timeo* e del *Crizia* e la *Poetica* di Aristotele", en *Elenchos* 1998.1, pp. 3-28.
- Ferrari, Franco, 2006, *I miti di Platone*, Milán, Biblioteca Universale Rizzoli.
- Ferraris, Maurizio, 2000, *Nietzsche y el nihilismo*, Madrid, Akal
- Figliuolo, Bruno y Senatore, Francesco, 2015, "Per un ritratto del buon ambasciatore: regole di comportamento e profilo dell'inviato negli scritti di Diomede Carafa, Niccolò Machiavelli e Francesco Guicciardini", en S. Andretta, S. Péquignot y J.-C. Waquet (eds.), *De l'ambassadeur: les écrits relatifs à l'ambassadeur et à l'art de négocier du Moyen Âge au début du XIXe siècle*, Collection de l'École Française de Rome.
- Floridi, Luciano, 2014, *The Fourth Revolution – How the infoesfera is reshaping human reality*, Oxford University Press.
- Frege, Gottlob, 1892, "On Sense and Reference", reimpr. en P. Geach y M. Black (eds.), *Translations from the Philosophical Writings of Gottlob Frege*, Oxford, Blackwell, pp. 56–78 (hay trad. cast., "Sobre el sentido y la referencia", en *Estudios sobre semántica*, Barcelona, Ariel, 1971).
- Fulda, Daniel, 2015, "Historiographic Narration", en Peter Hühn et al. (eds.), en *The Living Handbook of Narratology*, Hamburg, Hamburg University. <http://www.lhn.uni-hamburg.de/article/historiographic-narration>
- Gaeta, Giuliano, 1966, *Storia del giornalismo*, 2 vol., Milano, A. Vallardi.
- Gaos, José, 1972, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, FCE.
- Gardner, S., 1999, "Schopenhauer, Will, and the Unconscious", en C. Janaway (ed.) *The Cambridge Companion to Schopenhauer*, Cambridge, CUP, pp. 375-421.
- Genette, Gérard, 2007, *Nuevo discurso del relato*, Madrid, Cátedra.
- Gilbert, Felix, 1985, *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth-Century Florence*. Princeton University Press.
- Gill, Christopher, 1993, "Plato on Falsehood-not Fiction", en C. Gill y T. Wiseman (eds.), *Lies and Fiction in the Ancient World*, University of Exeter Press, pp. 38-87.
- Ginzburg, Carlo, 2007, "Atravesar el espejo", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 38 (2007), 5-21.
- Ginzburg, Carlo, 2010, *El hilo y las huellas. Lo verdader, lo falso, lo ficticio*, FCE, México y Buenos Aires.
- Giovannini, Giovanni, 1987, *Del pedernal al silicio. Historia de los medios de comunicación masiva*, Buenos Aires, Eudeba.

- Gómez Lobo, Alfonso, 1985, *Parménides*, Buenos Aires, Editorial Charcas.
- Gómez Lobo, Alfonso, 2017, *Selected Papers on Greek Thought (Edited by Marcelo D. Boeri and Alejandro G. Vigo)*, Sankt Augustin, Academia Verlag.
- Gorman, David, 2005, "Theories of Fiction", en Herman, Jahn y Ryan (eds.), *Routledge Encyclopedia of Narrative Theory*, 247-252
- Guthrie, William K. C., 1994, *Historia de la filosofía griega*, vol. III: Siglo V - Ilustración, Madrid, Gredos.
- Habermas, Jürgen, 1994, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, México y Barcelona, Ediciones G Gili.
- Hamburger, Käte, 1973, *The Logic of Literature*, Indianapolis, Indiana University Press.
- Hartog, François, 2000, "The invention of history: the pre-history of a concept from Homer to Herodotus", *History and Theory* 39, October 2000, 384-395.
- Henige, David, 1994, "Finding Columbus: Implications of a newly discovered text", en C. H. Clough y P. E. H. Hair (eds.), *The European Outthrust and Encounter: the first phase c. 1400 – c. 1700: essays in tribute to David Beers Quinn on his 85th birthday*, Liverpool, Liverpool University Press, 141–66.
- Herman, David, Jahn, Manfred y Ryan, Marie-Laure (eds.), 2005, *Routledge Encyclopedia of Narrative Theory*, Oxfordshire, Routledge.
- Hernando Cuadrado, Luis Alberto, 2007, *Los Acta Diurna y el registro periodístico*, Madrid, Dykinson.
- Heródoto, 1956, *Los nueve libros de la Historia*, trad. de M. R. Lida, Buenos Aires, Jackson.
- Huet, Pierre-Daniel, 1670, *Traité de l'origine des Romains*, París.
- Husserl, Edmund, 1942, *Meditaciones Cartesianas*, trad. cast. de J. Gaos, México, El colegio de México.
- Husserl, Edmund, 1949, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, vol. 1, trad. cast. de J. Gaos, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ingemar Düring, *Aristoteles. Darstellung und Interpretation seines Denkens*, Heidelberg, C. Winter Universitätsverlag, 1966 (trad. cast. B. Navarro: *Aristóteles. Exposición e interpretación de su pensamiento*, México, FCE, 1987).
- Ianziti, Gary, 2012, *Writing History in Renaissance Italy. Leonardo Bruni and the Uses of the Past*, Cambridge y Londres, Harvard University Press
- Iser, Wolfgang, 1991, *Das Fiktive und das Imaginäre: Perspektiven literarischer Anthropologie*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Ivins, William, 1953, *Prints and visual communication*, Harvard University Press.
- Jahn, Manfred, 2003, "Awake! Open your Eyes! The Cognitive Logic of External and Internal Stories", en Herman, David (eds.), *Narrative and the Cognitive Sciences*. Stanford, CSLI Publications, 195-213.
- Jameson, Frederic, 1983, *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*, London.
- Kahn, Charles, 2013, "The motivation for Plato's doctrine of Forms", en L. Brisson y N. Notomi (eds.), *Dialogues on Plato's Politeia (Republic)*, Sankt Augustin, Academia Verlag, 223-232.
- Kant, Immanuel, 1984, *Prolegómenos a toda metafísica futura que pueda presentarse como ciencia* (trad. cast. de M. Caimi), Buenos Aires, Charcas

- Kapuściński, Ryszard, 2008, *Viajes con Heródoto*, Barcelona, Anagrama.
- Kenny, Anthony, 2005, *Breve historia de la filosofía occidental*, Buenos Aires, Paidós.
- Kenyon, Frederic, 1932, *Books and Readers in Ancient Greece and Rome*, Oxford, Clarendon Press.
- Lamarque, Peter y Olsen, Stein Haugom, 1994, *Truth, Fiction and Literature*, Oxford, Clarendon Press.
- Las Casas, Bartolomé de, 1966, *Los indios de México y la Nueva España* (prólogo y biografía de Edmundo O'Gorman), México, Porrúa, , ISBN 970-07-4977-0
- Las Casas, Bartolomé de, 1999, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (traducción de Consuelo Varela), Madrid, Castalia.
- Lazarini, Isabella, 2015, *Communication and Conflict Italian Diplomacy in the Early Renaissance, 1350–1520*, Oxford University Press.
- Lee, M.- K., 2005. *Epistemology after Protagoras: Responses to Relativism in Plato, Aristotle and Democritus*, Oxford: Oxford University Press.
- López de Gómara, Francisco, 1977, *Historia de Indias y conquista de México. Ed. facsimilar de la de Zaragoza, 1552*; presentación de E. O' Gorman. México, Condumex.
- López de Gómara, Francisco, 1979, *Historia de la conquista de México* (edición de J. Gurría Lacroix), Caracas, Ayacucho.
- López de Gómara, Francisco, 1988, *Historia de la conquista de México*. México, Porrúa
- Lyotard, Jean-François, 1987, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra.
- Machiavelli, Niccoló, 2001, *Istruzione d'uno che vada imbasciadore in qualche luogo*, in Machiavelli, *Arte della guerra e scritti politici minori* (a cura di J.-J. Marchand, D. Fachard e G. Masi), Roma, Salerno.
- Mattingly, Garrett, 1988, *Renaissance Diplomacy*, New York, Dover Publications Inc.
- Mazzara, Giuseppe, 1999, *Gorgia, la rettorica del verosimile*, Sankt Agustin, Academia Verlag.
- McIntosh, Fiona, 2002, *La vraisemblance narrative en question*, Paris, Presses de La Sorbonne Nouvelle.
- McIntosh-Varjabédian, Fiona, 2010, "L'écriture de l'histoire et la légitimité des études textuelle: Peut-on encore parler de *linguistic* ou *decultural turn* en littérature générale et comparée ?", en *Bibliothèque comparatiste, Société française de littérature générale et comparée*. <http://www.vox-poetica.org/sflgc/biblio/macintosh.html>
- Mieke, Bal, 1990, *Teoría de la narrativa (Una introducción a la Narratología)*, Madrid, Cátedra.
- Miller, Molly, 1963, "The herodotean Croesus", *Klio* 61 (1963), 58-94.
- Momigliano, Arnaldo, 1990, *The Classical Foundations of Modern Historiography*, Berkeley, University of California Press.
- Nietzsche, Frederic, 1996, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (trad. cast. de L. M-. Valdéz y T. Orduña), Madrid, Tecnos.
- Nietzsche, Frederic, 2000, *Escritos sobre retórica* (ed. y trad. cast. a cargo de L. E. de Santiago Guervós), Madrid, Trotta.
- Nietzsche, Frederic, 2003, *La filosofía en la época trágica de los griegos* (trad. cast. de L. F. Moreno Claros), Madrid, Valdemar.

- Nünning, Ansgar , 1993, "Mapping the Field of Hybrid New Genres in the Contemporary Novel: A Critique of Lars Ole Sauerberg, *Fact into Fiction* and a Survey of Other Recent Approaches to the Relationship between *Fact* and *Fiction*", en *Orbis Litterarum* 48, 1993, 281-305.
- Nünning, Vera (ed.), 2015, *Unreliable Narration and Trustworthiness. Intermedial and Interdisciplinary Perspectives*, Berlin- Boston, De Gruyter.
- Palti, Elías (ed.), 1998, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Pastor, Beatriz, 1988, *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*, Hanover, Ediciones del Norte.
- Pastor, Beatriz, 2008, *El segundo descubrimiento*, Buenos Aires, Edhasa.
- Pastor, Beatriz, 2008, *El segundo descubrimiento*, Buenos Aires, Edhasa.
- Pavlik, John V., 2001, *Journalism and New Media*, New York, Columbia University Press.
- Pierre-Daniel Huet, *Traité de l'origine des Romans*, París, 1670.
- Platón, 2015, *Banquete* (trad., introd. y notas de Ezequiel Ludueña), Buenos Aires, Colihue.
- Platón, 1985, *República* (trad., introd. y notas de Conrado Eggers Lan), Madrid, Gredos.
- Platón, 1999, *Timeo* (trad., introd. y notas de Conrado Eggers Lan), Buenos Aires, Colihue.
- Popkin, Richard, 2003, *The History of Scepticism from Savonarola to Bayle*, Oxford University Press, Oxford.
- Pradeau, Jean- François, 1997, *Le monde de la politique. Sur le récit atlante de Platon. Timée (17a-27b) et Critias*, Sankt Agustin, Academia Verlag.
- Rivera, Jorge B., 1985, *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, CEAL.
- Rojas Mix, Miguel, 1992, *América Imaginaria*, Buenos Aires, Lumen.
- Rorty, Richard, 1982, *Consequences of Pragmatism (Essays 1972-1980)*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Rorty, Richard, 2001, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.
- Rorty, Rirchard, 1998, "Relativismo: el encontrar y el hacer", en E. Palti (comp.) *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, UNQ, 1998, pp. 295-315.
- Rotker, Susana, 1992, *La invención de la crónica*, Buenos. Aires, Ediciones Letra Buena.
- Rubinstein, Nicolai, 1953, *The Storie Fiorentine and the Memorie di famiglia by Francesco Guicciardini*, vol. 5, Firenze, Sansoni.
- Schaeffer, Jean-Marie, 2002, *¿Por qué la ficción?*, Madrid, Lengua de trapo.
- Schaeffer, Jean-Marie, 2012, "Fictional vs. Factual Narration", en P. Hühn et al. (eds.): *The living handbook of narratology*, Hamburg, Hamburg University (citado según la traducción castellana de Analía Reale).
- Schopenhauer, Arthur, 1987, *Sobre la voluntad en la naturaleza*, Madrid, Alianza.
- Schopenhauer, Arthur, 1996, *Manuscritos berlineses* (Roberto R. Aramayo ed.), Valencia, PreTextos
- Schopenhauer, Arthur, 2005, *El mundo como voluntad y representación* (trad. de M^a Montserrat Armas Concepción, Rafael José Díaz Fernández y Joaquín Chamorro Mielke), Tres Cantos, Akal.

- Searle, John, 1975, "The logical status of fictional discourse", en *Expression and Meaning*, Cambridge, Cambridge UP, pp. 58–75
- Secord, A. W., 1963, *Studies in the narrative method of Defoe*, University of Illinois Press.
- Shotwell, James, 1961, *The story of Ancient History* – Columbia University Press.
- Strauss, Leo, 1958, *Thoughts on Machiavelli*, Glencoe, Illinois, The Free Press.
- Terán, Oscar, 2008, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Tozzi, Verónica, 2003, "Introducción", en H. White, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 9-42.
- Tricot, Jules, 1986, *Aristote, Metaphysique*, París, Vrin - Bibliothèque des Textes Philosophiques.
- Vaihinger, Hans, 1996, "La voluntad de ilusión en Nietzsche", Apéndice a F. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos.
- Vattimo, Gianni, 1990, *La sociedad transparente*, Barcelona, Paidós.
- Verón, E., 1985, "El análisis del 'contrato de lectura'. Un nuevo método para los estudios del posicionamiento de los soportes de los media", en *Les Médias: Expériences, recherches actuelles, applications*, IREP, París.
- Vivanti, Corrado, 2001, "Machiavelli e l'informazione diplomatica nel primo cinquecento", en A. Potremoli (ed.), *La lingua e le lingue di Machiavelli: atti del Convegno internazionale di studi, Torino, 2-4 dicembre 1999*, Turín, 21-47.
- West, S., 2003, "Croesus' Second Reprieve and other tales of the Persian Court ", *CQ* 53, 2: 416-437.
- White, Hayden, 1998, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México y Buenos Aires, FCE, 1998 (trad. de *Metahistory. Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, 1973).
- White, Hayden, 2011, *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría 1957-2007*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Zamora, Margarita, 1993, *Reading Columbus*. Berkeley, University of California Press.
- Zipfels, Franz, 2001, *Fiktion, Fiktivität, Fiktionalität: Analysen zur Fiktion in der Literatur und zum Fiktionsbegriff in der Literaturwissenschaft*, Berlin, Schmidt.

Índice	
Prólogo	2
1. Tema y fundamentación de este trabajo	2
2. Una definición de ficción	6
3. Las hipótesis de trabajo y su recorrido en esta tesis	8
Capítulo uno	13
1. Historias de la ficción	13
2. Un trabajo de artesanos	15
3. Los tres pecados de lo ficticio	18
4. Ficciones de los filósofos	20
5. De la falsificación en época helenística e imperial	22
Capítulo dos	24
1. Defensores de la nada	24
2. Encomio de lo real	27
3. Ficciones para uso teórico y práctico	31
4. Aristóteles y la verosimilitud de las ficciones	34
Capítulo tres	37
1. La realidad <i>se dice en muchos sentidos</i>	37
2. Una garantía para ser real	40
3. La realidad como contexto	46
4. La realidad como resistencia	50
5. La realidad como infoesfera	57
Capítulo cuatro	62
1. Lo que cuenta la historia	62
2. Relatos verdaderos, falsos, ficticios	67
3. Pirronismo antiguo, moderno y contemporáneo	71
Capítulo cinco	77
1. La prehistoria de las narrativas periodísticas	77
2. La diplomacia renacentista y el origen del periodismo	78
3. Usos de la ficción en las crónicas del Nuevo Mundo	84
4. La disputa por la verdad de los hechos: testigos y narradores	88
5. La irrupción de los diarios	92
Epílogo	98
1. Del pregón colonial al reino de las <i>fake news</i>	98
2. La ficción como <i>infotainment</i> y los nuevos antídotos contra el escepticismo	101
3. Conclusiones	103
Bibliografía	107